

LO DE CHILE

NOVELA

Colección: *Latina novela* – mayo de 2016

NI

Edición no venal.

Precio social: 11:50 €; precio en librería: 15:25 €

Edita: SLCS, Sociedad Latina de
Comunicación Social

Diseño, impresión y distribución: F. Drago.

Andocopias S. L.

c/ La Hornera, 41. La Laguna. Tenerife.

Teléfono: 922 250 554 |

fotocopiasdrago@telefonica.net

Depósito Legal: TF-380-2016

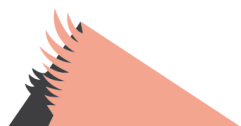
ISBN: 978-84-16458-49-3

José Manuel DE PABLOS

NOVELA

LO DE CHILE

Todo empezó un mes de septiembre



Latina
novela

Principales personajes

Francisco del Valle Escolta de Salvador Allende
Domingo Bermúdez..... Militante de la Unidad Popular
Antonio Padrón..... Militante de la Unidad Popular
Gregory Spencer..... Agente de la CIA
Gloria Ortiz..... Novia de Francisco del Valle
Ric West Mafioso residente en Miami
Douglas McDowell..... Director del *Plan Rodas*
Hipólito Sigüenza Catedrático chileno
Henry Lessing..... Ayudante de Spencer
Mauricius Clever Presidente de EEUU (1970)
Jorge Villamandos Jefe de policía español
Steve Gagnes Presidente de EEUU (1980)
Mel Korkala..... Agente de la CIA en Brasil
Tomás Méndez Chileno exiliado en Río de Janeiro
Estéfano Bertini Mafioso residente en Barcelona
Txutxo Urbietarriola Militante de la ETA (Biarritz)
Damián Hurtado Médico chileno residente en Sevilla

Salvador

A la memoria de todos los ciudadanos abatidos por pensar de manera diferente.

A los que dieron su vida y a quienes se la arrebataron.

A sus familias, que vivieron para ver de nuevo el Sol en las alamedas.

A quienes pelean para evitar nuevos holocaustos, los actuales, y se horrorizan al ver actuaciones que recuerdan los días más tristes de la civilización humana.

No para los que tienen por norma el arma del engaño y la manipulación informativa, los que pisotean el mágico mundo de la información veraz y creíble.

Esos ya tienen sus palmeros, quienes los alaban con la baba caída y el corazón oscuro y cerrado.

INDICE

Primera parte, 1973 - 1975	9
Segunda parte, 1975 - 1980	103
Tercera parte, 1991	223
<i>Sobre el autor</i>	300

LO DE CHILE

PRIMERA PARTE

1973 - 1975

El ruido del aparato metálico, atronador. Un infierno cierto. Un volcán asiático en violenta e inesperada erupción. Un torrente en su curso alto y primero. Aterradora tormenta. Guijarros arrancados con ferocidad a la ladera descarnada, velocísima el agua caída. Agua sucia ya. Estruendo. Muerte.

Los cuatro hombres acabados, transformados por el temor terrible. Cercanos a hombrecillos sin valor aparente. Se apretujaban entre sí. Ateridos animales camino del matadero. Crías que acabaran de perder a sus madres. Su aspecto lastimoso, nunca miserable.

El cuarteto de paisanos tenía miedo. Natural. Un temor cerval se había apoderado de sus derrotados cuerpos abandonados. Una tenaza

agarrotaba el cuello. Sin ánimos para respirar. ¿Para qué? Iban al borde del colapso; más de uno hubiera deseado ese final.

El helicóptero parecía volar sin prisa. Aumentaba el profundo sufrimiento letárgico de sus tristes y desolados pasajeros. Lo hacía a media docena de metros sobre las tranquilas aguas del Pacífico.

Los vecinos de aquella perdida provincia montañosa y costera del sur estaban acostumbrados al vuelo sereno del artilugio. Desde que lo adquirió Bienestar Social para socorrer a los enfermos y trasladarlos sin pérdida de tiempo al hospital civil de la ciudad. Ahora les extrañaba aquellas pasadas tan bajas, su entrada en el Océano y el regreso al rato, ya más rápido, más ligero, directo a su base. Los campesinos no se explicaban aquel cambio de hábitos en los vuelos humanitarios de su helicóptero. Porque empezaron a entender que era suyo. No estaban las cosas para plantearse la cuestión ni muchísimo menos para comentarla.

—¡A ver, muchachos, párenme al viejo rollizo! Ése que tiene pinta de chancho —rió

el oficial al mando del “pelotón de servicios” del nuevo régimen. Risa cínica de la hiena cuando asusta a una pieza herida en la noche desértica. Cara de profundos surcos marcados por los días de campaña al aire frío de los Andes.

El aludido sintió un escalofrío de incontenida rabia, un poco de odio por vez primera en su larga existencia. Su vida pasó en unos instantes por la pantalla de su memoria. No volvería a plantar semillas de matas floridas en el jardín de su casa. Tampoco a regar las plantitas de tomates y lechugas después de trasplantarlas al pequeño huerto familiar. Diversión de anciano en la cúspide de su vida. Su vitalidad perdió décadas en momento tan cruel como amargo. Como el conejo que advierte que lo van a desollar en vivo, que se topa con el hurón en lo más profundo de su madriguera.

Los soldados no dudaron. Seguían siendo agricultores en tiempo de servicio militar obligatorio, deseosos de regresar al cultivo de sus tierras y a la atención de sus ganados. El teniente bravo se refería al mayor de los condenados, cuajado de miedo enfermizo.

Rápidos, echaron mano al anciano de cabellos blancos como algodón nativo. Lo llevaron en volandas ante el militar alzado. Le colocaron al flaco cuello arrugado la soga restante del gran montón que al amanecer habían cargado diestros a bordo.

—¡¡Bien duro ese lazo!! No vaya a ser que el muy huevón se lo suelte al irse a ver tiburones —el oficial subrayó sus órdenes con una nueva risotada. Heló a los detenidos. También a los jóvenes agricultores vestidos de militares.

Los chicos de uniforme ajeno arrearon el nudo corredizo. Casi asfixiaron al veterano. El viejo soñó en su lejana juventud. Su novia, a besos, le apretaba en el cuello en el baile de los sábados. Bailaban en la parte más sombría de la pista de la sociedad cultural y recreativa “El Porvenir de Temuco”. Los rurales cruzaron su mirada con el jefe. Burlesco asentimiento. Colocaron la piedra viva del otro extremo de la maroma de esparto en el borde de la puerta del aparato. Abierta ante el abismo de muerte de la tranquila mar profunda e inocente.

—¿A quién le toca esta vez?! —gritó imperativo con babas de risa impúdica el teniente de piel curtida, ennegrecida por la enemistad. Su vista, legañosa y aguda, clavada, penetrante, la fijó en los rostros temerosos de los hombres primarios bajo su autoridad.

—¡Señor! —se adelantó un nervioso campesino uniformado, con cuello de toro y cara de indio—. ¡Es mi turno, señor!

—¡Pues, áááánde! —el profesional se regodeó en el mandato tantas veces repetido aquella mañana de septiembre. Se asentó bien sobre sus botas manchadas de sangre, en cuclillas, para ver el espectáculo que se avecinaba.

El joven de cupo no lo pensó dos veces. Sabía a qué se exponía. En la rapidez que se diera en cumplir la ejecución se jugaba el permiso de fin de semana. En caso de que, con la nueva situación, volviera a haber licencias los sábados por la tarde. El muchacho levantó decidido la pierna derecha, la apoyó con cuidado y suavidad en el trasero del anciano. Agarrado a sus compañeros por los hombros, para no perder pie, lo impulsó al vacío y cerró los ojos, a escondidas del

oficial. Mientras efectuaba la operación, sus amigos lo sujetaban con firmeza por las axilas, para que no siguiera el mismo destino que el comisario de la Unidad Popular de Pitrufquen, Temuco.

El detenido no necesitó mucha fuerza para caer al vacío. Una brizna de aire hubiera conseguido el mismo resultado. La piedra sujeta a su cuello –impulsada por el teniente, incapaz de estarse quieto, de no participar en todos los asesinatos de la jornada– lo arrastró con violencia. El viejo no tenía escapatoria. Su desaparición era segura. Podría haber fenecido del susto. Desamparado en el precipicio de aire, atraído por el canto de 40 kilos prendido a la nuca. El mismo cuello donde en el cercano agosto se colgaron sus nietas a besar al abuelo en el día de su cumpleaños, el 85. Una adoración al patriarca familiar, al hombre bueno y justo, amable y correcto. Podría morir también por el mero choque brutal de su debilitado cuerpo con la acerada superficie del Océano, aquellos días teñida de sangre hecha agua salobre. En el Pacífico su cuerpecillo hubiera rebotado como lajas lanzadas horizontalmente desde la orilla apacible y patinan una, dos, tres veces

–besan la superficie irisada del agua–, hasta perder energía y dejar que la gravedad se las lleve al fondo para siempre.

Ésa era la historia. Los soldados la oían cada tarde y noche mientras despachaban alcohol generoso en el bar de oficiales del campamento *Tejas Verdes*, su nuevo acuartelamiento desde lo de septiembre. Enseguida empezaron a decir así en el argot cuartelero, con temor a referirse al golpe de estado como tal alzamiento militar.

–Son unos bastardos, unos hijoeputa es lo que son –susurró al oído su compañero, que apenas lo escuchó por el ensordecedor ruido del helicóptero.

–Calla, Francisco. Nos puede escuchar y nos lanza sin piedra ni nada, que viene a ser lo mismo –le reprendió su amigo a muy baja VOZ.

El militar profesional reía con la misma complacencia que un romano al ver al león devorar a un cristiano, a un rebelde.

–¡¡No puedo más!! –el teniente se revolcaba en grandes carcajadas–. ¡¡Miren la bota de Hilario!! Todos miraron hacia al calzado del

indio cuello de toro –¡¡Está llena de mierda!!
¡¡El valiente comisario rojo de Allende se
cagó por las patas p’abajo antes de irse a
reunir con su amantísimo jefe político en los
infiernos!!

Siguió con su risotada furibunda, mientras el
pobre aludido, colorado de vergüenza, no
sabía qué hacer con su botín pringado. Sus
compañeros esbozaron una tímida sonrisa,
para que no dijera el teniente que no tenían
sentido del humor y lo recordara a la hora de
conceder las ansiadas licencias para acudir al
pueblo cercano a ver a la novia, conocer si la
vaca preñada había salido bien del parto, si el
sobrino había superado las paperas, si el
padre se había apaciguado.

En un instante –inyectó con ello mayor
gravedad a la escena–, el militar cortó su risa,
se tornó serio y miró a Francisco, Domingo, a
Antonio, sus tres últimos atemorizados
prisioneros.

–¡Pero qué puñetera suerte han tenido! ¡Mira
que faltar precisamente tres cuerdas, porque
piedras sí que hay...! ¿Cómo se explica uno
eso? –dejó su malintencionada pregunta
prendida del ambiente enrarecido de la

cabina del helicóptero, éste ya con el morro hacia tierra, proa al marisco.

Los volvió a mirar con detención.

—¡¡A eso se llama fortuna!!

Domingo intentó respirar hondo, para tranquilizarse y apartar el nerviosismo que le recomía las entrañas. No sabía por qué, pero aquellas palabras de su verdugo le prestaron algo de confianza. Creyó interpretar cierto mensaje en ellas. Pronto se percataría de su equivocación.

—¡Carajo! ¿Acaso van a creerse que mañana volverá a pasar este estúpido episodio de hoy?—. Para el militar golpista, cara almidonada de soles ardientes, el episodio de la jornada no había sido el brutal lanzamiento de una docena de hombres a la mar libre, impulsados por una bota y una piedra viva atada al cuello moribundo, sino la falta de cuerdas para otros tres hombres.

—¿Van a creer, acaso, que en el próximo amanecer no habrá material suficiente, como ha sucedido hoy?—. Nadie respondió a su pregunta, seguida del silencio, roto por el trueno de los motores del aparato. —Aunque...

¡¿saben que les digo?! Todo es posible en el nuevo Chile. Sin comunistas todo va a ser posible en una Chile libre.

Los tres presos políticos, con las manos fuerte-mente atadas a la espalda, volvieron a respirar. Domingo creyó vislumbrar un nuevo recado en aquellas palabras, pero en un arrebató se le desdibujó ese pensamiento. Volvió a equivo-carse.

–Pues... –el milico buscaba las palabras adecua-das–, ¿saben qué les digo?... –repitió. Se detuvo unos segundos para originar mayor suspensión entre sus asustados oyentes, prisioneros y soldados; para aumentar la terrible tensión que enrarecía el habitáculo– ¡Pues... no se lo crean!

Volvió a soltar una insultante risotada y habló en voz baja.

–La próxima jornada, serán los primeros que salten a reunirse con el puto comisario de Temuco... ¡¿Han oído bien?! –volvió a levantar la voz. Los izquierdistas guardaron silencio.

–Mañana es posible que vuelva a faltar sogas o piedras, pero ustedes no lo sabrán jamás.

Serán los primeros que salgan a darse el baño –se sujetaba la culata de su pistola, mientras bramaba.

Los presos allendistas se miraron en silencio, tristes y desarmados. Domingo volvió a quedarse sin respiración. La carcajada nerviosa le regresó al envalentonado militar afecto al régimen recién instaurado en Chile por el ejército alzado. Sin dejar de reír, el teniente señaló con un brazo al grupo de detenidos y condenados sin proceso.

–¡No se vayan a cagar con la mierda que les dejó el viejo de Temuco! –señaló con la mirada el hueco dejado por el viejo lanzado al vacío. Soltó una nueva e indignante risotada. Parecía feliz, realizado. Domingo se apartó de la suciedad dejada a su lado por el desgraciado lanzado al Pacífico sin juicio, sin cargos formales, una venganza, un asesinato político. Al arrebuajarse contra Francisco, sintió cómo sus fuertes músculos se ponían en tensión, presto a lanzarse sobre el militar, ante tanta humillación sin descanso.

–Tranquilo –le aconsejó al oído–. Nos está provocando. No caigamos en su trampa. Su amigo pareció serenarse.

–Ya conoces el dicho: “Mientras hay vida, hay esperanza”.

“Hemos ganado y a los marxistas hay que exterminarlos”, había escuchado Antonio al jefe del campo de concentración *Tejas Verdes*, cuando se dirigía a los soldados de reemplazo, encargados de llenar el helicóptero de socorro con cuerdas y piedras.

Aquel “especialista” tenía las cosas bien claras; sabía como nadie lo que tenía que hacer. Iba vestido con un mono de obrero color celeste, igual al usado por los empleados de la compañía de reparación de antenas del barrio. Entró en el lujoso edificio *Saint Spirit Home*, a las afueras de Miami, en Coconut Grove. Lo hizo como lo más normal, como si allí fuera cada día a efectuar arreglos. Iba preparado para la misión.

Saludó con naturalidad al portero; éste iba armado con una pistola y esgrimía un ligero equipo de radio, conectado con alguna de las empresas privadas de vigilancia que en los últimos tiempos habían brotado en Florida, como hongos en una umbría otoñal tras las primeras lluvias de la temporada húmeda.

La sorpresa infundió un poco de respeto al “especialista”; se le pasó pronto: también estaba entrenado para tales sobresaltos. *El Yanqui* le había advertido de detalles semejantes cuando empezaron a preparar el “Plan Noche H”.

–¡Ande, dese prisa! –fue el saludo del guarda–. Todos quieren ver la entrega de las dichas estatuillas de Hollywood. ¡Me tienen loco, con las llamadas de queja!–. Sonó el teléfono de portería; lo tomó el subalterno con un deje de respeto y temor.

–Sí, sí señora –habló con sumo cuidado–. El técnico de antenas acaba de llegar. Está subiendo... Sí, sí, claro... Es una buena ocasión para que mañana se lo vuelva a decir al presidente del condominio, señora –y colgó.

–¡Qué pesadas! –volvió a hablar al chileno dis-frazado de antenista–. Todo porque es la segunda avería en dos semanas.

“Ocho días”, pensó el intruso, pero se abstuvo de comentarlo.

—Si me indica el montacargas, acabaría antes. Estoy al borde de mi horario y la empresa no paga horas extra, amigo.

El conserje negro se apresuró a señalarle el camino.

—¡Todas son iguales! —renegó.

El recién llegado le siguió la corriente.

—Las mujeres, ya se sabe.

—¡No! Me refiero a las empresas. Si te pasas de tu hora, nada, pero si entras cinco minutos tarde, te envían una cartita para jorobarte.

—Claro... Además —el chileno siguió con su interpretación—, a mí también me gustaría ver esta noche lo de Hollywood. Todavía tengo que llegar hasta La Pequeña Habana.

El suramericano sonrió. Se acercaba a su objetivo. Estaba plenamente satisfecho por las dos operaciones previas. Montar la escucha telefónica del edificio tuvo más complicación que efectuar el disparo.

Todo empezó la quincena anterior, para no levantar sospechas. Primero, fue conocer bien el terreno. Luego, desde la colina cercana, Coral Hill, una noche ventosa disparó hacia

el cable de la antena comunitaria del edificio. El visor de láser de su arma le facilitó el trabajo. Sólo pretendía un ligero roce, provocar una pequeña avería de fácil reparación. Y lo logró.

Efectuado el tiro silencioso amparado en la cadencia de la ventolina, el hombre corrió hacia la cercana furgoneta estacionada a las faldas del cerro. Se colocó los auriculares y empezó a grabar. Todo funcionó con la lógica del caso. Las llamadas interiores al celador del St. Spirit Home surgieron bastante pronto.

Media hora más tarde se iniciaba “Dallas”, un serial lacrimoso de la televisión. Las amas de casa lo aguardaban con enorme expectativa, desde que la prensa lo anunció: “Escandaloso y típico de las clases adineradas americanas”. Nadie se lo quería perder, tal había sido la publicidad subliminar previa a su emisión. La morbosidad nacional se había puesto en juego.

El encargado hizo lo previsto. Telefonó al servicio de guardia de la “Compañía de Reparaciones de TV y Vídeo del Condado de Dade”. La comunidad del St. Spirit Home

tenía una contrata, para el mantenimiento de su antena. Antes de media hora, tras recibir el aviso por radio, una pequeña furgoneta Chevrolet Kanadian se detuvo a las puertas del edificio. En ella iba un solo operario, vestido con el mono celeste que tan bien conocía el portero de noche.

Escondido en su furgón, tras los cristales oscuros, el chileno sacó un rollo de fotos en color de alta sensibilidad, sin necesidad de luz artificial. Dos días más tarde, recibió una furgoneta exactamente igual a la Kanadian y un mono como el del operario de uniforme celeste. Todo fue bien guardado para la noche de los Óscar. Con esos pertrechos, el resto era esperar un poco, para que nadie pudiera conectar las dos averías, tan seguidas.

El día de la fiesta anual en Hollywood, por ser la jornada ideal, fue la fecha elegida, la “Noche H”, H de Hollywood, el plan ya listo para su ejecución. Esa segunda vez, para no tener contratiempos ni perder minutos que podían ser preciosos, el chileno cortó limpiamente el cable de la antena única del edificio. Volvió a toda carrera hacia su

camioneta y escuchó de nuevo las llamadas al portero, histéricas, como si el pobre negro fuera el culpable de la rotura repetida. El guardián, veterano en tales lides, soportó el chaparrón de improperios, como si la responsabilidad fuera suya; era la tasa por pasar aquellas vigilias tan tranquilas en su chiscón. Paciente, recibió la suma de quejas. No reaccionó hasta entonces, era su venganza: no mover un dedo hasta que terminaran los excitados lamentos de las vecinas, nuevas ricas de postín. Su venganza era retrasar el arreglo. Aún dejó transcurrir unos segundos para chincar todavía más y marcó con pasmosa lentitud el número telefónico de la empresa contratada para el mantenimiento de la antena colectiva.

Allí estaba el chileno al acecho. Fue ése el preciso instante en que Domingo Bermúdez interceptó la llamada –no sonaría más allá de su furgoneta– y repitió a los oídos del guardián moreno una frase cien veces pronunciada por Bermúdez durante los últimos días de encierro, igual a la escuchada la noche de “Dallas”.

—Joe, viejo amigo, estaremos ahí tan pronto nos sea posible —tomó aire, para ver si el negro sospechaba algo del cambio en la voz con la respuesta ansiosa—. Tenemos en estos momentos tres equipos en la calle. Uno está muy cerca de St. Spirit Suburb. Conectaré con él por radio y estará ahí en pocos minutos.

—¡Qué bien!

—No te lo garantizo. Lo voy a intentar. Precisamente, uno de los muchachos ha terminado un encargo y se dirige a la central. Si lo pesco por el camino, te lo envío. ¿O. K.?

—¡Muy bien, muy bien! —rezongó de felicidad el negro.

—¡Una cosa, Joe! Este instalador es un chico nuevo en la compañía, uno de esos latinos que se van a adueñar de la Unión, si los veteranos como tú y yo los dejamos —rieron—. ¡No lo pongas muy nervioso, Joe!

—¡Descuida!

—¡Hasta otro día, si no quieres otra cosa!

–¡Buenas noches y muchas gracias! –el vigilante cortó.

Veinte minutos más tarde, llegó Domingo, el chileno escapado de la muerte cierta, dispuesto a cumplir la primera parte del diabólico pacto que le había salvado la vida años atrás.

El negro Joe le acompañó hasta la puerta del montacargas, se la abrió ceremoniosa y educadamente y regresó a su cubículo, un tabuco en la soledad tranquila de la noche de Florida.

–Cuando hayas terminado, me avisas, muchacho.

–¡Pierda cuidado, señor!

“Un chico de buenos principios”, quedó pensativo el apacible guardián.

El helicóptero dio la sensación de tardar más en el camino de regreso a *Tejas Verdes*. Durante un buen rato, voló paralelo a la línea rocosa de costa, muy recortada en las cercanías invernales del Cono Sur.

–Francisco –habló nuevamente Domingo al oído de su compañero–. No volvemos a *Tejas*. Volamos hacia el sur.

El aludido despertó del letargo agónico que padecía.

–¿Seguro?

Antonio se interesó por lo que escuchaba en susurro.

–¿Qué dices? –la palabra “excarcelación” pasó veloz por la mente de cada uno de ellos.

–Lo que oyes. Estoy convencido. No estamos volviendo al campo de donde salimos. Estoy por asegurarlo: nos llevan al campamento de Maipo. Es el único al sur de *Tejas Verdes*. Que yo sepa.

Se miraron sorprendidos. Guardaron silencio, temerosos y absortos en sus pensamientos. El oficial de Pinochet roncaba en el otro extremo de la calurosa cabina de aire viciado. Mostraba la misma cara de íntima satisfacción que el golfo que acaba de participar en la más sana y desenfrenada orgía, con la misma tranquilidad de quien ha efectuado una buena acción de ésas que

llevan al cielo de cualquier religión verdadera.

Los campesinos, con el cuerpo fofo lleno de susto interminable, permanecían empotrados en el suelo. Sus manos las tenían agarradas con firmeza a las armas y los ojos en estado de alerta, fuera de sus órbitas. Aún no se lo podían creer: por el bien de la patria, habían colaborado tan eficazmente en tanto asesinato político.

Domingo tenía razón. El aparato tomó tierra en un suelo despejado, conocido por “Campa-mento de Maipo”. Aquellos días se vallaba con alambres de espinos, como se hace en el campo raso cuando en él se va a encerrar ganado de carne.

—¡Acerté, chicos! —y no dijo nada más, ante algún triste presentimiento que no se animó a participar a sus camaradas de partido.

Lo que vieron en tierra los dejó mudos. Era el mismo Gregory Spencer, “el muy bastardo cerdo de la CIA”, según palabras textuales de Francisco del Valle, quien primero que nadie tuvo oportunidad de conocerlo, aún en Santiago, pocos días después del golpe.

—¡Bienvenidos a la vida, muchachos!—. El joven rubio y de anchas espaldas, a quien llamaban El Yanqui, con un elegante traje digno de un relaciones públicas de la Quinta Avenida, los recibió con una franca sonrisa, como si fuera ajeno a todo aquel infierno, como el compañero de competición en una regata de yates que felicita al ganador. Aquel sospechoso individuo extranjero —pensó Domingo— parecía mandar mucho en el Chile desangrado.

Antonio y Bermúdez se sorprendieron de algo: Francisco parecía haber bajado la guardia. Por vez primera desde su traslado al campo de concentración, no insultaba al enviado de Washington al tenerlo delante. El suplicio de la escena de las sogas, la tortura de contemplar la muerte de tantos paisanos lanzados al vacío, parecía haber hecho mella, logrado su malsano objetivo.

Interrogantes, Antonio y Domingo intercambiaron sus miradas. Mientras los tres amigos quedaban indecisos bajo el solajero sin contemplaciones, en medio del patio desértico, el helicóptero volvió a rugir, a

elevarse. Regresó a “Tejas Verdes”, para continuar su patriótica misión.

Francisco del Valle se mostraba francamente derrotado. Sus compañeros lo comprendieron y se alegraron de su cambio de actitud ante la amarga realidad vivida. La experiencia descompuesta de ver a tantos compañeros botados a la mar como escombros era desalentadora y mortificante.

—¿Qué quieres ahora, americano? —interrogó en un triste lamento.

Spencer le respondió lleno de serenidad.

—Amigos —hablaba para los tres, todo cordialidad—. Sólo deseo y anhelo salvaros la vida. La elección, a estas alturas de vuestro destino, es bien fácil —miró el otro lado del campo—: marchar hacia el interior, a Santiago y la libertad o hacer volver al helicóptero. Los prisioneros vieron cómo el aparato amenazaba en círculo, semejante al buitre en vuelo coronado, a la espera de la caída final de un apestoso bovino moribundo. En el rincón hacia donde el hombre de la CIA había vuelto su mirada, descubrieron un lujoso turismo, con un conductor civil uniformado: su bote de salvamento, si el amigo importante

tomaba la sabia decisión, pensaron al unísono los camaradas de Francisco del Valle.

–En la remesa de mañana –Gregory le echaba cinismo al negocio– estáis los primeros de la lista. Os lo recuerdo.

–No es necesario –lamentó Del Valle y se estableció un segundo de silencioso desconcierto.

–No seáis tontos y venid conmigo –Spencer miró a los tres a la cara–. Sed sensatos. Nada en este mundo puede ser peor que el salto desde el helicóptero. Además –añadió muy despacio–, sabed que los militares chilenos, los muy fascistas, están deseosos de que os quedéis con ellos, para así cargar a gusto su aparato la próxima madrugada.

Francisco fue incapaz de pronunciar palabra. Habló Domingo en su lugar. Lo hizo con educación, lleno de precauciones, dictado por el miedo que aún le embargaba.

–¿Nos deja unos minutos a solas, señor Spencer?

–Tenemos todo el día para aguardar su determinación.

Bermúdez llegó a la azotea de St. Spirit Home en pocos minutos. Antes de arreglar la antena, se abrió la espaciosa sahariana del uniforme nocturno y se soltó el pesado cinturón de campaña que tanto le apretaba el estómago. Respiró hondo al verse libre del ahogo. El correaje, igual al empleado por los marines en Vietnam durante las acciones de sabotaje –al fin y al cabo habían salido de los mismos depósitos– tenía cuatro cartucheras llenas de explosivo plástico. Todo bien precintado, sin peligro. Depositó con cuidado en el suelo tanta muerte en potencia y extrajo el detonador, junto al sistema de relojería.

Preparó la bomba con la agilidad aprendida durante dos semanas de entrenamiento en la zona militar del Canal de Panamá. Envolvió la pasta fulminante –en sus envoltorios de cuero y lona– con un juego de detonadores. Permitted que asomara el reloj silencioso; como si el artilugio metálico de resortes precisos y ruedecillas engarzadas con tanto mimo suizo necesitara respirar.

El conjunto quedó listo para recibir la orden por radio.

Con ese amasijo extraño preparado, el chileno se desenrolló de la cintura un fuerte hilo de nylon, de medida justa para alcanzar hasta el piso-objetivo de la operación clandestina en marcha. Lo amarró bien a la bomba que acababa de preparar y se dispuso a acometer la última fase.

Suavemente y hasta con dulzura ató firme el extremo libre del hilo traslúcido a uno de los cortos pilares del pequeño techo del hueco de ventilación interior de los servicios higiénicos de los lujosos pisos del edificio. Fijada esa punta, soltó con precaución el fardo de goma explosiva, despacio. Así, hasta que se le acabó el hilo: la bomba de artesanía clandestina estaba a la altura deseada, la vivienda de Ric West, el más buscado importador de cocaína de los Estados Unidos de América. Los federales de la lucha contra el narcotráfico nunca habían podido probar lo más mínimo ante los tribunales, a pesar de tener todas las evidencias, los testigos, hasta su posterior arrepentimiento o su extraña desaparición.

Algo intranquilo tras el encargo hecho a conciencia, el chileno extrajo de su maletín

de trabajo una pieza de conexión. La aplicó con cuidado –como había hecho repetidas veces durante los últimos días– a ambos extremos del cable de antena roto por su disparo. Unos segundos después, la emisión volvió a aparecer nítida en todos los televisores del edificio, delante de las anhelantes damas temerosas de perderse la noche de Hollywood. Aligerado de equipaje, el mozo volvió sobre sus pasos y se despidió del descansado portero. El “Plan Noche H”, terminado de montar, era imparable.

La tragedia de Francisco del Valle se inició con el golpe de estado del general Pinochet. Con sus 27 años –cuerpo fornido, amante de todos los deportes, recién doctorado en Derecho–, el puesto cerca de Allende que los compañeros le ofrecían no acabó de gustarle.

Aquello de formar parte de la guardia de corps del compañero presidente no iba con sus aspiraciones políticas. El engaño de que iba a ser, en ocasiones, asesor en asuntos jurídicos y la actitud sumisa de su novia acabaron por convencerle. Su compañera, Gloria Ortiz, era una brava chiquilla, también

militante de la Unidad Popular, salida de la mediana burguesía de Santiago.

–No lo entiendes, Francis: podrás estar cerca del compañero Salvador, darte a conocer de alguna manera.

–Pero, no he estudiado para sacar partido de mi presencia física, de mi musculatura.

Gloria se tornó melosa.

–Eso es cosa mía, querido.

–Ya –le sonrió.

–Tú acepta el cargo, por disciplina a nuestro ideario; lo demás vendrá por sí solo.

–No sé cómo.

–¡Hombre! ¡Qué cerrado eres! El propio Allende podrá conocer tus cualidades intelectuales. Ya verás. Ten paciencia.

De ese modo tan falaz, Del Valle se vio transformado en el cerebro del grupo de guarda-espaldas políticos del presidente constitucional de Chile.

En los primeros días de septiembre de 1973, viajó a Coquimbo, Copiaco y Antofagasta, al norte de la capital. Fue a

supervisar las medidas de seguridad establecidas por los comités locales de la Unidad Popular, ante la anunciada gira de Allende, prevista para unas semanas después.

Por esa causa salvó la vida y no se hallaba en el palacio de La Moneda durante el bombardeo y muerte de su jefe. El dolor por esa ausencia estuvo a punto de destrozarle la moral. El caos nacional que siguió –cercano a enloquecerlo– y la desconexión absoluta con su novia fue el colmo para incrementar su penuria. Su mujer, con la que vivía a pesar de no estar desposados, era su único ser querido, su último contacto con el mundo exterior a La Moneda.

En Antofagasta le cogió la revuelta. Apostó a que encontraría a Gloria o se volvería loco. No podría soportar la soledad. Apenas pudo meditar poco más. Al punto fue tomada la sede del partido en Antofa, sin mayor resistencia, cuatro viejos izquierdistas locales. Francisco fue maniatado y trasladado a un cuartel, para su interrogatorio.

Conocida su relevancia, se salvó de recibir un tiro rápido. Así le sucedió a los veteranos allendistas que encontraron con él en las

oficinas del partido. En aquel amargo instante comprendió en toda su significación la ácida acepción de la palabra “paseo”, aquella tan española, del viaje político sin retorno y malas compañías armadas, la palabra que –tal vez por vergüenza académica– no solía aparecer en los diccionarios con ese triste significado.

Cuando escuchó aterrado el eco de los fusilamientos en los barrancos de Atacama, empezó a entender en su exacta dimensión la tragedia que se abatía sobre su pueblo. Lloró desde la cima de su corazón, sus músculos se hicieron de goma, su piel pasó a ser áspera y la alegría desapareció de su interior.

La orden de reservar a los dirigentes marxistas y su urgente traslado al estadio de Santiago fue cumplida sin contemplaciones. Una tarde lo llevaron ante el jefe del puesto: un sujeto chuleta y malencarado, de tez morena y pelo negro engominado, peinado lacio hacia atrás, sin raya, gafas oscuras donde apenas había claridad y un fino bigote de pocos días.

“Me recuerda alguna estampa que creía desaparecida”, aseguró para sí. A los diez

minutos, salió pasaportado hacia Santiago. Pasó de largo por el Cerro del Azufre, dejó atrás Copiaco, atravesó Coquimbo e hizo noche en Valparaíso.

Por mucho que preguntó durante el viaje a sus asustados guardianes, no le respondieron. En Valparaíso, por fin, pudo conocer, en los calabozos donde pasó la noche, algunos detalles, de boca de otros presos políticos. Como él, habían sido detenidos sin sus pistolas en las primeras horas del golpe. Uno de sus compañeros, Domingo Jiménez, apodado *High Gate*, con huella de viruelas en la cara, le expuso sus sospechas.

—No me da muy buena espina esa presencia de barcos de la marina de guerra yanqui en el puerto. Tenían que estar de maniobras, en aguas bastante alejadas de la costa. Hace días, llegaron algunos hombres solos, con poco equipaje, a los hoteles de Valparaíso. No tenían pinta de turistas, entre otras cosas, porque estaban muy morenos de tomar el sol... O de pasar mucho tiempo al aire libre. Por ejemplo, en un campo de entrenamiento. Hablaban muy bien español, con un acento

muy particular, como si lo hubieran aprendido en Panamá. Ya sabes.

–Entiendo.

Sin esperar al amanecer, a Francisco lo llevaron a la capital. Según ascendían desde la costa y se acercaban a Santiago comprendió la tragedia cernida sobre su país. La interpretó en la cara de la escasa gente que vio por las calles y en la ferocidad de las tropas de patrulla. Lo trasladaron directamente al estadio nacional, en la más pura de las malditas tradiciones de la América de habla española, de revueltas y convulsiones, lo que curiosamente no era la costumbre en el Chile de la democracia establecida desde siempre.

En las puertas de las gradas de preferencia se hizo cargo de él –como traficantes que intercambian ganado– un joven temible con gafas de sol bien caladas y pelo muy recortado, al cepillo, tipo marine americano, al estilo alemán de otros tiempos.

Aquellos pensamientos acabaron de abatirle, al punto de destrozar su fortaleza temperamental. Lo abandonaron en los vestuarios de árbitros; un sitio lúgubre: el

único mueble, un camastro junto a un balde, para recibir sus residuos fisiológicos.

A los dos días de soportar aquel escenario, sin poder dormir por el continuo lamento de los seres torturados en las otras celdas y las risotadas de los torturadores, lo mudaron a rastras –la humillación empezó entonces a ser interminable– ante el jefe de aquella sección del campo de prisioneros.

Al salir al césped, sin dar tiempo a su vista para acomodarse a los intensos rayos solares, contempló la cancha parcelada con alambradas y los graderíos colmados de gente. Del Valle empezó a entender el suplicio psicológico tramado por los nuevos dueños del país.

–¿Quiénes son esas personas? –inquirió a quien lo conducía del brazo.

–¿Personas, qué personas? –le preguntó a su vez–. ¡Son rojos, comunistas! ¡Se les acabó la pendejada!

Prudente, Francisco calló y comprendió aún más. Era testigo de los postulados tópicos de la tradición golpista de Iberoamérica: transformar canchas en cárceles de

emergencia, incrustadas en los más densos núcleos de población, en campos de concentración de primera mano, camino del exterminio brutal del enemigo político.

La tortura duró tres días sin descanso. Según le daban a entender, pretendían conocer el destino de una supuesta maleta con documentos confi-denciales de Salvador Allende. Aseguraban que en esa valija guardaba recibos de los ingresos en una cuenta corriente cifrada en Suiza. La sola idea de la denuncia sin fundamento puso enfermo a Francisco; no obstante, intentó soportar la descarga de afrenta que aquello suponía.

En otro momento, en una bien pensada liturgia de la confusión, informaban de que allí custo-diaban contratos secretos firmados con La Haba-na y Moscú, el primero para entrenar a un ejérci-to paralelo, proyecto del jefe de la Unidad Popular; el segundo, para suministrar armas y otros pertrechos.

–Nos cuentas lo que sabes o no sales vivo de aquí.

–Dices dónde está la maleta o te traemos a la putita Gloria y en tu presencia se la follan los

soldados más analfabetos del cuerpo de guardia.

Una luz de esperanza brilló en su mente. “Gloria está en libertad; estos pencos no la han agarrado”. Pensó más. “Si la detienen, ya sé muy bien cuál será su primer destino”. Sin saber, rezó sin saber cómo era eso, para que siguiera oculta, donde quiera que se encontrara.

–Cantas o te pasamos al “potro”.

–Desembuchas o te vendamos la cara, rociamos la venda con gasolina y le prendemos fuego.

Soportó como no hubiera imaginado. Hecho una lástima, tres días más tarde fue arrojado de nuevo a la celda. Esa segunda vez no estaba solo. Tendido, con muy mal aspecto, se encontraba un joven de pelo rubio y ojos azules, no muy alto, de anchas espaldas: le recordó a los nadadores de competición de su etapa de atleta universitario. Con cierta prevención, aguardó a que sus ojos se acomodaran de nuevo a la semioscuridad del calabozo; no se atrevió a dirigirse al otro detenido. Aquel dormía lleno de sobresaltos: hasta que despertó y se apretujó contra la

pared, como sentenciado que ve llegar a su verdugo.

—Tranquilo. Soy un preso —le informó. Aquellas palabras encogieron a Francisco: autocalificarse de preso era algo que nunca había hecho. Le rebrotaron temores nuevos.

—¿Quién eres? —quiso saber el asustado desconocido.

Sin contestarle, Del Castillo le preguntó a su vez.

—¿Extranjero?

El rubicundo pensó unos segundos antes de hablar, con claras muestras de desconfianza.

—Soy norteamericano.

—¿Yanqui? —casi chilló Francis—. ¡Pero, si los americanos han montado este cisco! ¡¡Si los americanos han desembarcado en Valparaíso, está plagado de vuestros barcos!! ¡Americano! —concluyó con asco.

—No tengo nada que ver con esos americanos —el joven apenas pudo hablar. Mostraba síntomas de haber sido vapuleado de lo lindo.

—¡De la CIA, supongo!

El forastero sonrió por vez primera.

–Lo dirás por mi aspecto.

Tenía razón, pensó el guardaespaldas de Allende, aún intranquilo. El desconocido daba la sensación de haber recibido más leña que el propio abogado chileno. Francisco dejó ahí la extraña conversación, se olvidó de su compañero –con quien tendría que compartir el único camastro del recinto– y se tumbó en el jergón, cuando el extraño intentó ponerse de pie, con bastante dificultad. Decidió analizar lo acontecido en los últimos días, sacar conclusiones, saber a qué atenerse.

–Ya hablaremos –añadió antes de quedar rendido sobre el petate.

A la mañana siguiente, charló con más detenimiento con el compañero de cautividad. Le dio su nombre. Dijo ser investigador social y encontrarse en Chile para realizar una encuesta sociológica, sobre los hábitos sexuales de la población capitalina adinerada. “Las cosas verracas de los americanos sajones” –pensó el novio de Gloria.

—Como es de suponer, los nuevos gobernantes no se creen la razón de mi estancia en Santiago. Me tachan de alborotador, revoltoso y agitador. ¡Todo es absurdo! Espero que se aclare pronto.

—¿Te han castigado?

—¡Me han hecho mil marranadas, con la pretensión de que les firme una declaración, donde acepte eso de que vine a apoyar a los revolucionarios, como llaman a los gubernamentales del presidente Allende!

—¡Qué locura!, ¿verdad?—.

A Del Valle empezó a caerle simpático el sujeto.

Poco a poco, el muchacho de ojos azules informó a Francis de los acontecimientos de los días anteriores, hasta dejar a su compañero se infortunios perfectamente al tanto. Lo que más le dolió fue el relato del asalto al Palacio de La Moneda, con la muerte cruenta del presidente constitucional.

Cuatro días más tarde, cuando uno y otro se habían relatado sus vidas, los carceleros se llevaron a su nuevo amigo, ya sellada una fuerte simpatía entre ambos. Francis, no

obstante, había evitado decir una sola palabra que pudieran grabar los pinochetistas, pronunciar algo que comprometiera a correligionarios huidos y mucho menos a su Gloria del alma.

A la quincena siguiente, el escolta de Allende permanecía exhausto moralmente; en lo físico, hecho un despojo.

Sucedió entonces.

Hablaron entre sí, formaron un corro en el centro del patio de Maipo; aún se revolvía y volaba el polvo levantado por las palas del helicóptero.

Antonio Padrón dijo las palabras clave.

—Daría cualquier cosa por vengar a tanto compañero asesinado por el neofascismo chileno.

—Claro —acertó a decir Francisco, mientras Bermúdez movía la cabeza con gesto afirmativo.

—¿Para qué puede servir una muerte más, compañero? Entre las miles de la escabechina, ten la seguridad plena de que la

tuya pasaría inadvertida. ¡Las nuestras, no te digo!

Miró a Del Valle. Francis era virtualmente el jefe del pequeño grupo de hombres zarandeado por los militares, transformados en gnomos por el dolor, la náusea y la tortura desesperantes.

–¡Compañero Francisco del Valle! Acepta ese diabólico plan de la gentuza de la CIA: aunque sólo sea por desquitarte de la próxima muerte de Domingo y mía.

Las últimas palabras de su camarada actuaron como un látigo estrellado en el corazón de Francis: sus dos amigos iban a morir a la mañana siguiente. Sin remedio. No tenían escapatoria. Así de trágico. Padrón remachó su frase.

–Él y yo –colocó su brazo izquierdo sobre el hombro de Domingo Bermúdez– seremos mañana al amanecer los primeros en embarcar en el helipuerto de *Tejas Verdes*, en recibir la soga con una piedra.

Bermúdez y Antonio posaron su mirada implorante en Del Valle. –Mañana, Dómin –

insistió—, seremos los primeros en caer al agua, mi hermano.

La palabra venganza, la idea de represalia, afloró en el cerebro de Francisco.

Lo acabaron de convencer.

El trío de individuos que penetró en la celda no parecía extraído de los brutos que custodiaban el estadio de fútbol convertido en campo de concentración.

Vestían sin aspecto castrense, llevaban el pelo bien cortado, peinado. Olían a loción de afeitado y a colonia. Francis había olvidado esos aromas, tras aquel corto período vivido en pestilencias de muerte y suplicio. Fue la primera sorpresa de la jornada.

Habría más.

Los guiaba el subteniente de guardia, un fulano con marca de patibulario, asustado por la presencia de paisanos llegados de la calle.

El militar profesional se paró ante la puerta, una vez abierta.

—Éste es el detenido por conspiración.

–¡Nadie le ha pedido su juicio, capitán! –le espetó el desconocido que parecía de más edad, sin acatar la verdadera graduación del amo de llaves del estadio.

–¡¡Sí, señor!! –se cuadró el suboficial patatero.

–¡Se limitará a enseñarnos el camino para salir de esta hediondez inhumana y vergonzosa! –subrayó el más pequeño, ante el terror creciente del carcelero de uniforme.

–¡¡Sí, señor!! –repitió.

–¡Esto está que apesta!

Más duro no lo hubiera hecho un equipo de inspectores de Sanidad, pensó Francis.

–A ver el papel, para firmarlo –solicitó el que mandaba en los recién llegados.

–¡Aquí lo tiene, señor! –le tendió una hoja. Firmó.

–Esta persona –señaló a Del Valle– ya no tiene nada que ver con ustedes: queda bajo nuestra custodia.

–¡¡Sí, señor!!

–Indíquenos el camino del cuarto de baño.

–¿Baño? Aquí no hay servicios, señor – contestó el guardián. –¿Acaso el jefe del campo no tiene aseo, retrete?

–Sí, claro... Él, sí, pero...

–A esa pieza nos referimos –le cortó.

El suboficial lo pensó dos veces antes de decidirse; se pasó una mano por la frente sudorosa y fría antes de contestar.

–¡Como usted diga, comisario! –dio media vuelta y echó a andar con marcialidad.

–¡Arriba, amigo! –uno de ellos llamó a Francis y el otro le ayudó a pararse. Del Valle se sobresaltó al oír lo de comisario. Pero no reaccionó. Empezaba a actuar como un verda-dero presidiario.

Marcharon por pasillos iluminados con bombillas desnudas. Por los suelos se apiñaban jóvenes de rostro amoratado y lloroso, tras los primeros golpes recibidos en el mismísimo cuerpo de guardia, en los primeros cacheos. Las interminables galerías parecían recorrer todo el interior de las gradas, atestadas de presos sorprendidos. El estadio parecía construido para este otro fin perverso.

La comitiva se paró ante una zona noble; allí no llegaban los alaridos de las tollinas.

–Nos detendremos un rato aquí, para que usted pueda asearse.

Francisco no había hablado hasta ese momento.

–¿Se puede saber qué quieren de mí, adónde me van a llevar, quiénes son ustedes?

–Todo a su debido tiempo. En el coche se lo contaremos.

El trato amable no había desaparecido.

–Ahora, será mejor, amigo, que se quite esos andrajos, se bañe, se afeite, se vista como una persona de su condición.

El buen tratamiento se mantenía. El preso no contestó.

–Puede que estemos ante un serio desacierto de los militares. Ya sabe –terció el de mayor edad y pelo cano– que son muy brutos.

–¿Cómo? –cuestionó abobado Del Valle.

–Tal vez su detención se deba a un error. ¿Se quiere preparar, adecantar su presencia, para abandonar este infierno?

–No lo obligamos. Si lo desea, sale así, como se encuentra ahora.

Sin saber qué replicar, se limitó a la docilidad rápida que atenta contra los privados de libertad y los domina pronto. Entró en el cuarto de aseo. Una gota de alegría llegó a su corazón reseco, exprimido. La palabra salir – “si lo desea, sale así”–, iluminó su espíritu.

–Por aquí –el menos hablador le mostró el camino. Dejaron atrás un lujoso despacho montado como si las previsiones de aquel campo fueran para toda la vida; lo dejaron solo en un enorme cuarto de baño, parecido al servicio privado de un gran empresario.

–Aquí hay ropa nueva, si no quiere llevar la que tiene ahora. Ahí –señaló una pequeña repisa–, cosas para lavarse. Tarde lo necesario; no tenemos prisa.

Su guía se marchó. Añadió algo antes de salir. –Tómese todo el tiempo que precise. Nadie nos apremia –antes de ausentarse abrió el grifo de agua caliente del baño y lo espolvoreó de sales. Francisco le dijo que sí, pero con la cabeza; estaba mudo por tanta cortesía, tal derroche de educación y buenos modales. Toallas de mano y de baño nuevas,

aunque recién lavadas, jabones envueltos en papel, crema de afeitar, una maquinilla eléctrica sin estrenar, loción para después del afeitado en un frasco lacrado, un secador para el pelo, colonia, en un bote sin abrir. Parecía estar en su propia casa, con un aseo cuidado y puesto al día, con el cariño y el mimo que en este tipo de labores ponía Gloria.

Pasó por su cabeza la alocada idea de que tal vez lo llevarían con su amada lejana. Se desnudó, dejó caer la vestimenta rota y maloliente, despreocupado por aquellos despojos. Se metió en el baño de agua tibia: “No me lo puedo creer”, musitó.

Salió pronto del encanto del agua y se duchó, después de hacer un derroche de espumoso gel de baño. Así y todo, su tormento interior siguió latente. No dejó de pensar en los desgraciados de los pasillos subterráneos del Estadio Nacional. ¿Tenía, acaso, derecho a abandonar aquel antro, porque la suya fuera una detención equivocada de los militares? Poco creíble. ¿Acaso en el nuevo régimen chileno había algún estamento ajeno al castrense? ¿No se estaría fraguando alguna intentona nueva contra su persona? La

indecisión mental le acompañó mientras se secaba en la más sedosa toalla.

Sin saberlo, se empezaba a fraguar el “Síndrome de Rodas”.

“¿Qué sueño es éste, madre mía?” –se lamentó. Empezó a vestirse. La ropa le quedaba a la perfección; igual no la hubiera encontrado en una tienda. Se peinó; los malos arrebatos le volvieron a llenar el pensamiento.

“¿Qué trampa me estarán preparando estos *hijoeputas*? ¿Acaso no son los mismos buitres con las mismas plumas?, unos vestidos de milicos uniformados, otros de paisano, para despistar”. Un sexto sentido lo ponía en guardia una vez más, después de transformar su reciente alegría aparente en acibarada muralla de recelo triste y temerosa prevención.

El solajero, que caía a plomo en el patio de Maipo, no perjudicó a Francisco para tomar su decisión.

No tuvo necesidad de hacer seña alguna. Al yanqui-nodriza le bastó con que su vigilado buscara su mirada. Se les acercó.

–¿Su propuesta es para mí solo o acoge a mis dos compañeros?

–No tengo instrucciones sobre el particular para responder a esa pregunta, pero en media hora lo sabremos. Antes incluso, según cómo estén las líneas con Washington.

–Si es negativa, no hay nada más que hablar –aclaró con firmeza.

–Bien. Mientras aguardamos, ¿quieren pasar a aquella sala? –les señaló un cobertizo; allí, una mujer nativa y asustada les sirvió platos de comidas de la región, muy apetitosos y abundantes, a base de verduras hervidas con revuelto de sobrebarriga y chorizos caseros. En una mesa cercana a la puerta de la cocina, Spencer comió en solitario, despreocupado de sus prisioneros. A los pocos minutos, se ausentó. Un asistente del jefe de campo le avisó. Tenía a Washington al aparato. Regresó a los dos minutos, pero no dijo nada a sus invitados, hasta que terminaron de comer. Entonces, se empezó a levantar para darles la respuesta a una cuestión posible redactada por los cerebros del “Plan R. D.” desde que escribieron el primer folio de su borrador.

Los educados y elegantes ejecutivos sacaron a Francis del horror del estadio. Corrían los últimos días de septiembre del 73. “Llevaré en todo esto dos semanas o un poco más” –se dijo.

El coche que esperaba era un espléndido Alfa Romeo de color vivo, sin conductor oficial. La sorpresa crecía en el ánimo de Francisco. Veloz, el auto se alejó del infierno del campo y se dirigió hacia el centro. De forma intencionada, cruzaron ante el Palacio de La Moneda. Del Valle se horrorizó al contemplar el lamentable estado de la sede presidencial, llena de escombros, tan dañada. Un equipo de albañiles empezaba a restaurarlo; los obreros colocaban grandes andamios para comenzar el tajo.

“¡Dios mío, cuánto espanto! ¡Qué muerte la de tantos compañeros!”, recapacitó cuando el coche torció rumbo al barrio residencial Las Mimosas y Alta Vista, tras cruzar el Parque Forestal y enfilarse por las tristes alamedas de Santiago. “Veo claro. Para ir desde el estadio a Las Mimosas no era preciso pasar por La Moneda. Estos tres culebrinos querían que viera el terror de palacio”. Pocos minutos

después, tiempo en el que no dejó de ver tropas a pie y carros de combate de patrulla por toda la capital, entraron en el rico barrio-jardín de Santiago. Los grandes chalets y residencias lucían pancartas de bienvenida a los golpistas. La bandera nacional con retratos de Pinochet ondeaba en las antenas de televisión de las grandes mansiones, en balconadas y terrazas. Las fotos oficiales aparecían detrás de las cristaleras. “Todo el decorado del capitalismo chileno aliado con las multinacionales, el que ordeña el país a las órdenes de Wall Street”, se dijo.

El auto se detuvo ante un seto guardado por militares. El que iba al volante mostró su documentación; los soldados le dejaron vía franca.

—Aquí acaba nuestro servicio —aseguró el paisano de pelo blanco y piel clara, sin titubeo en su voz—. Ha sido un placer sacarle de aquella alcantarilla.

—Muy agradecido —musitó el abogado excarcelado.

—¿Quiere entrar en la casa?

El joven se apeó y caminó hacia el porche. Subió una escalera de piedra labrada. Se acercó a la puerta abierta. Pasó al interior.

La habitación adonde le llevaron sus pasos estaba iluminada en penumbra. Al principio, poco pudo ver, apenas distinguió las formas de los muebles. Sus pupilas encogidas desde la salida de la celda volvían a abrirse. Cuando el diafragma de su mirada se acopló a la luz somera, admiró el buen gusto con que estaba decorado el salón; paseó su mirada por las pinturas que adornaban los ricos paños tapizados de tela, hasta que, por instinto, bajó la vista a ras del piso. Encontró un mullido suelo cubierto de alfombras orientales.

Llevó sus ojos hasta unos zapatos. Elevó entonces su mirada. Lo vio. Estaba allí, repochado. Le ofreció asiento con el gesto, sin hablar. La irritación dominó el pensamiento de Francisco del Valle: lanzó su primer insulto, sin miramientos ni temores.

Su ex compañero de celda del Estadio Nacional no se inmutó. Francis tuvo la sensación de que el yanqui tenía prevista su respuesta. Lo volvió a insultar; sus repetidas ofensas llamaron la atención de los soldados:

entraron en tropel, al temer una riña entre los invitados.

–¡¡Fuera!! ¡Fuera de aquí, gentuza! –les paró los pies *El Yanqui*–. ¿Quién los ha mandado llamar? ¡Déjenos solos!

Francisco sintió náuseas de simpatía por la expulsión de los militares, pero la pregunta que les soltó, aquello de “¿Quién los ha mandado llamar?”, le hizo recapacitar: en verdad, el norteamericano los podría llamar, si los servicios de los sicarios fuera preciso. La acidez retornó a su alma.

–Sepa usted que me da asco –se limitó a decir.

–Bien, bien, mi querido Francisco. ¿Acaso prefieres quedar en manos de esa chusma a colaborar conmigo?

–Al menos actúan sin careta. Trabajar para la CIA es lo último que haría en mi vida. “Bien, bien –pensó Spencer–, se inicia el diálogo, con las previstas dificultades de rigor”.

–Para empezar a hablar como personas, te invito a tomar asiento –y se sentó, tras haberse incorporado por la entrada atropellada de los soldados.

Del Valle permaneció parado.

–Eres abogado, Francisco; sabes muy bien que el debate siempre beneficia a las partes. Lo pude comprobar cuando te conocí en la celda.

Francis seguía sin moverse. –¡De acuerdo! O. K. Te debo una explicación, he de pedirte disculpas por mi intromisión en tu aposento – ironizó.

El americano guardó unos segundos de silencio. –Nos hacía falta un hombre para Chile...

–¡¡¿Para Chile, dice?!! –Del Valle estalló, no pudo aguantar más– ¡Qué cinismo! ¡¡Querrá decir para la CIA en Chile!!

Se levantó el forastero de pelo de oro. Se le acercó. Le habló seriamente.

–Debe quedar una cosa nítida desde el primer momento. Tenemos las barajas sobre la mesa: tu colaboración será voluntaria o no hay nada que hacer. Primer asunto que debes tener bien claro. La segunda cuestión que ha de estar diáfana entre nosotros es ésta: no soy de la CIA. Si perteneciera, te lo aseguro, no

tendría empacho en decírtelo. ¡Lo repito! –le chilló en plena cara– ¡De la CIA, nada!

Se calmó. Se sentó.

–¿Crees que te vuelvo a engañar? ¡El teatro ya terminó!

Francisco se pasó la mano por la cara.

–Escucha: te voy a ofrecer la libertad, volver a la vida. ¡Vamos a poner en marcha un plan a medio plazo para Chile! Y no puedo quedarme con cartas marcadas en la manga ajena, ¿vale?

El detenido no se inmutaba.

–Te expondré el plan; al final, decides libremente lo que desees.

–Se puede ahorrar el tiempo.

–Pues, no me lo voy a ahorrar; sabrás una cosa, mi querido amigo: convencerte es todo el trabajo que tengo asignado en este averno de Chile.

–Querrá decir el infierno en que la CIA ha metido a mi país.

–Llámalo como quieras, pero, te lo aseguro, me importa un rábano la CIA. ¡No tengo nada que ver con esa panda de asesinos!

Aquello escamó a Francisco. Sin saber por qué, se dispuso a escuchar el increíble plan del americano de ojos azules.

Los tres amigos se miraron y se pusieron en pie, imbuidos por ese natural respeto hacia el superior que embaraza rápido a todo recluta y a todo preso, uno y otro personas con la libertad perdida.

El joven americano de pelo dorado se acercó a ellos.

–Que sí. Dice el jefe que sí. Si les parece, les repaso el plan, la “Operación R. D.” Aunque, tal vez no sea necesario. Ya les habrá contado Francisco.

–Así y todo, adelante –Antonio Padrón pareció haber recobrado el aplomo, dejó de ser el cautivo encarnado hasta aquel preciso instante.

El tiempo había pasado en la serenidad de aquella escondida casa del barrio residencial.
–¿Terminó con su plan?

–Casi.

–Pues sepa que no me interesa nada que tenga que ver con la CIA.

El extranjero de cabellos de arena perdió los estribos. Sin mirar a Francis, abandonó el sillón y abrió la puerta de la entrada de la casa.

–Pueden hacerse cargo de él –ordenó a figuras invisibles que aguardaban una orden.

Entre los espectros de las sombras se dibujaron dos grupos, uno de militares de uniforme arrugado y lleno de polvo, otro de elegantes personajes de cuello duro y corbata. El oficial de la guardia del barrio preguntó algo al hombre de Washington.

–¿Ha escogido?

–Elige quedarse en sus manos, en poder de los militares. Nunca sospeché que fuera tan imbécil –lo dijo con hartazgo y desprecio, masticó la última palabra.

La cara del milico se iluminó.

–¡Andando! Tu destino es *Tejas Verdes*, chiquito.

Aquellas últimas palabras sonaron como un látigo en la cara del detenido. Con ese nombre había existido un campo de concentración en una olvidada dictadura anterior, felizmente clausurado con el advenimiento de la democracia y del que Salvador Allende se había sentido satisfecho por desbaratar pieza a pieza.

Entonces, según parecía, los nuevos dictadores se habían ocupado de reabrir el campo. Mientras estas meditaciones pasaban por su cabeza, contempló cómo los atildados ejecutivos se marchaban en el automóvil de lujo y él permanecía en solitario con los militares, pletóricos por tener de nuevo en sus manos a uno de los cachorros del régimen caído. Le pusieron unas esposas con la brutalidad propia del caso, a empujones innecesarios lo montaron en un camión, en cuya caja de madera cayó como un saco de papas, y emprendieron camino del aeropuerto militarizado de Santiago. Allí fue encerrado.

A las pocas horas, lo llevaron junto a otros encarcelados de alta significación política, todos a la espera de un destino de muerte segura o al campo de *Isla 10*. En aquel

cobertizo habló y saludó a algunos conocidos que harían viaje al campo del sur de Santiago.

El viaje fue horroroso. Dio la sensación de que las nubes y los vientos se habían aliado con el general Pinochet, para amargar la vida a aquel grupo de derrotados.

A la mañana siguiente, con un cielo azul que daba gusto verlo, ya instalado en el campamento, se llevó la triste alegría de encontrarse con Antonio Padrón y Domingo Bermúdez, dos muchachos de la escolta del presidente, fuertes como animales, heridos y detenidos tras la muerte de Allende en La Moneda. Se abrazaron e intercambiaron la información que cada uno poseía en aquel ambiente falto de contacto con la realidad de lo que acontecía en Chile.

Poco les duró la alegría, al ver en la terraza del comandante de campo al americano que había compartido su celda en el Estadio Nacional.

–Ese cerdo está aquí.

Desdibujado el espejismo de felicidad, vuelta la amargura del momento, los dos escoltas

miraron hacia donde les indicaba su compañero.

Allá arriba, de charla con el jefe del matadero de presos políticos, con ademanes que parecían impartir órdenes, emergió un sujeto de cabellos dorados, de anchas espaldas, aspecto inglés.

—Les contaré, muchachos, la puta propuesta del cabrón yanqui —dieron la espalda a la escena y se separaron de la alambrada que cercaba el patio de los pabellones de encarcelados. Se acercaron al resto de los demacrados prisioneros y con ellos deambularon bajo el tibio sol de octubre.

—Dicen que es para que puedan aterrizar helicópteros —oyeron una conversación entre presos—. Pasaron junto a una explanada. La allanaban unos soldados y pintaban con cal un círculo; en medio, marcaban una gigantesca cruz en forma de aspa.

Francisco del Valle explicó a sus dos nuevos compañeros de amargura los detalles de la *Operación Rodas*, planteada por el americano en la mansión de lujo, su reacción ante la propuesta de quien sería llamado *El Yanqui*.

—No se puede uno fiar de esta canalla —
sentenció Del Valle, al final de su exposición.
Sus amigos guardaron silencio, se cruzaron
una mirada de curiosidad y temor.

Esa misma tarde apareció el helicóptero, con
su cruz roja sobrepintada de negro. Los
rumores se confirmaron a la mañana
siguiente: los presos eran introducidos en la
gran barriga del aparato en grupos de veinte y
éste regresaba a la media hora vacío de
detenidos, sólo con los tres soldados de
escolta, los pilotos y el oficial.

Antes de su nuevo viaje —mientras el teniente
y los pilotos echaban unos tragos en la
cantina de oficiales—, los elegidos fueron
llevados a punta de metralleta a la cercana
cantera. Cada uno regresó con una piedra al
hombro.

Unos hombres del cercano pueblo, que
vislumbraban con la reapertura del campo
una reactivación de su maltrecha economía
local, se prestaban para atar las piedras a
cortas sogas, que por el otro extremo
llevaban un nudo corredizo abierto. Con el
paso de los días, aquellos altos funcionarios y
destacados políticos de la Unidad Popular se

empeque-ñecieron hora tras hora, ante el exterminio, la imposibilidad de fuga, la cabeza dolorida ante la lista para el siguiente viaje del helicóptero.

La irritación creció cuando descubrieron a cuatro camaradas ofrecidos para sacar piedra de la cantera. Permanecían así agarrados a la roca ardiente de la vida y recibían un trato humano, transformados en caporales del terror implantado. A Francisco lo empezaron a llamar para subir en cada vuelo, pero en última instancia era rechazado, por haberse convocado a más gente de la que cabía en el helicóptero. Pronto interpretó aquella malsana maniobra como bastarda tortura psicológica, igual que los mazazos que se dan a la carne para ablandarla y digerirla con más facilidad.

Resistía.

La segunda parte de la tortura consistió en alistarlos para cada viaje en compañía de algunos de sus dos amigos y, al final, devolverlos a ambos, pero Del Valle siguió firme. No hizo seña alguna al americano, cuando cada mediodía lo veía aparecer a la hora del aperitivo.

Una nueva mañana fueron seleccionados los tres y colocados los primeros de la fila. Caminaron hacia la cantera y recibieron sus grandes piedras de mano de los compañeros cambiados de bando. Con los cantos en sus brazos o al hombro subieron al helicóptero.

Al ir a entrar Francisco, subido ya a los peldaños, un soldado con cuello de toro lo detuvo con la punta de su bayoneta calada.

Francis, paciente, volvió a bajar a tierra. No era lo que esperaba.

A despedirlo se había acercado el hombretón de anchas espaldas llegado del norte.

—¡Del Valle! —le llamó con energía—. ¡No sabe cómo lamento que no pueda quedarse en el mundo de los vivos! Pero, no podrá quejarse. ¡Allá usted con su conciencia! Dormiré tranquilo. He hecho por usted más de lo que de mí esperaban mis superiores. Nuestro plan es digno y usted lo sabe. ¡Debería haber sido menos cabezota, menos soberbio! En política, y eso también lo sabe usted, de nada vale la arro-gancia! También sabe que de nada vale el héroe muerto. ¡Buen viaje! —dio la vuelta y caminó hacia la copichuela y las tapas.

–¡¡Váyase a la mierda, cerdo fascista de la CIA!!

Los presos del interior aplaudieron a Francisco. Pero muy débilmente. Era su última demostración de libertad. Francis entró en la panza de la nave cargada de muerte, con la misma decisión de Juana de Arco camino del fuego, como Bruno. Domingo y Antonio, a su zaga, se volvieron a cruzar una mirada interrogadora. Un anciano de pelo blanco suspiró sin decir palabra. El helicóptero zumbó hacia los aires, preñado de proyectos de muerte, de abortados propósitos de vida.

Aquella tranquila tarde del mes de julio, la gente andaba por la calle en mangas de camisa y los negros se paseaban con la naturalidad y familiaridad con que lo hacían por la ciudad de Washington; por algo, desde los tiempos del presidente Kennedy, se había transformado en la ciudad estadounidense con mayor porcentaje de afro-americanos.

En el *Hotel Bellevue*, la tranquilidad era la tónica de costumbre. A sus puertas aparecían dos autocares de turismo y en su popular y

delicioso autoservicio hacían larga cola los turistas europeos llegados de Nueva York a pasar allí el día, para ver la Casa Blanca, el Capitolio, el río Hudson, el Museo del Espacio, las calles numeradas, las ardillas de la plaza que mira a la Casa Blanca y poder decir a su regreso: “He estado en Washington”.

Un observador, que no tuviera otra cosa que hacer, tal vez se hubiera dado cuenta. Pero tendría que estar muy en el asunto: el hotel se estaba llenando de agentes de la CIA y de algunos hombres del FBI. Llegaban desde las once de la mañana, uno a uno. Los primeros tomaban habitación o permanecían de copas y vasos de té en alguno de los tres bares del edificio; otros habían entrado en el comedor y luego pasaban a charlar a los tresillos de los espaciosos salones o se perdían por las salas de juego. El pelo recortado de cada uno de ellos era uno de los síntomas que hubiera contemplado un observador atento. Otro, el porte atlético de todos ellos. La edad podría haber sido otro; nada de edades mayores, solo jóvenes con vida por delante.

Aquel espectáculo singular –vigilado muy estrechamente por una nube de automóviles situados en torno al establecimiento– tenía una fácil explicación: a las cinco de la tarde, en la sala de conferencias número 3, se iba a rendir fiesta de homenaje de despedida al hasta entonces director de la CIA, el honorable Douglas T. McDowell. Aquella feliz convo-catoria –efectuada con sólo dos días de antelación por evidentes motivos de seguridad– se realizó bajo “clave 2P”, o sea, “doble prudencia en el punto de contacto”. Por esa razón, cada cual trató de asistir por su cuenta, como si en realidad se tratara de acudir a un PR, punto de reunión en terreno enemigo con un disidente o informador clandestino, con la vida en juego por la iniciativa.

Mientras llegaban los agentes especiales, algunos incluso desde ultramar en algún avión correo, sólo para ese momento y con el regreso cerrado en el último vuelo del día o en la vuelta del aparato de las valijas diplomáticas, éstos se percataban de las medidas de seguridad esta-blecidas en el edificio: una furgoneta de lavandería que nunca había transportado un paño sucio, unos

empleados de telefónica arreglaban la supuesta avería o unos obreros municipales quitaban y ponían losetas en el mismo sitio, como Penélope de las aceras.

Gregory Spencer lo sospechó desde el primer momento: “No me sorprendería que el mismí-simo Mauricius Clever se acerque a saludar al jefe”.

Y se lo dijo al entrar.

–Jefe, no me extrañaría que venga el señor presidente.

–Algo de eso hay, chico –sonrió al hablarle a su subordinado, un muchacho de gran confianza, que con él iba a seguir en el proyecto autónomo de la NSA, la National Security Agency, el organismo más secreto, la oficina más poderosa de Washington.

Gregory Spencer se acercó al receptor de televisión. El noticiero con imágenes de Chile daba cuenta de la huelga nacional de camioneros. “Cómo se está poniendo la cosa”, pensó, cuando un compañero lo sacó de sus pensamientos.

–¡Hombre, Greg! ¡Te hacía en Santiago! Miró a su colega; se dieron un abrazo.

–Acabo de llegar.

–¿Cómo están las cosas allá abajo? ¡Veo que lo estáis manejando con gran maestría!

–Los camioneros colaboran –sonrieron–, lo mismo que los estibadores portuarios. Son grandes tipos –escucharon un instante las noticias de las huelgas de aquellos gremios.

Rieron y aceptaron el trago que les ofreció un camarero. La fiesta dio comienzo en medio de un gran optimismo; a las 7 se interrumpió.

–¡Señores, atención! –llamó al orden de los alegres presentes el jefe de ceremonias de la Compañía–. ¡Entra el señor presidente de los Estados Unidos de América, señor Mauricius Clever! –y aplaudió.

Todos los reunidos –enardecidos por el reciente número de striptease– lanzaron vivas a su dios en la Tierra, idealizado en la persona del señor presidente. El director de la Agencia de Investigación solicitó calma.

–¡Hola, chicos! –el jovial saludo del inquilino de la Casa Blanca hizo reír a la nutrida concurrencia de superhombres. “Me recuerda a Bob Hope, cuando se dirigía a los soldados en Vietnam, durante una de sus

giras patrióticas” –se dijo Gregory Spencer.– Pasaba cerca de aquí –manifestó Mauricius Clever, bajo un coro de risas de espías– y me dije, ¿por qué no me acerco a saludar a mi buen amigo Douglas Thomas McDowell y a sus valerosos mucha-chos?

Sonaron más risas y nuevas ovaciones. “Puro Bob Hope” –confirmó Gregory Spencer, mien-tras se preguntaba si algún alumno o heredero del veterano actor no estuviera al servicio de la Casa Blanca, para redactar estos guiones de ambiente del primer mandatario de la Unión.

–En serio –cambió el rostro de Mauricius Clever y se aplacaron las voces de fiesta–. Quiero expresar públicamente la satisfacción del gabinete que presido por vuestra labor en general y por el trabajo efectuado en particular por nuestro homenajeadó de hoy, el jefe McDowell. –aplaudió y se dirigió a Douglas Thomas McDowell con los brazos abiertos, en ademán de ir a abrazarle; éste, a su vez, aclamaba la presencia del señor presidente en acto tan íntimo como significativo del estado de ánimo de los muchachos de las Agencias. Se preparó con

humildad para recibir la adhesión del señor presidente de los Estados Unidos de América.

Los valientes especialistas en espionaje y juego sucio se vieron por un instante personalizados en su apuesto jefe laboral, con cuya jubilación anticipada –años antes de corresponderle por reglamento– había cogido a todos por sorpresa. Se celebró la liturgia de la felicitación presi-dencial y todos se dieron por satisfechos. Un sentimiento semejante al de una cópula colectiva se cernió sobre la fiesta. Quedaron contentos. La erótica profesional de aquellos hidalgos quedó harta y cubierta. Confirmaron la alta dimensión de su singular servicio a la patria como los nobles más destacados en la cruzada contra el comunismo y el terrorismo y demás enemigos del más grande país del Universo.

–Sigán ustedes con su fiesta, caballeros. Que ustedes lo pasen bien. Ya saben dónde me tienen –sonrió el señor presidente, mientras decía adiós con las manos agarradas con gracia y en alto, antes de pasar a mostrar dos dedos abiertos con la V de la victoria. A la vez que se marchaba, habló en voz baja al oído de McDowell, sin molestarle que junto a

ellos hubiera un micró-fono abierto, preparado hábilmente para la oca-sión.

—Mi jefe de gabinete técnico, el señor Higgins, me ha asegurado que los gastos de esta fiesta de hoy corren por cuenta de la Casa Blanca.

Se armó entonces un fuerte revuelo, de vivas, loas y hurras por la salud del honorable señor presidente de medio mundo.

Cuando Mauricius Clever estaba a punto de partir, fue Douglas Thomas McDowell quien le habló al oído, esa vez sin posibles escuchas.

—¡Señor! Tengo la muy imperiosa necesidad de hablar con usted. A solas. —el político mayor lo miró con cautela. Douglas T. acabó su somero mensaje—. Mañana mismo salgo con mi esposa en un crucero por el Caribe. Hasta mitad de la segunda semana de septiembre...

—¡Buenas fechas para darse una escapadita!

—Sí, señor. Pero después del próximo día 11 tengo que verle sin falta. La idea que tenemos es importante para los Estados Unidos.

–¿Tenemos? ¿Habla usted en plural?

–¡Sí, señor! En principio, en nombre de los siete agentes de la CIA que conmigo y antes de su tiempo reglamentario han pedido la jubilación anticipada.

–¡Y yo que creía que nos iba a dejar!

–¡Nada de eso, señor! Al contrario, se trata de un plan muy ingenioso e interesante para la imagen de nuestra nación ante el mundo libre. Será una rama de la NSA. Un poco secreta, claro –sonrió.

–¡De acuerdo! –se volvieron a dar un abrazo– . ¡Nos veremos después de lo de Chile!

–¡Saldrá bien, señor! ¡Puede estar seguro!

Gregory Spencer, guardaespaldas de McDowell en la fiesta de despedida, se tomó otra copa con su colega el agente especial Henry Lessing, otro de los “jubilados” con Douglas T. antes de tiempo. Era –como él– uno de los encargados de la “Operación R. D.”, preparada para iniciarse en Chile si – como era de esperar– el señor presidente daba su secreto visto bueno, después del día 11 de septiembre.

El buque navegaba apaciblemente después de zarpar de Bahamas, proa a Puerto Rico.

Un oficial –al que conocía de vista por verlo durante los almuerzos en la mesa del capitán– le llevó el télex. Nadie a bordo hubiera entendido su significado. Douglas T. sí. Decía: “Ha sido todo tan rápido como lamentable. Una bandada de halcones se precipitó sobre el palomar y ha hecho un serio destrozo. Ha sido imposible evitarlo. Murió hasta el macho campeón de hace dos temporadas. En estos momentos, el palomar está bajo control. Afectuosos saludos del cuidador”. Sonrió para sus adentros. Caminó hacia popa y releyó el mensaje en clave donde le daban cuenta del derrocamiento y muerte del presidente constitucional de la República de Chile.

Rompió el papel y soltó por la borda en intervalos de quince segundos los trozos que le anunciaban el fin de su crucero, el inicio de la *Operación R. D.* En Puerto Rico desembarcó y voló a Washington. En el despacho oval de la Casa Blanca lo esperaba el presidente del poderoso país, según cita acordada en su fiesta de falsa jubilación.

Una semana más tarde, también de noche, un pequeño furgón quedó bien aparcado frente por frente a la entrada del lujoso edificio llamado *St. Spirit Home*. Un anciano de andar cansino y bien trajeado lo cerró; caminó hacia las cercanías del parquecillo del barrio, donde tantas personas mayores acudían a tomar el sol. Sin que nadie se percatara, el viejo entró en una furgoneta de mayores proporciones. El especialista chileno se quitó el disfraz y se vistió de forma elegante, con un terno claro, como cualquier pasante de abogado de una oficina normal residente por aquellos contornos. Era el tercero y ya último enmascaramiento que emplearía en ese encargo de campo.

Armado de paciencia, aguardó hasta que el blanco de su plan entrara en la casa sometida a vigilancia. Sus contactos en el exterior le informaron cuando el “negociante” escogido por sus mentores había abandonado sus oficinas en Cayo Biscaíno, en plena ciudad de Miami. Cada uno de los tres coches que lo siguieron en otros tantos relevos le fueron informando: el auto-móvil de lujo del mafioso Ric West se acercaba a la madriguera bien guardada. A través de la

ventana de cristales oscuros pudo ver cómo el auto blindado entraba en la cochera del sótano. Al rato vio encenderse las luces en la residencia de *El patrón de Florida*, como era conocido aquel gánster que vivía solo, con dos matones guardaespaldas por toda familia.

Poco a poco, las luces interiores del edificio se apagaron, según terminaban las diferentes películas programadas en los distintos canales de televisión, tal y como el especialista chileno iba comprobando en una guía del ocio que tenía en sus manos. Las normas eran claras. Desde que se difuminara la última bombilla de la casa del *Patrone* tenía que esperar un par de horas. Se calculaba de antemano que todo sucedería entre la 1:30 y las 3:30.

Así fue. A la 1:20 se apagó la lámpara que iluminaba el amplio ventanal de la sala del pandillero Ric West. A las 3 y 20, el chileno se despertó tras echar un sueñecito. Iba a actuar. Necesitaba estar descansado. Pondría el colofón del fingido trabajo como reparador de antenas en la “Noche H”. Tenía ganas de acabar con aquel sufrimiento. Apartó el

nerviosismo; empezaba a apoderarse de su ánimo. Se dispuso a dar al interruptor.

Lo accionó. Hubo una décima de segundo de silencio. ¡Aquello no iba a funcionar!

La explosión fue atronadora.

Pareció que el edificio entero se iba a tierra.

Todo estaba calculado.

Los ocho kilos de dinamita colocados por el falso reparador de antenas durante la noche de Hollywood se expandieron horizontalmente.

Según los cálculos del laboratorio gubernamental, la onda expansiva sólo barrería lo que encontrara a su paso en el piso octavo, ocupado por *El Patrone* y sus dos gorilas.

Tres minutos. Tenían que pasar tres minutos.

Resultó un tiempo muy largo.

Las llamas habían hecho presa en el piso y amenazaban con pasar al resto de las viviendas. Pronto se empezarían a escuchar las sirenas de policías, bomberos y ambulancias. La gente alarmada empezó a salir a la calle. Se cumplieron los tres minutos y Domingo Bermúdez pulsó el

interruptor verde: el gas butano encerrado en las bombonas escondidas en el furgón estacionado frente a St. Spirit Home empezó a circular en libertad, suavemente, en muy poca cantidad.

El especialista chileno salió de la furgoneta grande –centro de toda la operación criminal– y echó a correr como vecino asustado y novelero hacia el lugar del siniestro. Llegó sudoroso, se mezcló con el resto de vecinos que se había echado a la calle, ciudadanos en batas y zapatillas, despeinados, levantados de sus camas por el ruido.

El piso seguía en llamas. La pared que daba a la calle había desaparecido: sus restos aparecían dispersos por el jardín de la propiedad.

–¡¡Huele a gas!! –afirmó el chileno en voz alta, en español.

–¿Gas? –preguntó alguien.

–¡Sí! ¡¡Un escape de gas!! –aseveró otro, ahora en inglés. Y se corrió la voz: había habido un escape de gas, nadie se atrevería a discutirlo, porque a gas olía.

–¡¡Apártense!! –ordenó un sargento de la policía metropolitana que llegaba en ese momento–. ¡Aléjense! Hay un escape de butano.

¡Todo puede explotar por algún sitio! Los temerarios de toda colectividad estaban allí: se quedaron contemplando el espectáculo macabro y encantador del fuego, de los bomberos con su completa parafernalia teatral. Los más temerosos se replegaron un par de metros. El ciudadano chileno –alineado entre los miedosos– cortó por radio la salida de gas de las tres bombonas de siete kilos alojadas en la pequeña furgoneta que tan bien había servido para dar una falsa pista en lo que era un asesinato, eso sí, planeado y ejecutado con imaginación. Había sido “el asesinato del gas”, de la *Operación Rodas*.

Cuando los directivos de la Oficina Federal de Lucha contra los Narcóticos se enteraron de la noticia por los informativos de radio y televisión de la primera hora del día, se apretaron las manos en silencio y soltaron un hurra acallado, silente.

–Hemos liquidado al más peligroso de nuestros adversarios, de los enemigos de la sociedad americana.

–Ahora, a esperar a que otro golfo ocupe su lugar.

–Tú siempre tan optimista.

–¿Creías que los chicos de Washington no iban a atender nuestra petición? Ya no me lo esperaba. ¡Ha pasado casi un año!

–Los amigos de Washington han sido certeros.

–Las cosas bien hechas suelen prepararse con lentitud. Pero con gran seguridad.

–No nos podremos quejar de que no han actuado con prudencia y maestría.

–Como la lenta apisonadora de la ley.

–¡Eso! Se ha hecho justicia.

–Habrá que ir a brindar –sentenció el jefe de aquella oficina.

El chileno descansó antes de emprender el regreso a Europa, a su base. Había cumplido la primera parte del compromiso escogido un turbio día en el campo de concentración de

Maipo. Se sentía más libre. Cumplida la segunda parte del pacto, podría viajar y dejaría de estar vigilado las 24 horas. Feliz y contento, embarcó hacia Madrid.

El presidente Mauricius Clever no hizo esperar demasiado al ex jefe de la CIA. Douglas T. aparecía con la tez morena; su pelo parecía más blanco.

—Los efectos del fuerte sol del Caribe, señor presidente —le pareció oportuno explicar su lozano aspecto.

Sobre el despacho oval volaba el fantasma de la reciente intervención en Chile.

—¡Señor! —habló tan pronto tomó asiento y concluyeron las saluciones de rigor.

—¿Sí?

—¡Señor! No es ningún secreto “lo de Chile”.

—¿Sí? —Y precisamente de Chile, señor presidente, le quiero hablar.

—¿De Chile?

—¡Exacto, señor!

–Dígame, antes de nada, a qué nivel no es secreto eso a lo que usted alude.

–Por supuesto, señor. Me refiero exclusivamente a la cúpula de la Compañía y el Despacho Verde de la NSA.

–Bien. Prosiga.

–Sucedde que...

–¿Me quería hablar de Chile? –volvieron al comienzo de la conversación.

–Sí, señor.

–Dígame, le escucho.

–En primer lugar, le expondré los antecedentes.

–¿Los antecedentes? ¿Hay algún precedente en lo de Chile que yo no haya sabido?

–Me explicaré. Marché de la CIA antes de tiempo, pero sigo cobrando de la Agencia Central de Información, señor.

–¿Sí? ¿Cómo es eso? ¿Se refiere a su paga de jubilación?

–En realidad, no me he retirado, señor. Todo ha sido un ardid, el inicio de una maniobra

disuasoria para que se lo crean los enemigos que nos espían.

–Muy interesante. Siga. Tengo curiosidad.

–Verá, señor. De acuerdo con mi sustituto, hemos puesto en marcha una operación en clave XX45.

–¿XX45 dice?

–Sí, señor. Viene de 1945; ese año, la Compañía precisó que algunos de sus hombres se dieran falsamente de baja, para poder seguir operando sin que se supiera que continuaban con nosotros. Desde entonces, de acuerdo con el presidente Truman, se añadió una cláusula secreta a los reglamentos de la Agencia, para poder poner en marcha jubilaciones especiales en clave XX45.

–No conocía ese extremo.

–No tenía por qué saberlo. Así se estableció con el señor Truman: los presidentes no tendrían noticia de esa cláusula siempre y cuando bajo su mandato no se realizara alguna jubilación falsa en esa línea.

–¿Por eso me está informando ahora, verdad?

–Por dos razones, señor.

–¿Me las va a decir?

–Por supuesto. Por eso estoy aquí, señor.

–Le escucho.

–En primer lugar, porque se trata de una operación en clave XX45, pero con subtítulo doble R.

–¿Doble R? ¡Qué bien!

El presidente se removió de su sillón, como el profesor que empieza a estimar que un alumno no habla en serio.

–Sí, señor. Disculpe. Doble R significa que el responsable de la nueva operación XX45 es el propio presidente de la CIA y, además, ha de ser oído, como hago ahora, señor, por el presidente de los Estados Unidos de América, bajo ciertas condiciones.

–¿Ser oído? ¿Condiciones? No sé qué decirle, pero, siga, siga. Me come la curiosidad.

–Bien, señor. Son tres las condiciones.

–Tres condiciones, dice usted.

–Sí, señor.

–¡A ver, cuáles son! –Mauricius Clever empezó a mostrar mayor síntoma de intranquilidad y enfado.

–La primera, el responsable, llamado en la operación con el nombre en clave de R45, tiene que entrevistarse con el presidente, pero ha de ser en el Despacho Oval, no vale otro lugar, para que el presidente pueda estar tranquilo y meditar sin prisa.

–¿La segunda?

–La otra dice que esa entrevista ha de haber sido pedida al menos con una semana de antelación y celebrarse no más de veinte días después de su solicitud.

–¡La tercera cláusula! –exigió el presidente.

–Sencillamente, que el señor presidente escuche el plan y dé su visto bueno.

Douglas T. dejó un corto y meditado silencio prendido del aire.

–¿Señor?

–¡Sí!

–Es suficiente su visto bueno de palabra.

–De palabra –remedó el presidente.

–Eso, de viva voz. No ha de haber nada escrito.

–¿Y si me niego?

–Permaneceré en la jubilación anticipada. No habrá *Plan Rodas*, se habrá acabado mi carrera, señor. Jugamos fuerte cuando aparece una operación en clave XX45.

–Con clave doble R –el presidente sonrió, irónico: parecía gustarle el juego de los espías.

–¿No cree correr demasiado riesgo?

–Servimos a la patria como nuestra conciencia y nuestro honor nos dicta en cada momento, señor. Son las reglas de la Agencia. A veces, corremos más peligros que el que se espera de nosotros. ¡Es nuestra norma de conducta, señor presidente!

–Bueno. De momento, voy a dejar que me muestre su locura. ¿La llamó *Rodas*?

–Ese es su nombre, señor, *Plan Rodas*.

–Hable. Luego veré qué me parece, qué le digo. Adelante, le escucho.

McDowell se aclaró la garganta, se limpió el sudor que mojaba su frente y cuello, sorbió un buche de agua. –Verá, señor...

La gente de Douglas T. se instaló en una apacible granja del estado de New Jersey, a mitad de camino entre Nueva York y la ciudad de Washington. Aunque algunos de ellos aguardaba con cierto nerviosismo el resultado de la conferencia del jefe con el presidente, los más sabían que, pasara lo que pasara, el *Plan Rodas* se iba a poner en marcha, eso sí, con mayores reservas si el inquilino de la Casa Blanca no daba su autorización. Tenían el respaldo de la NSA. Además, a su favor entendían un hecho indiscutible: “lo de Chile” había sido tan rápido, que no se podían quedar atrás, descolgados de los acontecimientos, porque, ¿entonces, para qué se montó dentro de la Compañía un proyecto XX45?, ¿para qué se decidió en las alturas la clave doble R, con un R45 a su frente? Además, los chicos del “servicio de exteriores” ya disponían de oficina especial en la embajada de Santiago, a la espera de que el jefe McDowell se integrara con el grupo que aguardaba en la

granja e impartiera sus primeras órdenes de campo.

El presidente quedó sorprendido cuando McDowell, sin apenas tomar resuello, le expuso con crudeza toda su operación en marcha, las líneas maestras del *Plan Rodas*.

—¿Me habla usted de crear una especie de CIA paralela, para actuar a varios años vista?

—¡Algo así, señor!

—¿Cree que para entonces seguiré en la Casa Blanca?

—¡Exacto!

—¿Exacto que seguiré aquí dentro de diez o quince años?

—¡Exacto en lo que respecta a la primera parte de su pregunta, señor: se trata de crear un servicio súper secreto, para actuar, para intervenir no directamente a medio o a largo plazo!

—¡Ya! —refunfuñó Mauritius Clever.

—Se trata sencillamente de colaborar a restaurar regímenes políticos derrocados por

nosotros; a eso obedece su nombre: Plan Rodas, de R. D., Plan Restaurar Democracia.

–Democracia, ¿dice?

–Eso digo, señor. Por ejemplo.

–¿Me va a poner un símil? –el presidente seguía cáustico.

–Lo de Chile. Se trata de un operativo capaz de ayudar a la restauración de la democracia en Chile, cuando interese a Washington, pero sin aparecer para nada: se trata de mover los hilos desde detrás del escenario...

–Ya veo.

–Es muy grande el daño de imagen que sufriríamos si, tras un “golpe auxiliado”...

–¿...así lo llaman en la Agencia?

–Ése es su nombre técnico, señor.

–¡Su “nombre técnico”! ¡¡Siga!!

–Decía que el resultado de un ‘golpe auxiliado’ puede convertirse, transformarse, en algo que ni siquiera podemos pensar en estos momentos y a medio o a largo plazo puede atentar contra nuestros intereses nacionales.

Hizo una pausa. Era un momento delicado. Daba gran importancia a pronunciar las palabras adecuadas, justas, con la entonación precisa, hasta llevarse al presidente a su terreno.

Clever, irónico a cada rato, se le resistía.

—¿Se imagina, señor, por seguir con el caso, sólo es un modelo, que nuestro honorable amigo el presidente Pinochet, Dios no lo quiera, se transformara en un nuevo Hitler o algo parecido con el discurrir de los años?

—¡Por favor! ¡Qué cosas dice de nuestro aliado!

—¡Disculpe, señor presidente! Véalo sólo como una hipótesis de trabajo. ¡Sólo es eso! Una hipótesis. Disparatada, pero hipótesis.

—¿En el Pentágono saben de su plan? ¡Lo internarían por loco!

Una corriente de aire frío heló las sienes de Douglas T.

—Prosiga —dijo imperativo el presidente.

—Si eso llegara a suceder, cosa que, por supuesto, no me creo, ya que don Augusto es

un liberal de los de verdad y hombre de práctica religiosa indudable...

—¡Y un demócrata!

—Eso iba a decir, señor presidente. Me lo quitó de la boca. ¡Y un demócrata!

—¿Qué más?

—Pues... perderíamos todo nuestro crédito ante el mundo libre, un mercado de especial interés por sus materias primas...

—¿No tendríamos, acaso, la oportunidad de un nuevo golpe asistido, como llaman ustedes?

—Técnicamente, sí, pero no sería oportuno, prudente ni recomendable volver a actuar en pocos años en el mismo país, para quitar lo que hemos puesto.

—¿No?

—No lo creo, señor.

—¡Explíquese!

—Por un lado, podría suceder que eso lo hagan los soviéticos...

—¿Los rusos? No había pensado en eso.

–Tienen intereses en Argentina y Chile. Recuerde que aún con el presidente Videla, en tiempos de los “desaparecidos”, ellos continua-ron comerciando con Buenos Aires. Y nada indica que no lo sigan haciendo con Santiago. Sus necesidades de guano son muy conocidas y sólo lo pueden encontrar en Chile. Y compran gas de Bolivia, a través de las importaciones que hace Chile. No digamos del cobre chileno. O sea, estarán pendientes de un hilo, conocerán todo lo que allí suceda.

–Ya, ya.

–Además, si nosotros no nos ocupamos de restaurar la democracia en Chile, ¿se imagina la campaña de descrédito que Moscú o los chinos podrían montar en la prensa del mundo libre, por medio de tantos miles de periodistas de la supuesta progresía de Occidente, que no son más que “submarinos” del Este?

–Continúe, McDowell –ordenó tajante el presidente.

Por vez primera durante la entrevista pronunció su nombre. Se sintió satisfecho.

Veía un final feliz. La aprobación tácita del señor presidente.

–Se trata de preparar grupos de chilenos, listos para la acción, por muy arriesgada que sea, que operen a nuestras órdenes, cómo y cuándo se lo digamos.

–¿Qué posibilidades tenemos de ser localizados, descubiertos?

–Ninguna, señor.

–¿Qué presupuesto precisan para actuar?

El presidente Clever parecía dispuesto a ceder.

–Ninguno, señor...

No le dejó seguir.

–¿Ninguno, dice?

–No olvide, señor, que pertenecemos a la NSA, que el *Plan R. D.* o *Plan Rodas* es un servicio de la Agencia. No se trata de crear algo nuevo, sino de lograr su confianza para seguir adelante.

–¿Seguir adelante? ¿Acaso ya han comenzado?

—Señor, el primer paso fue anunciar que me jubilaba. Yo y mis hombres, mi equipo. Ellos, mucho más jóvenes y en edad laboral.

—¡Ah, ya! —el presidente parecía que no se había dado cuenta de ese detalle.

Dejó que sus últimas palabras calaran en el pensamiento del inquilino del despacho oval.

—Señor, ¿ha tomado su decisión? —el presidente se revolvió molesto en su sillón de cuero crudo—. ¿Cómo la quiere? ¿Vale un apretón de manos o prefiere un abrazo?

Sonrieron los dos.

—¡El abrazo estaría mejor, señor!

Se acercaron y se rodearon con los brazos.

—¡Es usted muy considerado, señor!

El jefe Douglas T. McDowell, R45, abandonó la Casa Blanca, en uno de los días más felices de su vida.

El automóvil oficial salió disparado del cuartel de Maipo; a los pocos minutos, se detuvo en un improvisado helipuerto, un prado de montaña. Allí estaba, con los rotores en marcha, el mismo helicóptero del viaje

anterior. Un estampido de horror sacudió el cuerpo de los chilenos que iban a ganar la libertad a un precio desconocido. Sólo Francisco tuvo arrestos para hablar.

–¿Qué significa todo esto? –se puso a la defensiva. –No tiene nada que ver con lo anterior. Además, mientras nos lleve a nuestro destino, no hará lo otro. No hay militares a bordo, piedras ni cuerdas –aclaró el gringo. Lo habían lavado, estaba reluciente y olía bien.

Se miraron los hombres de Allende. Vieron que los pilotos eran otros y no iban entonces de uniforme, sino con monos azules. Se acercaron con el alma llena de horror y miedo. El aparato tenía la puerta abierta, con olor a limpio, sin la peste a muerte de la vez anterior.

Por lo alto de la montaña, cerca del puerto, un jeep del ejército levantaba polvo en cada una de las estrechas curvas de la pista que conducía a *Tejas Verdes*.

–Allí va el hijo de puta del teniente –señaló *El Yanqui*, con la mirada alegre. Los tres amigos miraron hacia arriba.

–¡¡Entremos!! –ordenó Del Valle a sus dos compañeros.

Los cuatro hombres –el americano y los tres chilenos– fueron los únicos pasajeros de aquel vuelo a la libertad. Media hora después, estaban a bordo de un jet de pequeñas proporciones, camino de Santiago de Chile, escala de un viaje más largo. El pequeño reactor llevó a los liberados hasta un apartado rincón del aero-puerto capitalino. Iban a salir de Chile, según todos los indicios; sus mentores pretendían que fuera un asunto inadvertido por los funcionarios del aeródromo.

Era cerca de las seis de la tarde, hora habitual de partida de los grandes aviones trasatlánticos. Cuatro enormes “Jumbos” permanecían en las pistas, con una legión de empleados en su entorno. Uno de Iberia; dos de KLM; un cuarto de Alitalia. Fueron trasladados en un coche hasta el primero de los mastodontes del aire.

–Nos llevan a España –comentó Antonio Padrón, al reconocer las siglas de Iberia en el 747 adonde los acercaban.

–Es el mejor de los viajes –aseguró Francisco.

–¿Salir de una dictadura para meternos en otra? –quiso saber Domingo.

–Allí seremos bien recibidos. Está lleno de exiliados políticos de las dictaduras del cono sur. Tengo amigos de Bolivia y Uruguay residentes en Madrid.

Hablaban bajo y rápido, para que *El Yanqui* no se enterara.

–¿Crees que podremos huir, una vez estemos en Europa?

–Todo es posible. No se debe perder la esperanza; con tal de liberarnos de Pinochet, ya nos podremos dar con un canto en los dientes.

Antonio, el pequeño moreno de ojos negros, de profesión mecánico de automóviles, les borró la esperanza que pretendían empezar a concebir.

–¿Acaso creen que nos van a dejar escapar del pacto firmado en el campo de concentración de Maipo? ¡Son ustedes unos coñobobos!

–Tal vez lo seamos, Antonio, pero, ¿crees acaso que podemos dejar apagar la débil luz de la ilusión?

–¡No me vengas con pendejadas! A la primera intentona de escapada, este cabrón nos pega cuatro tiros y nos deja tiesos! ¿Acaso no has visto el puto bulto que tiene bajo la chaqueta?

Estas últimas palabras envolvieron a los tres desesperados en un abismo de tristeza. De golpe, recordaron al compañero de Temuco y se tornaron silenciosos, humillados, en su exacta dimensión.

–Pueden ir bajando. El avión parte dentro de unos minutos. No se lo creían. Saldrían del infierno chileno.

Subieron a toda carrera por la larga y empinada escalera del “Jumbo”. Los esperaba el sobrecargo. Con esmerada educación, los acompañó hasta una escalerilla de caracol, hacia la cabina superior de pasajeros. Allí no parecía haber viajeros. Solo dos gringos. Ante una pizarra de plástico blanco, dos hombres estaban ya en sus sitios, Douglas T. McDowell, y su ayudante Henry Lessing, según las presen-

taciones que hizo Gregory Spencer. Sin más preámbulos, Douglas T. expuso con detalle el *Plan Rodas*. El avión todavía seguía en la pista.

–Hermanos, somos un servicio especial que está en contra de los pronunciamientos de la CIA. Por esa precisa cuestión, nosotros abandonamos la Agencia.

–¿Sí? –cuestionó irónico Francisco, ya seguro, amo de su situación.

McDowell no tomó en consideración la impertinencia.

–Tenemos el encargo federal de poner en marcha el *Plan Rodas*: R, de restauración; D, de democracia.

–¿Plan de Restauración de la Democracia en Chile?

–En efecto. Nuestra idea es salvar del exterminio a varios grupos de chilenos demócratas, para que, a cambio de sus vidas, puedan trabajar el día que decidamos acabar con Pinochet y restaurar la democracia en el país, de tanta solera en el mundo de las democracias occidentales, siempre y cuando el nuevo régimen se llegara a degradar hasta

límites que aconsejaran nuestra intervención, por medio de los hombres libres que ahora estamos ayudando a salir de la república.

—¿Qué está usted diciendo?! —preguntó lleno de alarma Domingo.

—¿Pretenden que bajo sus órdenes acabemos con Pinochet, cuando así lo decida Washington?

—Algo más o menos, ése es el fundamento del *Plan Rodas*. Se lo acabamos de exponer.

—O sea —ironizó de nuevo Francis—, deciden un buen día quitar del medio a un dictador puesto por la CIA y va la misma CIA camuflada de *Rodas* y nos ordena quitar al muerto del escenario político.

El Yanqui se interpuso, serio como nunca lo habían visto.

—¡Le prohíbo que vuelva a ironizar! Si lo hace, doy orden al avión para que no despegue y ustedes regresan a Santiago; usted baja a tierra y se termina la historia. ¿Vale? ¿Me explico? Conseguiré así, por ejemplo, no ver jamás a Gloria...

Francis se quedó helado ante tantas amenazas ciertas. La alusión a su compañera le congeló el corazón y lo dejó fuera de combate.

Ya sin interrupciones, McDowell añadió todo tipo de detalles del plan en marcha. Los tres silenciosos hombres de la Unidad Popular se empaparon de la idea. Poco a poco, en sus mentes se abrió la toldilla de la gran venganza contra el dictador impuesto a Chile.

Antes de que se percataran de su nueva situación y cayeran abatidos por el sueño, el monstruo de los aires descendió en el aeropuerto bonaerense de Ezeiza. Allí se quedó McDowell.

Media hora después, otro “Jumbo”, éste de “Alitalia”, se posó en suelo argentino. Douglas T. subió y se encontró en la camareta superior con dos de los hombres de Rodas y otros tres chilenos salvados del infierno.

Tras la breve presentación, les explicó el proyecto, para pasar a mantener un auténtico coloquio con los allendistas. Uno de ellos, profesor de química de los productos naturales de la Facultad de Farmacia de la

universidad pública de Santiago, Hipólito Sigüenza, llevó en todo momento la voz cantante por el lado de los liberados. Era Hipólito un hombre corpulento, con cara de indio, producto del cruce de un español emigrado con una bella chilena de pelo lacio y ojos profundamente negros; un ejemplo de cruce de europeo y nativa del interior, muy inteligente. Había desembocado en la Unidad Popular por defender los derechos de los más deprimidos, campesinos indios de la región de su madre, de quienes se consideraba en cierta manera descendiente.

—La cosa está clara, profesor. Cada uno de los hombres que vamos a liberar, no más de doce, tendrá que realizar una acción escogida por nosotros. Pasada esa prueba, estarán listos para el “examen final”.

—¿El “examen final”?

—¡Exacto! ¡Ultimar al general Pinochet, si Rodas entiende a medio o a largo plazo que el nuevo presidente no se hace meritorio de la confianza del mundo libre.

—¿El mundo libre dice, señor? ¿No querrá usted decir los intereses económicos de las multinacionales americanas, señor? —

Sigüenza empezó a derrochar sarcasmo—. ¿No se referirá a los alicientes financieros de Wall Street, a los precios de nuestros productos nacionales de exportación, minerales y abonos naturales?

—No voy a discutir con usted, profesor. Le recuerdo que nos debe la vida; tiene comprometida su palabra con nosotros. Nos ocuparemos de que la cumpla. ¿Me he explicado con claridad? —cortó tajante el estadounidense.

—A la perfección, señor.

—Hace bien. No crea que Rodas va a tolerar la más mínima deserción. No puede haber fisuras en este proyecto.

—Muy bien.

—Le ruego, profesor, que sea razonable. No agrie nuestras relaciones desde el principio.

—Entendido —repitió Hipólito, de nuevo en su expectante humillación.

—En su caso, profesor Sigüenza, sabemos que habla muy bien el italiano, lo vamos a colocar en la Universidad de Nápoles. Debe recordar en todo momento que los hombres

de Rodas estarán muy cerca de usted. Nunca sabrá si se trata de un adjunto, de su conductor, de otro catedrático o la mujer de la limpieza: estará vigilado las 24 horas del día.

Hizo una pausa.

—Ahora bien, partimos de la base de la colaboración mutua y espontánea; nadie crea que vamos a jugar a agentes secretos o a espías. Nada de eso.

El universitario suspiró. El jefe R45 paseó su mirada por los tres liberados.

—Mis hombres explicarán a cada uno cuál va a ser su nueva personalidad, excepto en el caso del profesor, que es muy conocido para hacerlo con él. Les dirá en qué van a trabajar y cuál será el agente de contacto.

Tragó algo de saliva, se mojó los labios reseco con la lengua.

—Por último, sólo me queda felicitarlos por haber escapado del infierno y animarles a emprender una nueva vida. Podría ser posible que nunca tuvieran que actuar para *Rodas*, si las cosas marchan bien en el Chile de Pinochet.

Cuatro horas más tarde, el comandante del aparato anunció una escala técnica en Azores. No especificó el nombre de la isla del archipiélago donde repostarían. Descendieron; ninguno de los pasajeros pudo contemplar el alejado hangar plateado, con un gran cartel: “Lajes - Terceira - Açores”. Tampoco ningún viajero vio a lo largo los estilizados aviones de combate situados en aquella base americana en medio del Atlántico Norte ni cómo descendía un hombre sesentón y de pelo casi azul, embutido en el mono de un mecánico de vuelo, cómo desaparecía en la oscuridad.

McDowell había terminado su trabajo de aquel mes de octubre de 1973. En el hotel de la isla Terceira lo esperaba su esposa. Pudo, por fin, cumplir lo prometido: acabar aquellas vacaciones con motivo de su falsa jubilación, terminar aquel viaje interrumpido en Puerto Rico.

De Terceira saltaron a la mañana siguiente hacia Faial, en compañía de un matrimonio amigo, los Stevenson. Visitaron los lagos de los cráteres, tomaron el baño en las aguas ferruginosas, contemplaron los géiseres de

aguas hirvientes y subieron al yate que los aguardaba, propiedad de Ronald Stevenson, coronel de la base americana de Lajes - Terceira. Regresaron a los Estados Unidos a bordo de la hermosa embarcación.

Cuando Francisco arribó a Madrid, se encontró a un homosexual sajón con algo de pluma como supuesto cocinero de la mansión de campo que Rodas le había asignado en Somontes, la urbanización de lujo de las afueras de la capital española. Para Del Valle, desde el principio quedó bien claro que aquel individuo era un agente de los americanos. Más tarde sabría que sería su negro, quien compusiera las canciones que darían vida a *Reno Simon*, la nueva personalidad que iba a disfrutar Francisco del Valle: *Reno Simon*, compositor latino-americano de música ligera. Los antecedentes del efebo se le ocultaron a Francis, como parte del trato sellado con el extraño en la penitenciaría del Estado de Luisiana. Había sido excarcelado con la promesa de la libertad, si socorría a aquellos policías que necesitaban a un maestro del piano.

Algo semejante sucedió con Antonio Padrón, al llegar al gran chalet de Montepríncipe. A partir de ese momento, sería el nuevo propietario de “Construcciones Europeas y de América S. L.”. Su supuesto secretario particular, con residencia en la casa adosada a su gran residencia, era otro gay de nombre Willi Rossi, yanqui de origen italiano y arquitecto de profesión. Rossi trabajaría para él: se limitaría a firmar los proyectos que dirigiera el sujeto sacado de otra cárcel, adonde había llegado por matar a su amante, un joven albañil de Chicago. Las oficinas de la constructora iban a ser el punto de reunión de los tres amigos chilenos, vigilados de cerca por los empleados de la empresa de arquitectura, todos ellos hombres de Rodas, como los chilenos sospecharon desde el principio. Si lo pensaron, ninguno lo dijo: aquel era uno de los “pisos francos” de la CIA en Madrid.

A Domingo Bermúdez lo llevaron a un precioso chalet de Pozuelo. Sería, a partir de entonces, un industrial de lavanderías, con cuatro estableci-mientos abiertos en distintos barrios: Argüelles, Chamberí, Coslada y La Estrella. De ese menester no tenía ni idea, fue

lo primero que dijo, pero Spencer lo tranquilizó: pronto le presentó a un secretario particular, con residencia en el ático de su misma villa. Aquel jovencito, con cierto deje que le llamó la atención a Bermúdez. Sabía del asunto y sería el encargado de dirigir la red de tiendas, otro de los “negocios francos” de la CIA en Europa. Para los chilenos liberados, empezaba una nueva vida, a la espera de la gran venganza.

Igual sucedía con los tres presos extraídos de otras tantas cárceles de la Unión, con distintas habilidades mercantiles precisas para las máscaras del *Plan Rodas*. La promesa de libertad sin cargos a cambio de su colaboración había sido aceptada desde el primer instante por el trío de ex presidiarios.

SEGUNDA PARTE

1975 - 1980

El nerviosismo volvió a comerse las entrañas de Antonio Padrón y de Francisco del Valle. Un mes antes, Domingo Bermúdez viajó a Lisboa para verse con *El Yanqui* en el *Hotel Alfa Husa*. Desde entonces, estaban casi sin noticias del amigo.

En la llamada telefónica desde Portugal, algo interpretaron. Más o menos. Le había llegado el momento de cumplir con la primera parte del “Compromiso de Maipo”: realizar una “acción en el campo”: un atentado o un asesinato político o social a favor de los intereses de *Rodas*, esto es, de la CIA, de Washington.

Desconcertados, durante las dos últimas semanas no dejaron de leer todos los diarios, españoles e hispanoamericanos, que hallaban en el Club Internacional de Prensa, muy cerca

de sus oficinas. Escucharon todos los boletines de ra-dio. Grabaron, vieron, todos los telediarios. Buscaban alguna pista, indicio de que el cama-rada cumplía su obligación primera. Esperaban que no cayera en el empeño. De ser así, no sabrían cuál sería la reacción.

Instalados en el rascacielos del paseo de la Castellana, a tiro de piedra de la embajada de Estados Unidos, veían pasar el tiempo sin el acostumbrado cerco de agentes de la CIA que teóricamente trabajaban a sus órdenes.

Dos años atrás, poco a poco, las tres empresas ficticias de los chilenos, la de construcción, la de producciones musicales y la de lavandería, fueron trasladándose a aquel alto edificio de nueva planta. Nunca sabrían que la misma CIA era su propietaria y que los paneles solares móviles de su exterior eran recolectores de energía limpia, pero también parapetos camuflados, instalados a lo largo de los ventanales, a modo de búnker de aluminio y cristal.

Una mañana, en el videotexto servido por la agencia de noticias Efe que leían en la pantalla del televisor, algo les hizo recelar.

“Gánster perece en incendio fortuito

“Miami.- El famoso gánster y traficante de heroína Ric West, “Il Patrone”, murió esta madrugada, víctima de un escape fortuito de gas en su vivienda, situada en St. Spirit Suburb, en las afueras de Miami (Florida). A la gran deflagración producida, le siguió un tremendo incendio. El fuego sólo afectó a su vivienda.”

—¡Qué curioso! ¿Un escape de gas, con explosión y fuego sólo en la vivienda del traficante?

—Pasa todos los días, Francisco, ¿qué le ves de extraño?

—Pues... no sé —meditó—. Me resulta algo, ¿cómo te diría?, muy ‘científico’.

—No sé qué quieres decir.

—Me escama mucho. ¡No sé!

Cuatro días más tarde, recibieron un cable a través de la valija diplomática americana, detalle que nunca conocieron. Al llegar a sus despachos, encontraron sendos sobres entre la correspondencia mercantil, con el anuncio del regreso de Domingo, el especialista del “asesinato del gas”.

–“Todo va bien. Más cerca de la libertad. Llego viernes, 8 a.m. Saludos, Domingo Bermúdez”.

Los amigos brindaron y fueron al aeropuerto, a recibir al compañero.

De nuevo en el rascacielos que daba sombra a la embajada estadounidense, les contó su auténtica aventura en Florida y la brutal muerte del pandillero italoamericano.

La tristeza en la cara de los chilenos volvió a aparecer, cuando Francisco reunió a Domingo y a Antonio.

–He recibido una notificación. Para viajar a Lisboa.

–¿Al mismo hotel que yo? Del Valle asintió con la cabeza.

–¡Te ha llegado tu turno! Puedes estar contento.

–Si regreso, sí...

Los tres amigos se embarraron en amargura.

–Sin comerlo ni beberlo, estos cabrones me van a meter en un fregado, a obligarme a dios sabe qué puñeta.

–Tranquilo, chico. No será nada del otro mundo –Bermúdez habló con la autoridad ganada en su trabajo de Miami.

–¿No? ¿Cómo lo sabes?

–¡Hombre!, ¿qué voy a saber yo?

–¿Entonces? –quiso saber el asustado Antonio, mientras Francisco permanecía silente, a la escucha.

–Bueno, si pude realizar lo que ellos llamaron “el asunto del gas”, no veo razones para que Francis no pueda hacer otro tanto.

Del Valle lo miró.

–Quiero decir, he pensado mucho en ello, no se trata de acciones espectaculares, sino ingeniosas. Lo verás cuando te lo expliquen. Lo encontrarás muy sencillo. Domingo salió del atolladero.

El jefe de seguridad del Estado no daba crédito a lo que le contaron aquellos americanos que en mala hora, con su llamada telefónica, le habían arruinado su desayuno de media mañana. Se tendrían que trasladar por la tarde a una hermosa casa de lujo en La

Moraleja, donde había residido el editor de una cadena de publicaciones médicas, hasta que un infarto acabó con él. El gran chalet estaba vigilado por procedimientos electrónicos, fruto de la obsesión del difunto propietario por los asaltos y robos. En aquella casa, sin necesidad de añadido alguno en su complejo aparato de seguridad, la CIA había encontrado un mirlo blanco para algunas de sus reuniones escondidas del sur de Europa. Parecía hecha para ellos.

Con Jorge Villamandos, jefe de la policía española, iba José Garcival, su primer ayudante. Ambos se asombraron, primero, por el momento de la cita, las siete de la tarde, una hora un tanto curiosa, pero más se extrañaron al llegar al hotelito y encontrarse numerosos coches estacionados en sus alrededores, como si se celebrara una fiesta. Así era.

Sin hacer comentarios, entraron. Tuvieron que identificarse a los guardajurados de la puerta. Uno de ellos los acompañó, pero no a la terraza atestada de gente, sino a la sala de billar. Allí esperaban dos hombres, McDowell y Spencer. A Gregory Spencer ya lo conocían de anteriores contactos con Donald Henkel,

residente y control de la compañía en la Península Ibérica y Norte de África Occidental. Spencer hizo las presentaciones.

–Señor Villamandos, le presento al jefe McDowell.

–Encantado. Mi ayudante, el doctor Garcival.

–¿Médico?

–No. Doctor en investigación criminal. Por Lausanne –aseguró con orgullo, seguro de asombrar a los americanos.

–Muy interesante. ¿Se quieren sentar?, ¿desean beber algo?

–Preferimos escuchar –Jorge deseaba acabar pronto con aquella extraña convocatoria.

–Vayamos al grano, pues –McDowell tomó el timón de la charla, relegado Gregory a su verdadero puesto. Se acomodaron y tomaron posiciones. Douglas lo hizo frente al jefe español y les expuso el plan.

–Mi querido colega. Tenemos noticias de que muchos capos de la Mafia han abandonado su residencia norteamericana desde hace algún tiempo...

–Desde que una serie de casuales accidentes caseros ha acabado con la vida de algunos de ellos –atajó Villamandos– ... y han trasladado su vivienda a España.

–Algo así, señor –Garcival salió de sus nervios.

–Tenemos entendido que la costa catalana se está llenando de este tipo de mafiosos huidos de Estados Unidos. Pretenden hincar el diente al sector turístico español.

Jorge Villamandos se removió en su asiento. Aquello le sonó a farol de los policías americanos. Pero algo había leído ya en la prensa y se comentaba en las reuniones de trabajo, aunque nada oficial todavía.

–Tenemos información verificada, contrastada, de que proyectan instalar una especie de seguro a los hoteleros de la Costa Brava, en principio sólo allí, so pena de que en hoteles y restaurantes ocurra algo semejante a lo sucedido con el *Corona de Aragón*.

Los dos españoles se cruzaron una mirada. El jefe Villamandos se aclaró la garganta con delicadeza y volvió a hablar.

–Por cierto, ¿usted no se había retirado del servicio activo hace algunos años, en 1973 creo recordar?

–Eso es parte de la estrategia de nuestro plan supremo de lucha contra la Mafia en los Estados Unidos.

–Entendemos.

–Nuestro operativo antimafia supone perseguir a los capos incluso fuera del territorio de la Unión. Por ejemplo, como estamos haciendo ahora: la idea es hacerlos desaparecer de forma científica, que sus muertes aparezcan como accidentes fortuitos. ¿Me he explicado?

–Le entiendo perfectamente.

–¿Y?

–Tiene mi autorización si cumple esas condiciones de simular un accidente doméstico o un suceso personal, que nunca haya víctimas inocentes, ni siquiera leves, y que nadie pueda sospechar siquiera la intervención española.

–¡¡Eso está hecho, colega Villamandos!!

–Veamos las contrapartidas –se quedaron hablando.

Del Valle pasó el control de seguridad con bastante miedo. Por vez primera se las veía ante un policía de paisano en solitario, con un pasaporte falso a nombre de Renato Simon. No sucedió nada. Entró al avión de Lisboa; en la terminal del aeropuerto portugués subió a un taxi que lo trasladó en quince minutos al *Alfa Hotel*. Presentó su boleto de reserva y llevaron sus maletas a la habitación.

–Estaré en el bar –indicó en conserjería.

–Bien, señor.

Se acercó a la coqueta barra. Le llamaron la atención los pequeños cuadros de las paredes, todas acristaladas.

–¡Señor Simon!, ¡señor Simon! –un botones llevaba su nombre en una pequeña pizarra, de la que colgaba una campanilla.

Francisco se hizo el desentendido. Aún sin poder mojar sus labios con la bebida servida, siguió a media distancia al subalterno por la galería comercial del hotel, hasta que regresó a la entrada principal del establecimiento. Allí, el joven se acercó a un hombre rubio, de pelo cortado a cepillo, todo un ejemplar de oficial

de marines vestido de calle, sin poder ocultar su verdadera condición.

El militar americano entregó una propina al muchacho y, con cara de malestar, se sentó.

El muchacho de la campanilla borró el nombre escrito en la pizarra; regresó a la puerta de la calle. Francis se le acercó y tomó asiento en el butacón de enfrente. Miró su reloj. A los cinco minutos exactos, se dirigió a los ascensores, mientras el yanqui de pelo de paja hacía otro tanto.

Subieron a la vez y se presentaron en el ascensor, a solas.

—Soy Sterling Huges, de *Rodas*.

—Del Valle; Francisco del Valle, de Chile —dijo lo ‘de Chile’ lleno de orgullo.

—Sé quién es usted. Nos bajaremos en su piso, el sexto, y seguiremos a pie hasta el octavo. Nos esperan.

Allí aguardaba Spencer, Henry Lessing y Douglas T. McDowell. No se veían desde septiembre de 1973.

—Siéntese, señor Francisco —le ordenó Lessing. Se sentó.

–Ha llegado su turno –le anunció Douglas T.–. Su operación de campo se va a llamar “el asunto del pan” y se va a desarrollar en Barcelona. Su objetivo es un jefe de la Mafia del turismo, un hijo de puta siciliano llamado Estéfano Bertini.

–Estéfano Bertini –repitió Del Valle, para empezar a memorizar su nombre.

–No se preocupe –le aclaró Henry–, tendrá tiempo más que suficiente para prepararse.

–Ahora, vamos a exponerle “el asunto del pan”. McDowell se limitó a supervisar el trabajo de sus dos agentes, a escuchar cómo se explicaban.

Llegó a Barcelona en el mismo aparato donde viajaron Gregory y Henry, sus colaboradores en la sombra. Se alojaron en un pequeño hotel de las Ramblas, un tranquilo rincón de día. De noche se llenaba de putas jóvenes, travestidos de medio pelo y chulos de todo tipo.

A la mañana siguiente le facilitaron la dirección de Bertini, calle Manila, 244, tercer piso. Se trataba de un largo bloque de casas de

lujo, con portero en la entrada casi el día completo y puerta de cristales, con pantalla de localización desde las viviendas. Los accesos, quedó claro desde el primer momento, nunca estaban francos.

Durante todo un día, y así una semana completa, Francis, vestido con un mono de mecánico, vigiló las andanzas de los vecinos del italiano. La vida de Bertini era muy sistemática. Salía a las ocho y media de la mañana. A esa hora, su conductor pasaba a recogerlo, para llevar a sus dos hijos al colegio, y seguir a la cercana Diagonal, donde estaba su oficina. Así, hasta el retorno a casa, para almorzar, después de recoger a los chicos. A las tres y cuarto, vuelta a llevar a los niños y regreso a las seis y cuarenta y cinco, con sus dos pequeños.

El chileno mostró varias objeciones a sus tutores americanos y solicitó ayuda para acercarse al edificio por el tejado de alguna casa colindante. Se lo desaconsejaron.

–Ha de entrar por la puerta.

–Sin llamar la atención.

–Ésta es una operación clandestina en un país que no es el nuestro.

–Por eso tiene que ser una acción muy limpia.

Francis tuvo que aceptar las recomendaciones. A la mañana siguiente, de madrugada, se apostó frente al número 244 de la calle Manila: enseguida descubrió que llamaba la atención. Dio una vuelta a la manzana y encontró el *Hotel Residencia Lago Nogales* a la vuelta de la esquina. Calculó que tendría habitaciones frente al número 244 y solicitó permiso a los dos yanquis para tomar una. Le dieron autorización; media jornada más tarde, una sucursal de *American Express* en Madrid hizo la reserva. El bono llegó por la noche a Francis. A la mañana siguiente ocupó su apartamento en *Nogales*. Se acostó pronto y madrugó; desde detrás de los visillos empezó a espiar los movimientos de entrada al edificio, escasos a hora tan temprana.

A las 5:30 aparecía el repartidor de periódicos. Se acercaba y depositaba una serie de ejemplares en el buzón especial de boca ancha abierto en una de las cristaleras. Al rato aparecía otro y así hasta cuatro. El dato no le sirvió de mucho.

A las 6:45 llegaba el panadero en una pequeña camioneta cubierta: se apeaba, sacaba una bolsa y cerraba cabina y caja con llave. “Esto significa que va a estar dentro algún tiempo; si no, no cerraría con llave”.

Provisto de un llavín, entraba en la casa, con prisa, sin ocuparse de cerrar la puerta de cristales, como hacían por norma todos los inquilinos. La cristalera estaba provista de un dispositivo de cierre automático. El panadero estaba a una docena de metros, cuando la puerta se acababa de cerrar. “Quince segundos desde que el panadero suelta el picaporte hasta que la puerta se cierra sola” –anotó el chileno tres días seguidos, ya con ese dato muy bien confirmado. El repartidor del pan permanecía dentro del inmueble diez minutos: a las 6:55 volvía a salir, arrancaba el motor sin perder las muestras de prisa y se esfumaba.

A las 7:07 aparecía el portero, lleno de sueño; a las 7:15, las personas de la limpieza.

–Creo que lo tengo –se aseguró para sí–. Durante cuatro madrugadas, con la luz de su habitación apagada, apostado tras las cortinas y las persianas casi todas corridas, Francis calculó, verificó los horarios. Eran los mismos

de lunes a viernes, el sábado y el domingo no había pan ni el italiano salía de su casa. Su futura actuación, pues, quedaba reducida a cinco días.

Los americanos insistían, lo recordaban.

—Tiene que parecer un accidente casual.

Francis vislumbró una única posibilidad de entrar: hacerlo tras el panadero, antes de que apareciera el portero en su chiscón. Una vez más, hizo sus cálculos. Tenía doce minutos desde la marcha del repartidor de pan hasta la aparición del vigilante. Restó un minuto de colchón por cada extremo y se quedó con diez, tiempo más que suficiente para su actuación.

—Aún le sobra la mitad —estimó, soberbio, prepotente, Henry Lessing.

—Ya nos dirá cuándo será el día, para entregarle el último material —indicó Spencer.

Quedaron en eso. Del Valle, novio de Gloria, deseaba una mayor precisión. En esa línea, durante otras tres madrugadas calculó de nuevo los horarios.

—¡Es matemático! —concluyó—. Con diez minutos tengo más que suficiente.

Descansó el fin de semana y volvió desde el lunes al jueves a comprobar los tiempos. Decidió actuar la madrugada del viernes.

–Una escapada en jueves-viernes siempre será mejor, porque es mayor el número de ciudadanos que parten de la ciudad en el fin de semana –aceptaron los dos vigías de Rodas.

–Además, ese día, el portero suele tardar un par de minutos más en ocupar su sitio.

–Pues, ¡adelante! –Gregory lo animó.

El día del “asunto del pan”, el chileno – vestido de negro, color preferido de Gloria– hizo lo que tenía pensado desde varios días atrás. Se escondió a las 6:15 en el seto de pequeños arbustos al lado de la puerta, desde que desapareció el último de los repartidores de periódicos. Iba con un cómodo mono de color negro muy intenso. Permaneció fundido en la oscuridad de la noche invernal.

En su cabeza llevaba un gorro casquete y la cara y las manos con pintura de camuflaje parecido a un marine enviado ilegalmente por el Pentágono. Al llegar el panadero, sintió un ligero temor, pero el hombre del pan entró como un robot, con los ojos medio cerrados,

harto de aquel trabajo tan desagradable, rutinario y cansino.

Justo en el momento de soltar el picaporte para que la puerta se cerrara sola, Francis dio un salto de felino sin hacer el más mínimo ruido. Brincó de su escondrijo y, con gran cuidado, mientras contaba hacia atrás los segundos que tenía antes del cierre de la puerta (10, 9, 8...), colocó un periódico doblado en el lugar de la cerradura. Al llegar la puerta, se encontró con el mullido obstáculo y se detuvo: el papel se lo impidió.

Sin apenas respirar, sujetó con fuerza el diario, como si en algún momento se le fuera a volatilizar y la puerta siguiera su camino hacia el cierre. Contó hasta cincuenta. Se perdió en el interior del edificio.

El panadero ya se había diluido por la entrada de servicio. El chileno, calzado con unos tenis negros, corrió con exquisito cuidado por la escalinata principal. Conocía los detalles, facilitados por los dos americanos. Recordó de nuevo.

–Hay dos escaleras y sólo cuatro pisos. Ambas se comunican por la azotea. Si subes por una de ellas hasta el final, podrás bajar por la otra,

sin problemas. Eso hacía. Subir a prisa escaleras arriba, en el mayor de los silencios, por la que no había tomado el panadero, que llevaba al ascensor. Miraba de vez en cuando su cronómetro de pulsera. Iba muy justo de tiempo.

Al llegar a la tercera planta, lo pudo leer con claridad: “Estéfano Bertini”, en una lujosa placa dorada llena de brillo. No se detuvo y continuó ascendiendo. Llegó al final y se asomó a la escalera de servicio, por donde habría de bajar cuando se ausentara el panadero. En ese otro tramo había luz; sintió cómo el repartidor del pan bajaba en el ascensor, después de colocar los panes de cada vecino en la bolsita de tela típica que tenía que colgar de los pomos de las puertas de servicio de cada vivienda.

Sintió que le quedaba menos tiempo y empezó a descender de puntillas, con el mismo esmero de una persona enferma o de una bailarina que ensaya un nuevo paso. Uno a uno, bajó los escalones hasta el tercer piso.

Allí estaba la puerta de la cocina de la vivienda de Estéfano Bertini. Pudo ver, paciente, la bolsa de tela llena de pan, aún

caliente, recién dejado por el panadero, listo para albergar muerte.

McDowell no sabía cómo iba a responder el señor presidente. La actitud de Mauricius Clever le pareció una guarrada.

–Lo siento, amigo, al presidente Steve Gagnes no le voy a ir con sus recaditos. No es de mi partido. Además, me trató muy mal durante la campaña electoral.

–Pero, señor, ¿no era razonable que usted le informara del Plan para la Restauración de la Democracia en Chile?

– ¿Yo? ¿Por qué? ¿Acaso es un proyecto oficial del gobierno? ¿Dispongo, acaso, de papeles, existe algún documento sobre el particular? ¡Nada de eso! No sé nada de esa aventura de un grupo de locos y exaltados, que pretenden hacer la guerra por su cuenta, sin tener en consideración los intereses de los Estados Unidos de América.

R45 entendió que no había nada que hacer con el ya ex presidente. No obstante, Douglas T. entendió que sí, que *Rodas* necesitaba entrar ya en su fase operativa B. Tenía que buscar un

“embajador” ante la nueva Casa Blanca. “Tal vez George Picker sea el hombre”, dedujo.

Allí estaba, se dijo el chileno. Era una bolsa como la que su madre usaba, cuando de pequeño lo enviaba a la tienda a comprar pan. Era de lino, blanca, con un dibujo bordado: unos racimos de uva, unas hojas de parra.

—Qué gracia —susurró.

Bajó los escalones que le faltaban, olvidado del reloj que marcaba su tiempo. Por una extraña y repentina sensación, acarició la bolsa. Pensó que podría estar vacía. Pero, no. Allí dentro había media docena de panecillos, dos de los cuales eran para el próximo desayuno del mafioso y el resto para el almuerzo o la merienda.

Quiso abrirla, palpar su contenido. Pero pensó en el tiempo, el poco del que disponía. En eso, sintió el ruido de una puerta que se abría.

El llamado George Picker se había levantado tarde esa mañana, tras la juerga de la noche anterior: cena romántica y aquella rubia conocida de viejo, con la que nunca había intimado, hasta que un buen día todo pareció

abrirse como una nube cargada de agua tormentosa en medio de los ejercicios sudorosos que ambos practicaban en el mismo gimnasio.

El timbre del teléfono sonaba y producían dolor en la cabeza de Picker, el funcionario jubiloso en su nuevo alto cargo, con buena cuenta bancaria y generoso en los gastos de cada día, siempre soportables cuando andaba de cacería femenina. ¡Ay, la rubia Margaret! Cómo se movía en la cama, cómo lanzaba aquellos aullidos de gozo, cómo lo sabía poner a cien. Lo hacía olvidar de sus principios de achaques, le revolvía el todavía cabello abundante y gris, la pasaba sus pechos prietos por la cara siempre recién afeitada cuando tenía cita con Margaret. Y ahora, ese maldito timbre del teléfono lo volvía a la realidad. ¿No lo iban a dejar tranquilo en fin de semana?

—¡Oye!, ¿George? ¡Qué tal! Soy Douglas Thomas McDowell.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—¿Douglas T.? —la otra persona lo reconoció, por fin—. ¿Qué es de su vida, jefe? —no pudo espantar a quien le telefoneaba. Picker no podría olvidar que su primer destino en la base

de Berlín, su primitivo primer trabajo en ultramar, había sido decisión personal del antiguo director de la Compañía. Y cómo se le habían dado las alemanas morenas.

–Tengo que hablar contigo, George.

–¡Cuando quiera, señor!

–¡Chico, llámame por mi nombre! Ahora no soy tu jefe, solo un amigo.

–¿Qué tal la familia? –Picker no sabía qué decir ni cómo había averiguado su número en ese teléfono oficial.

–¡Perfecta! No te lo puedes imaginar –una respuesta de compromiso–. ¿Nos podemos ver en la Casa Blanca? ¿En la antesala del Despacho Oval? ¿El martes? ¿A las 8 de la mañana? –apenas daba tiempo para que su interlocutor y antiguo subordinado pudiera reaccionar–. El señor presidente nos espera para desayunar. ¿Te va bien?

–Bien, bien. Estaré unos minutos antes –le aseguró George Picker–. Me puedo imaginar qué te traes entre manos. Me huele a lo de Chile –sonrió, pero su interlocutor no lo escuchaba. Ya estaba feliz con la cita establecida.

–Gracias, mi amigo. Hasta entonces – McDowell colgó, rápido, no fuera a ser que su antiguo subordinado se echara atrás.

Fue puntual. Estaba en la sala de espera a las 7:50. Se saludaron y hablaron de cosas sin importancia, de compañeros comunes, de alguna anécdota de otros tiempos, de los buenos tiempos, de cuando los políticos los dejaban trabajar en paz, sin intromisiones ni tantos tipos de control.

–Quiero que le recuerdes al señor presidente de qué va el Plan Rodas. Sólo eso –rogó a Picker.

No le fue posible. A las 7:59, el secretario de sala informó al nuevo jefe de la CIA, el joven George Picker, que tenía una llamada urgente desde Langley, su cuartel general. Y hubo de acudir. Douglas T. quedó abandonado, a la deriva.

–Espérame un segundo, no me demoraré –le dijo al salir de la sala, con un tono de voz quebrado por la mentira.

Al quedar solo R45, un segundo secretario del presidente le dio paso.

–El señor presidente Steve Gagnes recibe al señor Douglas Thomas McDowell, oficial retirado de la Agencia Central de Investigación –lo anunció con gran solemnidad. McDowell no supo qué hacer, si entrar o aguardar a su colega, pero la puerta del Despacho Oval se había abierto para él y en su despacho lo esperaba el jefe del Estado. Entró.

Mientras tanto, su sucesor, Picker, salía de la Casa Blanca. Su treta para ausentarse de una entrevista no deseada había salido bien. Nadie dentro de la nueva Compañía daba un centavo por el Plan Rodas. Él no se iba a jugar su carrera por aquella locura de cuatro nostálgicos agarrados a unos argumentos establecidos en tiempo de postguerra. Ya había quedado atrás la guerra fría. No era cuestión de retornar a ella, por muy bien que le fuera en aquellos buenos tiempos. No era cosa de quemarse vivo ante el todopoderoso presidente, por las decisiones de un ido, cuya situación en la Agencia pendía en el vacío.

McDowell, el lunático, entró pálido; saludó al presidente. Se sintió profundamente traicionado por quien le debía prácticamente todo en la Compañía.

–¡Señor presidente! ¿Cómo se encuentra?

–¿Deseaba verme? –la recepción era fría y distante.

R45 tragó saliva; había olvidado las palabras. Se vio, entonces, en el duro ejercicio de repetir la historia de su primera entrevista en el mismo despacho, allá por septiembre de 1973. Poco a poco, sin dejar de estudiar el semblante de su interlocutor, Douglas T. se dispuso a desgranar las esencias del *Plan Rodas*.

El ruido de la puerta del ascensor heló al chileno. Su mirada, fija en la puerta cerrada de la cocina del mafioso. Permaneció quieto, con la bolsa de pan en las manos. Pronto reaccionó. Se alongó y vio cómo el panadero abandonaba la puerta del elevador en el piso bajo, que volvió a hacer ruido al cerrarse sola. Respiró profundamente y sacó la bolsa del pomo de la puerta.

Tenían que ser ya las 6:54. Miró al reloj.

Exacto. Disponía aún de 13 minutos para hacer su trabajo. No lo dudó. Se arrodilló, mientras se aterraba por lo que iba a hacer.

Dudó un instante; enseguida volvió en sí.

Echó mano a la bolsa y la extendió con cuidado sobre el suelo. Puso encima de la tela los panecillos de su interior. Perdió algo de tiempo en colocarlos ordenadamente, como si se tratara de una revista militar, igual al ventero que ha de exponer su mercancía, casi con mimo, con mucho esmero.

“¡El tiempo, el tiempo!”, su subconsciente le llamó la atención. El corazón le palpitaba con fuerza: pudo escuchar sus latidos. Bombeaba sangre sin cesar, acelerado. Se abrió con cuidado la cremallera del mono. En el pecho colgaba una bolsa de costado. La desprendió con facilidad de su broche de presión, como había hecho tantas veces en presencia de los dos yanquis. La depositó en el suelo.

La jeringuilla estaba intacta. Por un momento pensó que se podía haber roto durante su endiablada subida por la otra escalera. Lamentó que no hubiera sucedido de esa manera. Sacó la aguja de su cajita metálica y la conectó al tubo de cristal.

—A ver las capsulitas —a muy baja voz se dio órdenes, ánimos, a sí mismo—. Extrajo a presión una cajita de *Nowotina*. Sus cinco ampollas de cinco centímetros cúbicos habían

sido cambiadas por otras cinco inyecciones de una solución concentrada al 97 % de Digitalina β . Era un producto extraído clandestinamente por los laboratorios de la CIA de una planta silvestre conocida por los científicos como *Digitalis Canariensis*, empleada en dosis mucho más ligeras para afecciones agudas del corazón.

La caja de *Nowotina* era ideal. Llevaba las ampollas sobre una cuna de plástico duro. Sacó la primera. Con lentitud, sin perder de vista la punta de la aguja, pasó el líquido de la cápsula a la jeringuilla.

Se detuvo con la jeringa en las manos, suspendida. Volvió a pensar en los pocos minutos que le quedaban. Pinchó uno de los panes y le disparó la digitalina en su interior. Distribuyó el contenido del cilindro de vidrio en ambos extremos del panecillo y en su centro.

Repitió la operación con cada uno de los panes. Sin darse cuenta, contenía la respiración. Acabó, guardó las herramientas de muerte sin precauciones dentro de la mariconera y colocó los panes en su bolsa. De nuevo la dejó en el picaporte. Sin mirar atrás,

se lanzó escaleras abajo. Iba loco de terror por lo que había hecho. Salía hacia el resplandor del nuevo día.

Miró el reloj. Eran las 7:02. “He de apurarme”. No dejó de apresurarse. Al final, ya en el piso bajo, se arrimó a una pared y aguardó. No había nadie. El silencio era completo. Volvió a respirar y caminó hacia la calle.

A las 7:05 estaba en la acera; la brisa de la mañana le acarició la cara. Lo agradeció como nunca. Se sintió más cerca de su libertad. Rodeó la manzana. En el furgón donde le aguardaban los dos americanos, se cambió de ropa mientras les relataba los pormenores de la operación. Respiraba con dificultad, nervioso.

Regresó al hotel y desayunó en la cafetería. Subió a su habitación y empezó entonces, por última vez, a espiar los movimientos del edificio. El portero estaba en su sitio y las mujeres de la limpieza en el tajo. Los inquilinos empezaron a desfilar según la costumbre. Todo era normal, hasta que ocurrió lo que esperaba.

McDowell se acarició el cuello antes de desgranar los detalles. No sabía cómo entrar en el asunto.

–Señor –los hombres estaban frente a frente–, ¿ha oído usted hablar del *Plan Rodas*?

–¿Rodas, Grecia? La capital del Dodecaneso. ¡Claro que sí! Estuve allí una semana con mi curso, el año de la graduación, lo pasamos muy bien. Éramos unos chiquillos.

El presidente parecía de buen humor. Anotó el detalle en su favor.

–No, perdón. Me refiero al *Plan Rodas*, una operación encubierta de la CIA, señor, en el seno de la NSA.

–¿Encubierta? ¿Debo estar al tanto de las operaciones de ese tipo, McDowell?

–Verá, señor. Por eso deseaba que estuviera con nosotros el actual jefe de la Agencia. Pero, en el momento de entrar, recibió una llamada urgente de su cuartel general y tuvo que ausentarse, señor.

Aquello no gustó a Steve Gagnes: levantó el teléfono y ordenó que hicieran venir a George

Picker. Douglas T. sonrió para sus adentro; se anotó un nuevo tanto en su haber.

–Si le parece, le cuento algo del plan, aunque según las normas, creo que el presidente Mauricius Clever estaba obligado a ponerlo al corriente. Verá, señor...

–Íbamos a desayunar, ¿verdad? –inquirió curioso el poderoso señor presidente– Ese Clever del que habla, ¿es el demócrata que antes ocupaba este despacho? –preguntó cínico el conservador republicano. Douglas T. respondió con la mirada.

Durante el desayuno, el presidente Gagnes escuchó toda la historia que le contó McDowell y le confirmaba el incómodo George Picker, que llegó al rato. Castigado, no le sirvieron café ni el presidente republicano lo invitó a que se sirviera.

A las 8:15 llegó el conductor del mafioso, como sucedía cada día. A las 8:25, el coche salió disparado hacia la Diagonal barcelonesa. Aquella mañana lo hacía diez minutos antes del horario de las jornadas anteriores. No le dio mayor importancia y siguió con su plan.

El chileno los siguió a prudente distancia, por un camino diferente al del colegio de los niños de Estéfano. Llegaron casi a la vez. Sin apearse, Francis vigiló los movimientos de los chicos al bajarse del auto, al despedirse de su padre y entrar en el gran patio lleno de chiquillos, con mochilas y balones.

–Bien, todo normal –se dijo. Algo, no obstante, le llamó la atención. Se detuvo y apuntó mejor con los anteojos. Se le puso la piel de gallina. Sintió un escalofrío

–¡No, por Dios! –exclamó al ver que los dos escolares llevaban sendos bocadillos envueltos en papel de plata.

El presidente Steve Gagnes se volvió más lívido mientras escuchaba las explicaciones de los dos agentes especiales, pero el antiguo jefe de los espías no sabía si el malestar era simulado, si era verdadero.

–Pero, ¿usted se da cuenta de lo que me dice?

–Perfectamente, señor.

Hubo un embarazoso silencio tras aquellas palabras. Douglas T. continuó, entonces, con la iniciativa de la entrevista.

–Según los reglamentos de la CIA, señor, a partir de ahora he de visitarle periódicamente, para ponerlo al día de los adelantos en la estrategia establecida con lo de Chile.

–Bien. ¿Algo más?

–Señor. Las cosas en Chile se están poniendo de tal forma, que el *Plan Rodas* debe seguir su andadura.

–Las cosas en Chile –susurró para sí el presidente.

–Muertos por la policía política del gobierno; torturas denunciadas por *Amnesty International*; “desaparecidos”, como ya no sucede en Argentina; disturbios, represión, problemas hasta con la Iglesia; carencia de libertades elementales; inflación de más del cien por cien; devaluaciones repetidas de la moneda; barrios con hambre; alta cota de parados: más del 30 por ciento. En fin, señor, todo hace prever que el régimen de la Junta Militar no funciona como era de esperar.

–¡Yo no puse a Pinochet!

–Tampoco la CIA, señor. Obedecemos las órdenes emanadas de este mismo despacho, señor. Podrá consultar con el doctor Kissinger.

–Por supuesto –el presidente aparentó un poco más de calma–. Sí, podré hablar con nuestro flamante Premio Nobel de la Paz.

–Pero la realidad desnuda es ésa que le digo, señor.

–¡Lo sé, lo sé!

–Además, con la vuelta de Argentina a la democracia, todas las miradas de crítica se posan ahora sobre Chile. Y de Chile rebotan a Washington, señor.

–¿Y? –el presidente quiso saber qué escondían aquellas aseveraciones de McDowell.

–Si no desea nada más, señor. Rodas me reclama.

El presidente se levantó apesadumbrado y le estrechó la mano. Parecía que no iba con él aquel asunto.

Los dos americanos habían explicado el detalle que ahora llenaba de horror a Francis, pero no con todo detalle.

–Conocidas sus aficiones latinas, podemos asegurar que Bertini desayuna cada mañana un tazón de café con leche y tres o cuatro grandes

rebanadas de pan embadurnadas con mantequilla de Sicilia: así empiezan el día todos los jefes de la Mafia.

–Como también sucede en América, la mantequilla se la traen expresamente desde la isla, cada semana, por avión.

Los americanos parecían tener todo estudiado.

–Uno de los aceites de la mantequilla siciliana reacciona vivamente con la facción volátil de la *Digitalina β*.

–Se produce con esa reacción un fuerte veneno mortal para el ser humano, sin olor, sabor ni color.

–Actúa a las pocas horas de su ingestión y da la sensación de producir un infarto de miocardio.

–¡Es una solución ideal para un traficante!

–¿Qué tiene que ver Chile con teso? ¿Acaso el compromiso no era lograr la democracia en Chile? –aventuró Del Valle.

–Señor Francisco –le frenó Spencer– el camino de la liquidación científica de Pinochet pasa por la muerte tranquila del mafioso Estéfano Bertini.

–Si no se explica mejor...

–Aunque no lo entienda, es así.

–Debemos ganarnos la confianza de la policía española, porque la muerte de su augusto paisano –hizo un juego de palabras– podría suceder en España o desde España...

Francis se quedó con los ojos abiertos, la boca abierta, el alma helada.

–¿En España? ¿Pinochet, en España?

Los yanquis sonrieron y dejaron ahí la conversación.

El mafioso Bertini dejó a sus hijos en el colegio. Lo que hizo exclamar a Francisco fue ver a los dos pequeños con sus bocadillos en la mano. Esa era una novedad. Se fijó entonces, a través de los prismáticos, en un letrero colocado en la puerta del centro escolar; no estaba la semana anterior:

“Aviso a los familiares: por obras en la cafetería del colegio, no se podrá expender bocadillos en las horas de recreo. Se ruega, pues, que los niños traigan sus bocadillos o meriendas, hasta nuevo aviso”.

–¡Dios mío! Nada de esto estaba previsto. Si los rapaces comen ese pan, también morirán, como le va a suceder a su cerdo-padre dentro de un par de horas –quedó preocupado. Vio cómo se marchaba el lujoso automóvil del siciliano– ¿Qué podré hacer? –se cuestionó, sin darse una respuesta, incapaz de pensar con serenidad.

Los últimos escolares –contempló que la mayoría llevaba sus bolsas de sandwiches– entraron y la calle y las aceras se quedaron tranquilas, sin el vocerío de la chiquillería escolar.

–¡Tengo que evitarlo! Como sea. Un crimen en una persona inocente no me lo admitiría mi conciencia. ¡Qué culpa tienen de la baja categoría humana de su padre! –como un loco, parecía hablar solo.

Pensó una solución: que los dos americanos decidan. Pronto se percató que de nada le servía ese camino. No podría establecer contacto con los agentes hasta pasada las dos de la tarde, ya con la noticia de la muerte de Bertini. Tendría que ingeniárselas o dejar correr las cosas, habida cuenta de encontrarse el nuevo asunto fuera de programa, con lo que

aquellos malnacidos calificarían de “daños colaterales”. Conocía el cinismo de esos personajes y no estaba dispuesto a colaborar en ello.

En un pequeño bazar de la esquina se enteró de las horas del recreo. El aburrido estanquero le informó con amabilidad. Por fin tenía alguien con quien intercambiar unas pocas palabras, en una mañana aburrida y sin clientela.

–Empiezan a dar gritos a eso de las once y así hasta las doce y media.

Calculó que antes de las once tenía que decidir algo. Mientras tanto, siguió hacia las oficinas de Estéfano.

El coche del traficante retornó a Barcelona desde las afueras, donde se levantaba el colegio. Tomó la Diagonal, dejó atrás el entramado urbano del centro barcelonés, bajó hacia la Plaza de Cataluña y, subiendo por el Paseo de Gracia, se dirigió al final de la calle Balmes.

Del Valle se detuvo en doble fila; se dispuso a esperar a que alguien dejara libre un hueco. No lo logró hasta pasada una hora larga. No le

importó. Estacionó y permaneció en el interior del coche un rato.

Cansado del encierro, salió y se sentó en la terraza solitaria de la cafetería J.C., con un periódico que no leía y la mirada perdida en el portal de un alto edificio de mármol: “Casa de las Importaciones Italianas y Americanas”, rezaba el rótulo luminoso que coronaba la entrada.

Al rato, sintió que la lejana sirena que escuchaba se acercaba más y más.

—Deben haber llamado a una ambulancia. El ruido es cada vez mayor y más cercano —se dijo.

Se levantó con maneras despreocupadas y anduvo hacia el lugar donde estimó que se detendría el vehículo de socorro. Un grupo de curiosos se apiñó para conocer qué sucedía. El portero del inmueble se sintió importante. Con ansias de protagonismo, informó a los vecinos, tenderos de la vecindad y paseantes ávidos de historias ajenas.

—Ya lo ven. Un hombre riquísimo y se lo llevan al hospital con una angina de pecho, que lo ha dejado pajarito frito, ¡tú! ¡Es que no

puede ser! ¡No somos nadie! –filosofó el vigilante–. Tan rico, ¡riquísimo, tú!, que es el señor italiano, y ahí lo van a sacar medio muerto.

La gente murmuró qué desgracia aquella. Del Valle se dijo algo para sí: “¿Medio muerto sólo?”. El chileno torció el gesto de horror, dio la vuelta y regresó al coche. “Cumplido el objetivo, he de evitar que los chiquillos sigan el camino del padre”. Arrancó y salió con suavidad. Iba hundido en un mar de reflexiones. Se acercó a la acera, se detuvo tres manzanas más abajo y entró en una cabina telefónica. Si a los niños les pasara algo aquello dejaría de ser un accidente. Se empezaría a desdibujar la posibilidad de que creyeran en la casualidad y se formularan otras hipótesis, más contundentes y sólidas.

–¿Oiga? ¿Liceo Italiano de Cataluña?

–Aquí es.

–Escuche, señorita. Tome buena nota, por favor. ¡Es muy importante y muy urgente! –habló con gran nerviosismo, con dificultades para vocalizar con naturalidad.

–Le escucho, señor.

–Que ni un solo niño tome agua. Los depósitos del colegio han sido envenenados. Además, eso es muy importante también, los bocadillos de veinte de los chiquillos están contaminados con polvos de cocaína. ¡Aquí, Catalunya Libre!

–¡¡Qué horror!!

–¡¡Cállese y siga tomando nota!!

–Le escucho –la pobre mujer gimió, asustada.

–Si algo sucede, sólo el director de la escuela es el responsable. ¡Y usted, por tardar en decírselo! Usted lo pagaría muy caro, porque la tenemos bajo control. ¡Sabemos todos sus movimientos, dónde vive, con quién se relaciona, qué hace en su tiempo libre!

Y colgó, tras soltar otro ¡Catalunya Libre!

En su coche se dirigió al colegio. Eran las 11:20. Le adelantó la ambulancia con el mafioso frío en su interior. Estacionó en las cercanías del liceo y se coló en otro bar, desde donde dominaba las entradas al caro centro escolar hispano-italiano. Diez minutos, después llegó el primer coche Z de la Policía Nacional. Lo hizo sin luces ni sirenas. “Quieren evitar el pánico”.

Volvió a telefonar, desde una cabina pública.
“No tienen tiempo de controlar los teléfonos”.

–Liceo, ¡dígame!– era la misma voz de la señorita de hacía un rato, aún con el susto encima.

–Si llega a suceder algo, nos vengaríamos en usted. ¡No a las extradiciones desde Roma!
¡¡Viva la República de Catalunya!!

–¡Oh!

Cortó sin más.

Llegó un coche camuflado, con el inspector Jordi Pérez al frente del equipo de policías desplazado a ver qué sucedía en aquel colegio.

–¿Han cortado las fuentes? –fue lo primero que quiso saber.

–Sí, señor –le aseguró el asustado director.

–¿Han llamado al Servicio Municipal de Aguas?

–En eso estamos –indicó uno de los primeros policías nacionales que había llegado.

–Precinten los cuartos de baño y los grifos del patio.

—A la orden, señor —acató la pareja de guardias.

—¿Qué han hecho con los bocadillos de los chiquillos?

El director se comía las uñas.

—Los estamos recolectando en los cubos de goma de la basura.

—Bien hecho —decidió Pérez—. Parece que todo está controlado, ¿no?

El profesor italiano no se atrevió a contestar.

—Enséñeme los surtidores.

La comitiva pasó a ver los chorros precintados, los servicios higiénicos clausurados. En el patio de recreo, cuatro contenedores negros de basura se fueron llenando con todo tipo de chucherías infantiles, bocadillos, bollos, pasteles y un sinfín de golosinas, bajo la estricta mirada de la telefonista, erigida en aterrizado juez de la situación.

—Así me gusta. Es mejor pasarse, que lamentarnos por quedarnos cortos.

—¿Señor? —lo llamó un policía de uniforme—. ¿Qué hacemos con los panes y demás?

–¿Con los panes? ¿Y qué haría usted?

–No lo sé, señor.

–¡Pues, cómo quiere que yo lo sepa! ¿No están en la basura? ¡Pues déjelos ahí!

El guardia se sonrojó por la bronca injusta.

–Tomen una muestra y la llevan al Servicio Municipal de Toxicología. Les dicen que es urgente— quedó pensativo como si fuera a añadir algo—. Lo mejor será que los desaloje el Servicio de Recogida de Basuras de la ciudad. Que los metan en una bolsa precintada y se respon-sabilicen de su destino, que lo quemem, como si fuera droga, no vayan a caer en manos de algún pordiosero.

–¿Le parece que demos cuenta a la brigada antidroga? En estos casos, suelen ocuparse de quemar el material.

–¡Buena idea! Me parece mejor así.

Se acercó un inspector de paisano.

–Señor. Los de Sanidad aseguran que el agua está en perfectas condiciones; comentan que las clases pueden seguir con normalidad.

–¿Eso dicen? Pues si ellos lo aseguran, no voy a ser yo quien les lleve la contraria. Ya lo ha

oído usted –se dirigió al director del Liceo–. Ésta debe ser una “broma” de algún hijo de puta. ¡Buenos días, señor!

El inspector Jordi Pérez ordenó con la mirada a sus hombres que era cuestión de retirarse. Al verlos salir, Francis sonrió como hacía tiempo no hacía. Pagó su consumición, dejó una buena propina y salió a la calle, a darse un paseo bajo el tibio sol del Mediterráneo.

“Un paso más hacia la libertad” –echó a andar lleno de felicidad, hasta que un estampido de lamentos estalló en su alma: se acordó de su novia, Gloria Ortiz. Aquello de no saber su situación, eso de desconocer si cayó en la represión de septiembre de 1973, le consumía el pensamiento.

En cierta ocasión, desde Madrid telefoneó a Santiago al antiguo número de teléfono de su casa, donde había nacido Gloria. La voz que le salió al aparato demostraba bien a las claras que su amada no estaba allí.

–La familia Ortiz hace años que no vive en este domicilio –le informó con sequedad una persona desconocida.

“¿Habrán caído todos en la represión?”. Sabía que las casas de los allendistas habían pasado a ser ocupadas por jerarcas del nuevo régimen. Tales pensamientos servían para consumirlo en vida, para ahogarlo en su amor alejado, ignorado, desaparecido.

El regreso de Francisco del Valle a Madrid, al rascacielos sede de las oficinas de los chilenos, fue todo lo silencioso y gozoso que cabía esperar y lo hubiera sido más si los ánimos del tercer chileno, Antonio Padrón, hubieran estado a la altura de las circunstancias.

–Brindemos por Chile, por el negro futuro de Pinochet! –sonrieron con una copa de vino espumoso en sus manos. Bebieron.

Domingo, el especialista del gas de Miami, hizo una indicación al agente del pan de Barcelona. Francis se dio cuenta: Antonio no había bebido, seguía con su copa ancha en las manos, alelado, atumbarrado.

–Padrón está muy alicaído, profundamente deprimido –le susurró.

–Es lógico. Nuestra situación de encierro en casas de lujo con esos guardianes a nuestras

espaldas no es para menos. Nuestra obligación solidaria es animarle, levantarle la moral.

–Me parece muy difícil, compañero. Desde que viajaste a Lisboa, está rendido. Da la sensación de que le aterra saber que la próxima cita es para él. Desde entonces, no ha dejado de preguntarse por su misión y si regresará, como hice yo y como desconfiaba que harías tú.

–¿Crees que deberíamos hablar con el médico de *Rodas*?

–Con el médico, no sé; con *El Yanqui*, seguro que sí.

–Hemos de pensarlo.

–No demasiado, Francisco. ¿Y si tiene su misión de campo en los próximos días con semejante estado de ánimo? Estaría claramente incapacitado para cualquier cosa que necesite un poco de imaginación y de acción.

Los dos americanos llegaron a la misma idea. El doctor Cliff Davis era psiquiatra al servicio de la CIA desde 1965: conocía casos semejantes en otros hombres y en otros países.

Rodas hizo viajar a Davis a Madrid para realizar un diagnóstico.

A Cliff le pareció una tontería que precisaran un médico de Washington y había dado nombres de colegas europeos de confianza; así y todo, tuvo que cruzar el Océano. Como agente facultativo de la Agencia, entendió que había algo más. Lo comprendió poco después de llegar a Barajas y conocer el auténtico objetivo de su visita.

—El contratista y arquitecto Antonio Padrón es en realidad un típico agente dormido de la Compañía. Hemos invertido en él más de diez años de trabajos, de preparación. Ahora parece que se ha tumbado.

El psiquiatra no necesitó más explicaciones. Conocía a la perfección el argot de los muchachos.

—¿De qué me van a disfrazar? —fue su respuesta.

—Muchas gracias, doctor. Sabíamos que cooperaría. Su postura facilitará las cosas —advirtió Henry Lessing.

—Queremos que sea el nuevo ordenanza de la empresa de producciones musicales. Podrá

verle de cerca y estudiarlo sin que se dé cuenta de su misión.

–¿Cuándo empiezo?

–Mañana, cuando haya descansado, hecho al nuevo horario.

–Antes de las 9, pasaremos a recogerlo por el hotel.

Enfilaron la autopista de Barajas. De esa manera, a partir de la mañana siguiente, el más bajo de los tres chilenos, el retaco Padrón, empezó a ser observado clínicamente sin que nadie se pudiera percatar del examen médico a que era sometido.

El presidente Gagnes no quedó muy convencido del contenido del primer informe confidencial y personal de Picker.

–Lleva el sello de la CIA. Eso es indudable. Le da la razón al loco de McDowell. La situación social en Chile es insostenible. El día menos pensado, allá abajo pasa cualquier cosa. Y el demente de Douglas T. está presionando como un condenado.

El siguiente memorándum de *Rodas* no era menos inquietante: “Aunque el saldo oficial es

de seis bajas, al menos ha habido otras doce. El día nacional de protesta ha sido considerado un gran éxito por el Comando Nacional de Trabajadores Chilenos. A esos muertos seguirán, sin duda alguna, varios carabineros: los “grupos populares de acción directa” han decidido atentar contra los guardias, en cuatro regiones del país.

“Se nota cierta inquietud entre los integrantes del gabinete de Pinochet. Se comenta, en círculos muy reservados, que están dispuestos a dimitir en bloque, encabezados por el ministro del Interior, Onofre Gaspar Orlández, si siguen adelante los intentos de algunos obispos destacados de pactar con el Partido Comunista de Chile.

“Hay gran expectación, por conocer cuál será la reacción del general don Augusto Pinochet, si sus incondicionales le dejan las manos libres.

“Conclusión del comunicado 042: el *Plan Rodas* debe seguir adelante. Todo parece indicar que la situación interna de Chile se endurecerá en varios frentes: el social, el político, el laboral... Además, se encarecerá la cesta de la compra y no habrá mejoría en el

capítulo de libertades públicas y derechos humanos.

“El comunicado 043 llegará la próxima semana, si antes no hay novedades de relevancia.- Firma-do, por Rodas, R45.

—¡Demonios! Este Pinochet se está cavando su propia fosa! Es tan torpe que va a lograr que, en efecto, McDowell siga con su empeño. ¡Condenado estúpido!

Francisco y Domingo siguieron preocupados por la situación del compañero Padrón; su ánimo decaía por momentos.

—¿No crees que deberíamos hablar del asunto con los yanquis?

—¡Lo que me preocupa es que lo lancen al campo en semejantes condiciones, con sus facultades bajo mínimo!

Sonó el teléfono interior. Se encontraban en el despacho de Francis.

—¿Sí, Charlie? —preguntó a uno de sus secretarios.

—El señor Padrón no ha venido hoy a su oficina. Como me dijo que le avisara... Su

gente no sabe qué le ha podido suceder. Siempre que se va a retrasar, telefonea antes o lo deja grabado en el contestador automático.

Del Valle miró a su compañero y éste entendió el brillo apagado de sus ojos.

—En los últimos días se le ha visto algo extraño a don Antonio —continuó el que respondía por “Charlie”—. Me recuerda a un amigo que tomaba esas asquerosas drogas duras...

—¡Don Antonio no se droga! —lo atajó Francisco y colgó, malhumorado.

—¿Qué hay? —quiso saber Domingo.

—No se ha presentado todavía en su oficina.

—Vamos a su casa.

—¡Vayamos! ¡Rápido!

El señor presidente leyó el nuevo informe, con un poco de rabia a medida que avanzaba la lectura.

—Estos malditos chilenos. ¡Ahora son los mineros de *El Teniente*! Casi cincuenta días en huelga de hambre. ¿Y qué hace el gobierno?

—Lo malo, señor, es que con toda seguridad la iglesia católica se pondrá del lado de los

trabajadores y el gabinete se volverá a ver en una situación muy delicada.

–¿Qué cree que sucederá, McDowell?

–Sólo hay dos alternativas.

–Que son...

–Una, que los obreros mueran o desfallezcan en su huelga, con lo que Pinochet aparecerá ante Occidente como el malo de la película...

–¿La otra?

Douglas T. quería ser muy preciso aquella mañana.

–Que interceda algún obispo o varios, y Pinochet se vea obligado a dejar en libertad al cabecilla gremial Rodolfo Segal.

–Lo que se interpretaría como un signo de su debilidad.

–Y un nuevo triunfo de los sindicatos marxistas de los seguidores de Allende muerto.

–¿Qué cree usted que sucederá, McDowell?

–En otros tiempos, se les podría pasar el asunto al Departamento de Problemas de Ultramar...

–¡No quiero oír hablar de esa gentuza!

–Señor, “Operaciones encubiertas” ha realizado más de un gran servicio a la patria, señor.

–No siga.

–Bien. En cualquier caso, ya le decía que en otros tiempos. Y en otras circunstancias. Pero, para esto de hoy disponemos de *Rodas*, señor. Con nuestro Plan podremos alterar el panorama general de la república amiga.

Con muestras de aburrimiento, el César quiso acabar la conversación.

–¿Tiene alguna sugerencia que hacerme?

–Señor –McDowell habló suavemente–, sólo que la situación recomienda que *Rodas* concluya la fase B y pase a la C y última.

–¿Qué falta para terminar con la segunda fase?

–Sólo una acción de campo y presentarla a los participantes.

–Me preocupa la huella que quede.

–*Rodas* no tiene rastros, señor. Todo parecerá un suceso de lo más natural del mundo. ¡Y en los casos de accidente, los responsables son

siempre los directos implicados en sus causas, no quienes están a miles de kilómetros, señor!

–Cada vez lo entiendo menos, McDowell.

–Descuide, señor presidente. ¿Acaso piensa que abandoné la dirección de la Agencia para meterme a organizar una chapuza, señor?

–Espero que no sea así.

–No se preocupe. ¡Gracias, señor!

Antonio Padrón vivía en una espléndida urbanización del noroeste de Madrid.

En poco más de media hora, sus compañeros se pusieron allí, después de circular por la autopista de La Coruña, con un tránsito bastante fluido a media mañana.

–Pudimos haber ido por la Casa de Campo.

–¿Nunca te enseñaron en Santiago que siempre había que evitar las rutas menos transitadas? Por allí nos puede pasar cualquier cosa y nadie se enteraría jamás.

Atravesaron Puerta de Hierro al mismo tiempo que los dos americanos, sus guías en España, Gregory y Spencer, entraban a la autopista por el Arco de Triunfo de La Moncloa.

Los seguían merced a la placa de control remoto instalada con disimulo en el auto de Francisco.

–Van hacia la casa de Padrón –informó Spencer; vigilaba la pantalla interior del coche camuflado de la CIA.

–Sin duda.

–A no ser que no se desvíen en el kilómetros 10 hacia Pozuelo y Boadilla y sigan autopista adelante.

–Eso significaría su huida.

–No me parece lógico. De todas formas, ¿tenemos a Dan y a Stanley por algún sitio?

–¡Claro! Están en el cruce de El Escorial. Si llegan hasta allí, se las verán con nuestros muchachos.

–Sospecho que no hará falta.

Siguieron la marcha. La Cuesta de las Perdices la subieron los dos chilenos a moderada velocidad, para no separarse del carril de desvío de la derecha. Al final, decidieron estacionarse en el arcén, a la altura del hipódromo.

–Son buenos chicos. No huyen.

—Este camino me encanta. Me recuerda aquel barrio residencial de las afueras de Santiago, ¿cómo se llama?

—¿El Paraíso?

—¡Eso, *El Paraíso*. ¡Fíjate en esa gran casa con techo de paja negra peinada!

—”Paja peinada”. ¡Eres un pequeño burgués, un verraco compañero Domingo! —bromeó Francis—. Si estuviéramos en la patria, exigiría una investigación sobre tu conducta social, acerca de tu claro comportamiento tan poco marxista.

Los dos amigos rieron; lo hacían por vez primera desde el regreso de Francisco.

—¿Qué nos pasa? ¿Habíamos perdido la sonrisa?

—¿Cuánto tiempo hace ya que no nos divertimos? —cuestionó Bermúdez. Permanecieron callados unos minutos.

Los agentes norteamericanos estaban a la escucha, silenciosos, interesados por lo que pudieran hablar los esclavos chilenos.

—¡Qué conversación más extraña!

—¿Extraña, dices? Yo diría, Henry, que peligrosa para *Rodas*.

–Si el ánimo de nuestros agentes dormidos decae, ¿quién va a hacer el trabajo? ¡Fallaría todo el Plan!

–Debemos decir al doctor Davis que redacte en limpio su informe preliminar, para hacerlo llegar a R45.

–De nuestros tres hombres, uno está desechado y estos dos que quedan hablan boberías.

–Parecen al borde de sus fuerzas.

–Padrón ya es poco menos que un bulto incapaz de acometer su misión de campo.

–Lo malo es que contagie a los dos sanos.

–El informe confidencial de Doc es bien claro: Antonio Padrón es un lastre para el *Plan Rodas*. Así de nítido.

–*Rodas* está conforme. ¿verdad?

–¿Seguro de que avisaste a Burt y a Clive?

–¿Cómo puedes ponerlo en duda? ¡No fallarán!

Al acercarse los chilenos a Montepríncipe, se cruzaron con una ambulancia.

Llegaron a la casa. Ante el colosal chalet, había cuatro coches: todos llevaban las luces

encendidas. Uno de ellos, un Seat 1430 ranchera, mostraba una palabra escrita a todo lo largo de su carrocería: Policía.

Bajaron corriendo del automóvil.

–¿Qué ha sucedido aquí?! –gritaron.

–¡Alto!! ¿Quiénes son ustedes?

–Somos compañeros de oficina del señor Padrón.

–¿Qué ha pasado? –repitió Francis.

–Ha habido un asalto. Seguramente buscaban drogas –les informó un agente de paisano.

–¿Drogas?

–El anterior inquilino era farmacéutico. Solía guardar en su domicilio ciertos estupefacientes.

Los chilenos se miraron.

–Durante el tiempo que vivió aquí, hasta 1973, fue asaltado en varias ocasiones. Sospechamos de algún antiguo delincuente adicto salido de la cárcel estos días, que haya venido a vengarse. Y se ha encontrado, sin saberlo, con otra persona.

–¡Pero!

–¿A vengarse?, ¿qué ha sucedido? –Francisco perdió los estribos y agarró al policía por las solapas–. ¡¿Qué quiere usted decir?! –le gritó, fuera de sí, a la vez que le soltaba y se disculpaba con un gesto.

–¿Está usted loco? –se alisó las solapas.

–Disculpe –rogó Bermúdez–. ¿Qué ha ocurrido? –Ha habido un tiroteo...

–¿Disparos?

–... El cuerpo presenta al menos ocho impactos.

–¡No!

–¡Oh!

Los chilenos se abrazaron, al borde del llanto. Tantos años juntos en la misma penuria, los había fundido en auténtica hermandad. Sentían un dolor profundo, una impotencia plena en tan amargo momento.

–Oigo como el ruido de las palas del helicóptero de *Tejas Verdes* –aventuró Bermúdez en su dolor.

–¡¿Qué coño dices, Domingo?! –se separó y lo miró fijo a los ojos.

–¡Chico! Me zumbó la cabeza, como no me había pasado desde septiembre del 73!

–¡No me recuerdes aquello!

El policía se alejó. Quedaron solos. Desde dentro de la casa, los espío tras una persiana.

Francis tocó a Domingo en el hombro.

–¿Crees que es prudente entrar o será más inteligente volver a Madrid?

No volvieron a hablar. Regresaron al coche y desaparecieron de la escena del crimen planificado. El hombre vestido de policía dejó la persiana y sonrió a sus cubanos del exilio.

–¡Chicos! Ya vale. Devolver los carros.

–¡Vale, jefe! –le contestaron sus subordinados.

El individuo de paisano se acercó a la emisora de su ranchera y sacó el micro de la emisora.

–¡Aquí, Monte Pe, llamando a Unidad Cero!
¿Me escuchan?

–¡Coge la radio, Henry! –todavía estaban los dos gringos en las cercanías del hipódromo.

–¡Aquí, Unidad Cero, te copio! Adelante.

–Las perdices se han espantado. Repito: las perdices se han espantado –hizo una pausa–. La codorniz ha sido llevada al taxidermista. Repito, codorniz, taxidermista. El zorro vuelve al corral. Repito, zorro, corral. ¿Qué tal la escucha?

–Correcto, Monte Pe, Corto –Spencer colocó el micrófono en su sitio.

–Este asunto está resuelto –aseguró Lessing. Spencer arrancó y volvió a la autopista.

–Ahora, vamos a ver cómo endosamos el encargo de Padrón.

–¿Qué necesidad tenía Douglas de comprometerse con la policía española en otro trabajito? ¿Acaso lo de Barcelona no era suficiente?

–A D. T. le va la marcha. Rieron.

–Creo que ése fue el pacto con Villamandos. Y hay que cumplirlo.

–¿No crees que si la policía madrileña se enterara de la muerte de Padrón, nos liberaría del compromiso?

–¿Estás loco, chico? ¡No es la poli a secas, sino la brigada contraterrorista!

–Ya.

–Era la condición española. Se hacen las dos liquidaciones o no se opera limpiamente en su territorio.

–¡Allí van! El coche de Francisco y Domingo descendía por el lado contrario.

–¡A ver si se estallan esos dos locos!

–Sería lo que nos faltaba.

–Vamos tras ellos.

–Tenemos que plantearles lo del vasco.

Siguieron hasta el primer cambio de sentido y regresaron al centro de Madrid.

–¿Qué hace ese demente? ¡Se ha vuelto a detener! Los dos americanos miraron hacia el punto que se encendía y apagaba en el pequeño monitor situado bajo la guantera.

–¿En La Moncloa? ¿Se ha parado ante el palacio presidencial español? ¡Ese tío está ido!

Domingo del Valle dio vuelta a la llave de contacto y el motor del coche dejó de funcionar.

–¿Qué haces, Francisco? ¿Para qué nos detenemos? Mira ese cartel. Dice que se trata de un área de seguridad. Salgamos de aquí.

Domingo miró por la ventanilla y leyó el rótulo del cercano edificio oficial. “Universidad de Madrid, Facultad de Veterinaria”.

–¿Qué vamos a hacer aquí?

Del Valle, serio, mustio, miró con firmeza a su compañero.

–Repite lo que dijiste en la casa de Padrón. ¿Qué fue? Algo sobre el helicóptero.

A ambos se le revolvió el estómago.

–No recuerdo.

–¡Haz por acordarte, carajo! Es muy importante.

–A ver –Domingo se llevó una mano a la frente, con parsimonia–. Algo así como que sentía una especie de ligero zumbido, como el motor del maldito abejorro aquel.

Francis giró un poco más y sujetó a su amigo con las dos manos por la cabeza.

–¿Fue un zumbido físico, quiero decir, sentiste algo que te recordó lo otro o fue solo cosa interior, como quien dice un vuelco de corazón?

–No, claro, fue un presentimiento. No escuché nada, sólo algo interior.

–¡Eso es lo que me temía!– volvió a encender el motor y regresó a la autopista—. ¡Un presentimiento!

Los dos vigilantes vieron con cierto asombro la maniobra y salieron a su vez del apartadero de la estación depuradora de aguas, hasta donde se habían acercado para establecer un contacto visual.

–Ya me estaba hartando del pestazo de estas aguas negras.

Los dos chilenos llegaron a las cercanías del Arco del Triunfo.

–Creo que hay una cabina frente al antiguo Ministerio del Aire. Tenemos que hacer una llamada –Del Valle informó a su compañero y éste no entendía qué pasaba.

–¿A quién vas a telefonar? ¿Por qué no usas el aparato del coche?

–Los yanquis lo deben tener pinchado.

Se apearon junto a la acera. Francisco entró en la cabina y regresó a los dos minutos.

–¿Qué sucede, chico? ¿Me quieres aclarar algo?

Miró a Del Valle.

–¡¿Estás llorando, Francis?!

Estaba llorando.

–¡Estos hijos de puta se han cargado a nuestro amigo!

–¡¡¿Qué dices?!!

–He telefoneado al 091. Pedí que me pusieran con el jefe de sala. Les dije que era periodista, que una llamada anónima nos había informado de que en la urbanización Montepríncipe se había llevado a cabo un asalto con homicidio, que si me podían confirmar algo.

–¿Y qué? Me aseguró que no tenían noticia de nada, de ningún asalto durante todo el día de hoy en Madrid. Que ellos no habían recibido ningún aviso, a no ser que hubiera sucedido en el último cuarto de hora. Que ninguna patrullera del 091 había realizado servicio

alguno en Monte-príncipe. ¿Lo comprendes ahora?

—¡Dios mío! ¡¡Todo es mentira!! ¡¡Ha sido un montaje de la CIA de la puta que los parió!!

—¡Han quitado del medio a Antonio, porque ya no les servía!

—¡Así es!

—¡Hay que partirles la cara!

—Tranquilo. Tal vez sea mejor no darnos por enterado, pero mantenernos todo el tiempo alerta.

El presidente estalló al saber que se había declarado en Chile el estado de emergencia.

—¡El estado de sitio en Chile! ¡¡Y sin informarnos previamente!! ¿Qué se estará creyendo ese generalito? ¿No lo consultó antes con nuestro embajador en Santiago? ¿Cómo afecta a nuestras exportaciones? ¿Y a la salida del cobre?

McDowell quedó maravillado por la reacción de usía, ante su nuevo informe.

–Como ve, señor, el general Pinochet no se anda con chiquitas. Parece que sigue el “manual del dictador perfecto”.

–¿Dice usted que va a suspender una serie de revistas, a imponer la censura previa a toda la prensa y a limitar aún más el derecho de reunión?

–Sí, señor. Prácticamente están a la espera de que pase un poco lo del establecimiento del estado de sitio para hacerla pública de forma oficial.

–¿Y nuestros asesores gubernamentales destacados en la embajada de Santiago no han sido consultados?

–Para nada, señor.

Los dos agentes escuchaban todo lo que se decía dentro del coche de los chilenos. Superaron pronto la sorpresa por el ardid del chileno Del Valle.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –Lessing no podía borrar la huella de temor que le embargaba.

–Muy sencillo. En primer lugar, convencer a estos dos idiotas latinos de que están equivocados.

–Claro. ¿Un “plan doble juego”?

–¿Qué otra cosa, si no?

–Entiendo. No podemos aguar el *Plan Rodas* por no poner en escena un “doble juego”. Lo lamento por los tres cubanos, pero así es la vida, ¿no crees?

Spencer no le contestó. Lessing tomó el teléfono y llamó a los agentes que habían permanecido en el cruce de El Escorial, el par de verdinos de campo de Rodas, siempre dispuesto a morder donde le indicaran.

–¿Burt?, ¿Clive?

–¡A sus órdenes, señor!

–¡Aquí estamos, señor!

–¿Pueden tomar un apunte, por favor?

–Siempre listos, señor.

–A ver, les paso a G. S.

Gregory Spencer tomó el emisor.

–¡Buenas! Tenemos un pequeño problema. Es sobre lo anterior. Escriban: perdiz y ajedrez; balonmano y béisbol; baloncesto y fútbol.

–Muy bien, señor.

–¿Han tomado buena nota?

–Perfectamente –respondió Burt “perdiz y ajedrez; balonmano y béisbol; baloncesto y fútbol” y cortó.

El “plan doble juego”, una operación encubierta de emergencia, con clave que parecía infantil, era una orden tajante y radical, que aquella pareja de funcionarios asesinos ya entrenada puso en marcha con los ojos cerrados.

Los dos chilenos vagaron por Madrid. Bebieron más de la cuenta. Hasta las siete de la tarde no acertaron a presentarse en el rascacielos de Castellana.

Tenían la indicación expresa de personarse allí al menos dos veces al día, a las diez de la mañana y a las siete de la tarde.

Estaban seriamente advertidos acerca de una ausencia a esas horas en punto. Al llegar a su

planta, el piso decimotercero, encontraron un gran revuelo.

–¡Deben de saber ya lo del pobre Padrón! –les comunicó uno de los conserjes.– ¡Se trata de un asesinato! –informó un segundo.

Una secretaria española salió corriendo de uno de los despachos y fue a dar con Del Valle.

–¡Oh! ¡Ha sido horrible! ¡Qué asesinato más espantoso!

Los dos amigos no se inmutaron ante aquella avalancha de intoxicaciones informativas, según estimaron.

–¿Qué ha sucedido, Willi? –Bermúdez no se dio por enterado.

–¡Corran, corran! ¡Lo tenemos grabado en vídeo! ¡Vengan a verlo! –al escuchar lo del vídeo, los chilenos se miraron con asombro. Domingo detuvo a su secretario.

–¡Eh, Rossi! ¿De qué vídeo estás hablando?

–Del que ha pasado el telediario. También viene en la prensa de la tarde. ¡Las fotos son un horror!

Francis y Domingo echaron a correr, sin entender qué cosa extraña sucedía.

En el despacho de Padrón, ante el televisor, Rossi rebobinó la cinta y volvieron a pasarla, ante los doloridos ojos de los empleados subalternos de las tres oficinas, reunidos por la novelería del momento.

Lo que vieron los dos militantes de la Unidad Popular no lo podrían olvidar en sus vidas. El chalet de Padrón aparecía totalmente destrozado en su interior, con manchas de sangre por el suelo y las paredes. Un conocido locutor de televisión explicaba lo sucedido, mientras en las imágenes la policía entraba y salía, tomaba fotografías y huellas. Domingo se acercó a su amigo y le habló al oído.

—Es la misma versión que nos dieron allí.

Francisco le indicó que aguardara, como si hubiera algo que no entendiera. Pero había más, para que Del Valle saliera de dudas. Con imágenes del cuerpo de Padrón en el depósito de cadáveres, el presentador añadió que, en un encuentro posterior con la policía antidroga, los tres asaltantes habían resultado muertos en Torrelodones, un pequeño pueblo de las cercanías del lugar de los hechos, donde indudablemente habían ido los asesinos a buscar refugio.

Los cuerpos de los tres delincuentes muertos, llenos de sangre y con docenas de balas en el cuerpo, formaban una escena de terror. Mientras el trío de secretarios no dejaba de sollozar, entraron dos hombres en el despacho, con la prensa de la tarde en las manos, aterrorizados. Daban a entender que desconocían que la televisión se hubiera ocupado del suceso en su avance informativo de media tarde.

Sin hablar, se detuvieron a ver las últimas imágenes del telediario, sin dejar de estudiar la reacción de sus dos pichones. Terminada la cinta grabada, hubo un silencio tenso, enmarcado por los pucheros de los secretarios personales. Salieron del despacho, al ver aparecer a los agentes de la Compañía.

–Todos estamos muy consternados –aseguró Gregory.

–Nos quedamos de piedra cuando vimos la noticia en los periódicos –Lessing tendió un par de ejemplares, donde aparecía el reportaje del suceso, con fotos y todo tipo de explicaciones.

Desde su hundido sillón, Francisco elevó su mirada ante el corpulento americano de pelo

rubio y ojos azules. Iba a decir algo a bocajarro. Lo pensó dos veces, cuando sintió la mano templada de Domingo sobre su brazo. Aquel calor humano y amistoso, fraternal, le hizo desistir de manifestar algo que en aquellos nuevos momentos no podría demostrar. Bermúdez le rogó serenidad con su mirada un tanto lánguida.

Henry entró en acción y colocó la guinda del “plan doble juego” recién montado.

–Vamos a ir a la policía. Se ha recibido una llamada. El jefe local nos va a dar todos los datos del asesinato de nuestro amigo Antonio.

Henry habló sin dejar traslucir la mentira. Del Valle empezó entonces a tragar el anzuelo de la credulidad.

–Parece que conocen la identidad de los asaltantes.

–¿Nos querrán acompañar? –Lessing volvió a actuar.

–¿Dónde es? –preguntó Francis.

–En la comisaría del Rastro, en la Ribera de Curtidores, según se baja, a mano derecha.

–Iremos en mi coche. Nos veremos allí –los chilenos salieron.

Los cuatro volvieron a encontrarse ante el ascensor azul que llevaba al estacionamiento subterráneo. “Qué será ese ascensor rojo con llave que nunca hemos visto usar”, se preguntó Domingo, como hacía siempre al salir de su despacho en el *Edificio Nuevo Mundo - Trade Center*.

El regreso al despacho lo hicieron en el automóvil de los yanquis. Francisco y Domingo quedaron aturcidos tras la entrevista con la policía española. Los cuatro estuvieron de acuerdo: ninguno de los chilenos estaba en condiciones de conducir.

Llegaron apagados al edificio. Francisco fue a llamar al ascensor azul.

–¿No les gustaría ir en el ascensor rojo? –con una llave, Lessing abrió la puerta colorada.

Domingo creyó encontrar respuesta a tantas dudas en torno a aquel misterioso acceso. Por dentro, el elevador era igual al otro.

–Hay que reponer esos ánimos –Henry intentó insuflar brío a los deprimidos suramericanos.

Domingo no pudo evitar que su amigo hiciera una pregunta.

–¿Por qué dejaron solo a Antonio?

Pero los americanos tenían las claves de todas las posibles cuestiones. Respondió al instante.

–Nos ganó la rutina. Siempre salía con su chófer a la misma hora. Hoy le dijo que fuera delante, que iría en su coche particular un poco más tarde. Y el conductor pecó de ingenuo. ¡Nadie podría imaginar algo semejante!

Al antiguo escolta de Allende no le convenció la explicación. Prefirió guardar silencio. Le venció la curiosidad de saber hacia dónde llevaba el ascensor rojo.

El cajetín se movió ligeramente, mas no pudieron calcular el sentido de su marcha. ¿Subía o bajaba?

Poco después, el artilugio se detuvo; las puertas se abrieron ante un largo pasillo, estrecho y bien iluminado.

“Me recuerda la galería del Metro de la estación del Gran Hospital”, pensó el especialista del gas.

El corredor atravesaba una calle y llevaba hasta las cámaras subterráneas de la cercana embajada de la barra y las estrellas, en la calle Serrano.

Atravesaron el pasadizo; llegaron hasta una puerta que se abrió mediante una combinación digital. Pasaron a una fría sala de recepción y se refugiaron en un comfortable salón provisto de una variada serie de equipos de proyección.

Se pusieron cómodos. Henry sirvió refrescos, té y unas pastas.

—Usted, Del Valle —habló Spencer—, ¿no quería saber cómo supimos la afición del mafioso Estéfano Bertini por desayunar pan con mantequilla? Lo va a conocer ahora.

—Para que vean hasta qué punto confiamos en ustedes dos, les vamos a revelar nuestras artes.

Lessing bajó una mampara oculta en el techo y Gregory apagó las luces; dejó una lámpara tenue, para no permanecer a oscuras.

Empezó una proyección de imágenes en la pantalla desplegada por el americano.

El agente rubio dio las explicaciones.

—Ésa es la casa de Bertini.

Otra imagen. Un señor de unos cuarenta años salía del edificio.

–Ése es el ingeniero de minas Lorenzo de la Riva. Reside en otro de los pisos. Su hijo es compañero de clase y de juegos del hijo mayor de Bertini.

Nueva escena, esa vez, los chicos, en el patio del colegio italiano, jugaban al escondite.

–Descubrimos que el hijo del ingeniero entraba cada tarde en la casa del mafioso.

“Descubrimos o provocamos”, pensó Francisco, amante de Gloria.

–El ingeniero español tenía que ser nuestro hombre-radio en casa del italiano.

Los chilenos prestaban gran atención a la historia que le contaban.

–¿Hombre-radio? –preguntó Domingo.

–Sí, el que coloca los aparatos de escucha en una casa fortificada, como la del traficante.

–Solo faltaba enganchar al fulano.

En la pantalla aparecieron ambos padres; se saludaban en la puerta.

Nuevo escenario: un edificio de oficinas de la plaza de Cataluña, junto a Radio Miramar.

–Descubrimos que este ingeniero catalán trabaja como vendedor de mineral surafricano en Europa. A partir de ahí, todo fue muy sencillo.

–Fue llamado a Claudio Coello.

–¿Claudio Coello? ¿Un pintor clásico español, no es así?

–Sí, pero no. Es la calle donde está la embajada de Suráfrica en España, una calle del barrio de Salamanca, en Madrid, que se llama Claudio Coello –manifestó Henry.

–Nuestros colegas surafricanos le hicieron ver la conveniencia de que el hijo hiciera ciertas cosas para nosotros.

“Ya lo sabía”, volvió a pensar el chileno.

–De ese modo, el chico le prestó a su amiguito italiano un juguete preparado en Langley. Funcionaba divinamente. Provisto de un potente equipo transmisor, captaba todo en un radio de quince metros. Fue diseñado especialmente para recibir señales sonoras originadas en habita-ciones de las cercanías.

Los americanos rieron al recordar la anécdota.

–Así, escuchamos a la cocinera hablar de lo que servía en la mesa cada día y supimos su afición por el pan y la mantequilla. Lo demás fue más fácil.

–Nuestros analistas en Langley acabaron por diseñar el proyecto del pan envenenado, que usted tan efectivamente llevó a cabo.

Un rictus de miedo pasó por la mente de los chilenos.

Francisco cortó la exposición de los americanos.

–¿Qué va a pasar con nosotros?

–¿Con ustedes dos? ¿Cómo que qué va a pasar? ¡Pues, nada!

–Todo seguirá igual. Nuestro proyecto no va a sufrir alteraciones –las luces ya se habían encendido– por la desgraciada y accidental muerte de Antonio.

–En Chile, las cosas se están poniendo a huevo, como dicen en este país.

–El día menos pensado, hay una huelga general o una matanza en alguna represión

guberna-mental y todo se colocará más cerca del precipicio.

–Será el momento justificado para instaurar la democracia en Chile.

Hubo una pausa. Los dos amigos se miraron. Seguían sentados, sin ánimos, confusos, moral-mente derrotados.

–Señor Del Valle –Spencer rompió el descanso– tenemos que hablar seriamente con usted.

Domingo se quedó helado; pensó que había algún asunto en marcha y él se quedaba al margen. Aguardó, para conocer si se trataba de algo bueno o malo.

–Suponemos –Gregory habló con cierta solemnidad– que se habrán dado cuenta de que nuestro amigo Padrón tenía el compromiso de hacer un encargo para nosotros.

–¿Sí? ¿Y qué me importa a mí eso?

–Verá...

El chileno los vio venir.

–¡Ya cumplí con mi palabra! ¡¡No estoy dispuesto a ocupar el papel de mi hermano!!

Los agentes de Rodas dejaron trascurrir un momento.

Ante el tono que adquiriría la conversación, Spencer se sacó el as que llevaba en la manga.

—¿Tenía usted novia en Santiago? —le preguntó a bocajarro.

El chileno se paró, impulsado por una fuerza desconocida. Un cóctel de terror y esperanza cayó sobre su vida igual al rayo que rompe un árbol en medio de la tormenta, como la brecha que se abre en el costado de un buque, lo inunda y lo lleva al fondo. Quedó mudo. Sin habla, volvió a sentarse; un escalofrío le recorrió la espalda. Quiso imaginar que en pocos minutos podía cambiar su insensata vida en Madrid. O hundirse como el barco aquel que había pasado por su mente instantes antes.

—¿Qué quiere decir? —logró por fin hablar—. ¡¿Qué porquería de trama me preparan?!

—¡Tranquilícese! Hace unos días nos ha llegado un informe referido a una joven chilena...

—¿Estaría usted, señor Del Valle, dispuesto voluntariamente, claro, a hacer para nosotros el trabajo que estaba destinado a su amigo

Padrón? –le preguntaron sin solución de continuidad, como si estuvieran hablando de lo mismo, como si la conversación no hubiera dado un giro radical.

Spencer no siguió su relato sobre Gloria Ortiz hasta que el chileno contestó la pregunta formulada por Lessing.

Del Valle se volvió a poner en pie, se pasó la mano sudorosa por el pelo revuelto, se sentó. Subió y bajó la cabeza, en medio de un sollozo imposible de ocultar.

–¡Haré lo que ustedes quieran! –escondió el rostro entre las manos, descorazonado.

–¡Hombre! No se ponga así. Su novia reside en Brasil. Casualmente, para preparar el trabajo de Antonio usted debe viajar a Río de Janeiro. Donde estaría camino hacia el encuentro con la chica –concluyó.

–De esa manera tendrá ocasión de verse con su amor. Si ella lo desea, se viene a vivir con usted a Madrid.

El semblante de Francis cambió de manera contundente. Ya era otro, más juvenil, alegre, exultante ante la noticia que no era negativa.

Su alegría plena se traspasó a Domingo. Ambos rieron y se abrazaron contentos como antes de aquel maldito 11 de septiembre. Tras aquel momento de felicidad, el americano rubio volvió a apagar las luces.

–¿Desea ver la cinta grabada en las cataratas de Iguazú?

–¿Iguazú?

–Es el punto donde reside su novia. Eso pensamos. Bueno, creemos que se trata de ella. Usted nos lo tiene que confirmar.

Sospechó una nueva trampa. Francisco fijó su mirada sobre el lienzo aún en blanco; de inmediato se llenó del impresionante volumen de agua de las mayores cataratas de América.

–¿Dónde está? –quiso saber.

La imagen se había detenido en la gran caída de agua de 75 metros.

–Si se fija, junto a la explanada metálica de la izquierda hay unos comercios, dos de recuerdos y otro de helados.

–¡Los veo! –más ansioso que nunca estaba.

–Ahora es el momento del cierre. Verá que van a salir tres mujeres, las encargadas de esas

tiendas. Una de ellas sospechamos que es la señorita Ortiz.

–¡Ahí las tiene!

Aparecieron tres jóvenes, como de 35 años.

Francisco se quedó helado. ¡Allí estaba su inconfundible amor, con dos compañeras! Hablaban tal vez de los avatares de la jornada laboral.

–¡¡Es ella!! ¡¡Seguro!! ¡¡Claro. Es mi prometida!! –reconoció su melena, aquel bucle que le caía sobre los ojos y con un ademán tan femenino lo pasaba sobre la oreja. Recordó cómo se reía él de aquel mechón de pelo rubio, que había besado tantas veces, camino de la cara de Gloria, de sus labios.

La pantalla se tornó blanca.

–¿Es todo? –preguntó desconsolado Francis.

–No disponemos de más cinta filmada.

–Ya.

–¿Está dispuesto para viajar a Brasil?

–¡Ahora mismo! –rió el ‘especialista del pan’, pletórico, emocionado.

–Saldrá en el vuelo de Varig de esta noche. Si ella lo desea, se verán. Si ella lo desea – repitió– podrá venir con usted a Europa – volvió a decir.

–Tiene reserva en el *Hotel Gloria*. ¿Así se llama su novia, no es cierto? Casualmente el hotel se llama como su novia –no había esperado a que Francisco del Valle lo confirmara–, ante la playa del mismo nombre. Playa Gloria. Una delicia, sí señor. De las mejores playas urbanas de Brasil, sin muchedumbre, para enamorados...

–Para su conocimiento, aunque luego podremos ampliar detalles antes del viaje, le indicaré que para este tercer y último encargo tendrá la colaboración de un especialista, también chileno, Tomás Méndez. Su trabajo en esta ocasión, la más sencilla y menos peligrosa de las tres, se limitará a traerlo y llevarlo al campo de operaciones: conducirlo.

–Bien.

–Nuestro hombre en Río de Janeiro es alcohólico; en su especialidad es el mejor. El plan no fallará si consigue que no beba a lo largo de algunas semanas. Con ese tiempo sería más que suficiente.

–Saldrá en el avión de esta noche. Prepare sus cosas. Lo pasamos a recoger a las 20:30. No tiene mucho tiempo. El vuelo sale a las 23:55.

Se levantaron y salieron hacia la cochera subterránea. Allí estaba ya el vehículo dejado en la Ribera de Curtidores.

El presidente lanzó un bufido de fastidio al ver aquel destacado titular del *The Washington Post*: “Pinochet, hombre *milagroso*”.

Dejó a un lado el desayuno y se dispuso a leer el comentario. “Pinochet puede lograr el mayor milagro imaginable: unir a todo Chile en su contra”.

La tesis del artículo era que el jefe de la junta militar podría lograr lo que no pudo hacer Allende: coaligar a todas las fuerzas políticas, de izquierdas y de derechas, para realizar un cambio político básico en Chile.

Indignado, Steve Gagnes releyó el pequeño suelto, tan lleno de ironías.

Tomó la gran decisión en la soledad de sus habitaciones privadas de la Casa Blanca, en aquella tan temprana hora de la mañana. Dio su personal visto bueno definitivo para que el *Plan Rodas* entrara de lleno, a gran velocidad,

en su fase operativa final, tal y como le había solicitado R45.

Ordenó que llamaran a McDowell.

Cuando llegaron con Gregory Spencer al mostrador de *Varig*, ya Henry Lessing, el agente subordinado, había facturado el equipaje de Francisco. Le entregó la tarjeta de embarque.

–¡Es hora de decirse adiós! –Henry estaba echando a Bermúdez.

Los dos amigos se abrazaron y se desearon suerte. Francis y Lessing quedaron solos.

–Pasemos el control de policía. Hablaremos con más tranquilidad en la sala de espera.

–De acuerdo. ¿Usted viaja también?

–Yo me despido de usted cuando hayamos pasado el filtro policial. Tenemos algo de su novia.

–¿Sí? –la ansiedad desbordó el alma de Francisco.

A la hora del almuerzo, las tres dependientas, Zulmira, Gloria Ortiz y Almerinda, cerraron

sus tiendas y subieron a la carretera, en el estrecho ascensor de las cataratas. Al ir a cerrarse la puerta, un turista corrió. Joao, el encargado, lo dejó entrar.

–Le abro porque es el último viaje y me da no sé qué dejar tirado a un visitante aquí abajo.

–Es que es un pedazo de pan –aseguró llena de gracia Zulmira y se ganó un pellizco de su amigo el mestizo ascensorista.

Al llegar a lo alto, la pareja, Zulmira y Joao, se quedó, como cada día, ramoneando en el prado de la selva vecina. Las dos muchachas, Gloria y Almerinda, echaron a andar, camino arriba, en dirección al cercano *Hotel das Cataratas*.

Anduvieron en medio de la solemne espesura, allí rota para tender la cinta de asfalto que llevaba a ningún sitio y acababa en la gran manta de agua paciente para verterse en alguna de las numerosas cataratas de la extensa y voluminosa garganta de Iguazú.

Almerinda se quedó poco más adelante, en la *Cafetería das Cataratas*, como hacía cada día, para aguardar a su novio, el carioca Eliseu Amarante Amaral, freganchín a bordo.

De ese modo, el turista del ascensor, aquel que había subido en el último servicio, Mel Korkala, vio que, en efecto, el informe previo sobre la chilena era correcto. Andaría a solas el resto del trayecto en medio de la selva, unos doscientos metros, desde la cafetería hasta el pabellón del complejo hotelero estatal de Iguazú.

—¡Señorita! —lo intentó—, ¿es cierto que las cascadas tienen tres kilómetros de punta a punta?

Era una pregunta típica. Gloria no vio dificultades para responder a aquel extranjero. Decidió ser amable, de acuerdo con las normas internas de la Empresa Nacional Brasileña do Turismo.

—Sí señor —habló todo lo claro que pudo con su inglés de universidad—, tres kilómetros desde donde hemos subido en ascensor hasta el final, ya en suelo argentino.

—¡Qué interesante! —Korkala se situó a su lado.

—Sí que lo es.

—Señorita, ¿no será usted de Chile?

Una sensación de mareo cuajó en Gloria. La pregunta la dejó clavada en el suelo, la cara pálida, el terror nadó en su espíritu, como el condenado que en un tribunal de los Estados Unidos escucha que su condena lo va a llevar a la galería de la cámara del gas. Casi Gloria dejó de respirar, casi se murió en aquel instante.

—¿Cómo dice? —más tarde no sabría explicar cómo pudo hablar en aquel momento. Sus ojos, clavados en el lago azul de los ojos de aquel yanqui.

—Usted disculpe —siguió el extranjero su discurso—. Es que me recuerda a la novia de un amigo mío, un licenciado en Derecho. No, creo que hizo el doctorado. Francis lo llamaban sus amigos. No sé qué habrá sido de él. Igual acabó en *Isla 10*. Estaba en la escolta del pobre presidente Don Salvador Allende, que Dios lo tenga en su seno. Era un buen hombre. Ha de estar a la diestra del Padre Eterno —dijo de un tirón.

—¡¡Oh!! —gritó Gloria; no supo si echar a correr, huir—. ¡¡De qué está usted hablando!! —entonces lo dijo en castellano, la lengua casi tenía olvidada de no usarla.

El desconocido había seguido caminando y se volvió al ver el estupor originado en la mujer de Francisco.

La joven estaba pálida, a punto de desmayarse, empalada en la interrogante.

—¡¿De qué me está usted hablando?!! —repitió en inglés, por si acaso aquel individuo no supiera español.

Corrió hasta el turista y le tiró por las solapas.

—Tranquilícese, por favor —dijo Korkala en perfecto castellano, con acento de ningún sitio—. La gente va a creer otra cosa.

—Sentémonos —Gloria indicó uno de los desconchados bancos del paseo.

—Muy bien.

—¿Conoce a Francisco?! —insistió—. Francisco del Valle. De Chile —preguntó a bocajarro—. ¿De dónde es usted?

—Señorita —la miró a los ojos— lo importante es que sé que vive. Está bien. Esta misma noche volará desde Europa hasta Brasil. Mañana, a primera hora, llegará a Río. Le vengo a ofrecer ir a recibirlo.

—¡¿Sí?! ¡¡Repítamelo!! ¿Quién es usted?

—Un amigo. Eso es lo que importa. Soy el hombre bueno que va a hacer posible el encuentro de dos enamorados que llevan varios años separados y nunca han dejado de pensar en su media naranja.

Pletórica de felicidad, Gloria no sabía si responder. Se acercó al hombre y le dio un beso en la mejilla.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Créalo! —el gringo habló con firmeza, lleno de seguridad

Gloria parecía soñar.

—Nunca perdí las esperanzas. ¡Dios mío!

Volvió a mirar al extraño.

—¡Casi trece años después —le confesó—, sin jamás perder la ilusión!

—¿Está más tranquila? —le preguntó, paternalmente.

—¡¡No!! —sonrió—. ¡Estoy al borde del infarto de felicidad! ¿Será posible?

—Lo es. No lo ponga en duda.

La mujer meditó y miró al sujeto, sería otra vez.

–¿Y usted, quién es? ¿De dónde sale? ¿Por qué no vino antes?

–Todo le será contestado a su debido tiempo.

Quedó pensativa. Su pecho le saltaba de emoción.

–¿Y qué va a hacer ahora? ¿Qué he de hacer?

–Lo mejor: viajar a Río, ¿no cree?

–¿Cómo?!, ¿así, de golpe?

–¿Acaso va a dejar pasar la oportunidad?

–¡¡No!! –gritó aterrada y se agarró a la manga de la chaqueta del desconocido, como si de esa manera no fuera a escapársele el anhelo nuevo, como el ahogado se agarra a una tabla que flota.

–Tranquila. Tengo un billete a su nombre, para el vuelo de esta tarde a Río. Y un bono para hospedarse en el *Hotel Gloria*, uno de los más elegantes y con más clase de la costa carioca. ¡Aquí los tiene! –se los acercó.

La mujer tomó ambos documentos en sus manos. Los ojeó con desconfianza. Los abrió. Leyó su contenido, el número del vuelo, su nombre allí escrito en el billete de avión y en la reserva del hotel.

–Todo parece en orden.

–Así es –volvió a hablar Korkala, como lo haría un padre.

–¿Quién es usted?, ¿de dónde viene? –insistió, intrigada.

–Eso se lo podrá aclarar Francis.

A la mujer le dio un vuelco el corazón al escuchar llamar a su novio con el diminutivo familiar.

–Señorita Gloria –Korkala derrochaba paciencia–, vengo de parte del mismo que la ayudó a usted –hizo hincapié en su mensaje– a salir de Santiago, cuando el horror, aquel 27 de septiembre de 1973, siete de la tarde, en aquel viaje especial de *Pan American* desde Santiago a Buenos Aires...

Un rictus de pánico primitivo regresó a la cara de Gloria.

–... del mismo que de Argentina la transportó por carretera, un largo viaje, hasta la frontera brasileña, por acá mismo, por Iguazú y, para terminar, del mismo que la asistió al entrar a Brasil y le consiguió el trabajo donde ha estado tantos años.

El respiró y respiró ella.

–¿Es suficiente?

–Nunca supe quién era aquel personaje misterioso que me auxilió en mi huida.

–Tal vez lo sepa pronto –concluyó Mel Korkala.

–Sí.

–Lo importante ahora es decidir si vuelve a Río o permanece aquí.

–¡¡Iré!!

Se levantó del banco de madera y echó a andar con fuerza.

–¿Me dará tiempo de ir a buscar mis cosas y pedir la liquidación en la empresa?

–Tenemos tiempo. Pero mejor será solicitar unas vacaciones; alegue enfermedad de algún pariente o algo así.

–Tardaré quince minutos.

–Tengo mi coche ante el pabellón de personal. Dese prisa. Ya la estoy esperando. Si no tuviera tiempo, nosotros nos ocuparíamos de discul-parla. No ha de preocuparse. Y piense que desde Río salen vuelos a Europa con

mucha frecuencia. Si sigue siendo una buena chica, igual puede regresar a Europa con su amado Francisco –pero ya Gloria no escuchaba nada de nada, solo el silbo de los pájaros de la selva, el desnudo arrullo del aire húmedo entre las ramas altas de los árboles rojos. Se había quedado en el mensaje de los billetes de vuelos. Muy apretados los llevaba consigo, tomados de las dos manos, no fuera a ser que perdiera alguno, como el pájaro que llena su buche para llevarlo al nido, amorosa la hembra que cuida sus crías.

Francisco no consiguió dormir en ningún momento del largo vuelo hasta Brasil. Unos niños de corta edad sentados a su lado no dejaron de berrear durante la noche.

Al amanecer, el avión volaba con tierra a la vista. La visión de la costa brasileña, desde el aire, le pareció lo más hermoso jamás contemplado en sus años de existencia.

La gran sorpresa la recibió al cruzar la aduana, sellar su pasaporte, recoger su valija el último de los pasajeros, de acuerdo con las normas recibidas en Madrid-Barajas, y salir en

solitario a la pobre sala del aeropuerto *Ihla do Gobernador*.

La mayoría de los viajeros se había ausentado. Francis se quedó de piedra. No lo habían engañado. Era ella. No acababa de creérselo. Por su cara, tampoco la joven se lo creía. Dejó caer la maleta y adelantó unos pasos.

–¿Gloria? ¿Eres Glo? –de sus ojos salieron lágrimas de nuevo, de un sabor diferente a las del día de la marcha de Padrón.

–¡¡Francisco!! ¡Mi Fran! –Gloria quedó incapaz para decir una palabra más.

Corrieron a la vez y se echaron en brazos. Ya sin voz, uno y otra se abandonaron en el cálido momento, en la ternura del reencuentro, bajo la lluvia de lágrimas gratuitas, en un océano de besos tiernos, tan cálidos y tan suaves como la espuma clara de las playas solitarias del Pacífico en marea baja, como la primera vez que sus labios se encontraron y sus lenguas sabrosas se saludaron, cuando intercambiaron saliva de amor una mañana de domingo feliz e irrepetible, en aquella casita de la montaña cercana a los Andes que un amigo les había dejado aquel fin de semana. Cuando las

sábanas de lino pasaron a ser sábanas de amor húmedo y cálido.

Así, una eternidad llena de zalamerías y de amor a toda carrera, el cariño primario sin mácula ni misterio, la entrega total advertida y deseada por los enamorados.

En el mundo no existía nadie más: volvió a ser sólo de ellos.

Por fin, Del Valle reaccionó.

–No lo puedo creer –se besaron con ardor y salvaje pasión contenida.

–Vayamos rápidos a la habitación del *Hotel Gloria* –pidió la mujer brava.

–Iré a la gloria con Gloria –confirmó el amante perpetuo de la chica más feliz de la Tierra.

Ella le pasaba los dedos finos por la cara. Le agradaba la incipiente barba de una noche. Lo acariciaba como había pensado en sus ensoñaciones de meses y años. Pensó que en la próxima amanecida, en el próximo despertar, juntos y abrazados, él tendría esa barba de una noche de nuevo. Iban a repetir tantos momentos de dulzura y emoción, de salvaje amorío. Él no tenía seguridad de poder atender

los requisitos de amor que pedía su chica. Temía que los padecimientos habidos desde su detención y su permanencia como vigilado constante le pudieran haber afectado, incapacitado para el amor. Se empezaba a sentir viejo, dolorido, incapaz para tantos proyectos. Había pensado que jamás se encontraría con su mujer amada. Y, ahora...

De alguna manera certera, la muchacha quería comprobar que aquella aparición era real, no un sueño despierta, un vestigio de su locura de amor.

Inmensamente felices de nuevo, tomaron el coche con el agente Korkala al volante, esta vez uniformado, disfrazado, de conductor.

—Como ya le habrán informado en Madrid, supongo —comentó Mel Korkala—, tiene libre hasta el viernes.

—Sí, tengo tres días sin nada que hacer —besó al oído a su amante y le habló muy bajo—. Voy a estar embriagado de amor.

Ella le respondió con la suavidad de un beso de espuma en la base de la nariz, camino de la comisura de sus labios, prometedor. Se acurrucó en su hombro y recibieron ambos el

calor de su compañero encontrado en el placer presentido.

Francis cerró los ojos y le apretó las manos. Intentó recordar la última vez que se habían visto, pero no lo consiguió. Volvió a mirarla, a observarla con detención, a pasear su mirada por la piel suave de su chica.

–Nada hará posible que nos volvamos a separar, cariño.

–Nada de este mundo nos separará, querido –y se regaló con un beso volátil en la mejilla del hombre de su vida.

El *Gran Hotel Gloria* era una reliquia. El sólido edificio blanco parecía trasplantado de la Costa Azul. Sus cinco estrellas y su fama hotelera no eran ficticias. Situado frente a la pequeña playa de Gloria, al final del parque marítimo de *Botafogo*, estaba algo alejado del mundo turístico popular de *Copacabana* o *Leblón*. Era un oasis dentro de Río, barullo sin sentido.

Dos días estuvieron los enamorados sin salir de su aposento amplio y confortable. Se contaron sus respectivas historias personales, se renovaron el amor y lo edificaron con las

mismas filigranas y fantasías de la primera juventud ya fenecida. Se amaron hasta la cúspide y olvidaron por unos momentos la amargura compartida y experimentada por separado: años con las velas de la confianza encendidas día y noche. Él no dijo ni una palabra de *Rodas*. No tuvieron tiempo ni de vestirse.

Volvieron a ser dichosos en la intimidad de aquellas paredes que habían conocido tantos amoríos: unos, legales; ilegales los más.

—No parece que estemos muy oxidados —
Gloria hizo un chiste.

—Los deseos y la satisfacción nos han puesto al día.

—¡Trece años después! —Glor no salía de su asombro acumulado—. ¡Nunca nos volveremos a separar!

—Es de suponer.

—¿Por qué dices eso?

—No sé.

—¿Cómo que no sabes? —ella, seria.

—Por decir algo.

–¿Por decir algo?, ¿por qué no me aclaras el misterio ése del americano que me sacó de la selva y ahora nos vigila? –ella quería saber, pero más deseaba amar.

Le contó la parte de la historia que su amada no conocía, en una versión falsa preparada desde Madrid.

Escuchó con emoción y pena, en silencio, con gran recogimiento, aterrada por el capítulo fatal de Antonio Padrón.

Cambió de conversación cuando entendió que la había contagiado de pesar.

–¿Qué te parece si salimos a tomar un poco el aire?

–Por mí, encantada. ¿Tendremos que pedir permiso?

–Bastará informar a nuestro amiguito, el ogro ése que nos guarda.

Marcó el número de la habitación 517. Allí, Korkala estaba al frente del equipo de escucha. Gregory Spencer y Henry Lessing habían quedado en España. Al menos eso pensaba Francisco del Valle.

–Deme media hora para establecer una estrategia de seguridad, señor –le contestó el hombre de Iguazú.

–De acuerdo. Lo esperaré a la salida del hotel, dentro de treinta minutos.

–A las diez y media, en recepción –colgó.

–Nena, ¿nos preparamos?

–¡Nena! ¡Cuánto tiempo sin que nadie me llamara Nena! ¡Cuánta dicha, querido! –lo besó en la frente; sus pechos al aire, bambolearon, ante los labios del hombre, invitado a saborearlos una vez más, como hizo de inmediato, cuando recordó que aunque preso y vigilado, también era hombre, el amador constante de aquella mujer a la que se había entregado. Hacía tanto tiempo.

Desnuda, la chica se dirigió al baño.

–¿Sabes que sigues teniendo un cuerpo fenomenal, cariño? –se fijó en que no le sobraba un gramo de grasa, que su piel seguía parecida a la del melocotón jugoso, que esos jugos pronto se los iban a intercambiar, que volvería a entrar en ella con la misma suavidad y ternura de las primeras escapadas en las playas salvajes del sur de Chile, cuando el buen

tiempo animaba al baño desnudo a la luz de la Luna llena. Empezó a sentirse libre y cercano a la felicidad.

—Mi trabajito me cuesta, querido. No he dejado de hacer gimnasia, de darme mis carreritas por las mañanas. De caminar a diario. Nada de alcohol zumbón ni de tabaco, mucho zumo de frutas y zumba. Ni un gramo de féculas. La única esperanza, verme algún día de nuevo en tus brazos, dentro de mí, como ha empezado a suceder. ¡Me voy a duchar!

—¿Cómo me encuentras? —quiso saber Francisco.

Se viró, firme, inmensa y brava, desde la puerta del baño. Tentadora como siempre, lista para provocar el amor más ardiente. La boca del hombre se llenó de saliva de pasión. La misma humedad que llenaba la entrepierna de aquella mujer que llevaba tanto tiempo sin encontrar alternativa a la intimidad que ya pensaba perdida, hasta ese auroral encuentro en el mejor de los lugares, una habitación para ellos dos solamente. La seguridad de que el tiempo volvía a ser de ellos, hasta tocar el infinito entre gemidos de paz, entre clamores de ternura, en la cúspide del amor jamás

soñado que había nacido entre dos adolescentes que volvían de la muerte, que retornaban a la vida y la iban a saborear en todas sus dimensiones.

“¡Oh, qué imagen de hembra entera! ¡Qué guayabo maduro, madre!

–Fuerte, musculoso, un poco tripón. Con un rabito igual de juguetón, picarón y... dulzón que antes –rieron de nuevo en la cresta de felicidad donde habían instalado su amorosa acampada. Abrió el grifo para comprobar la temperatura de la mezcla de agua caliente y fría que deseaba.

–¿No te metes en el chorro conmigo, Fran?

–Sólo tenemos media hora para estar listos y salir.

–¿Y?

–Si entro en el baño, no me meto sólo en el agua. ¿Me explico?

–¡Ordinario! ¡Eres el mismo tontorrón de siempre! No has cambiado –protestó melosa y mimada Gloria.

Pasada la hora convenida, retrasados, satisfechos, se encontraron con el agente Korkala en la puerta del ascensor.

—¿Dónde desean ir? —les preguntó.

—A un juzgado de guardia. Queremos ir a casarnos —respondió con seriedad Del Valle. Su amiga quedaba loca de contento. Lo habían acabado de decidir, aunque sin pronunciarlo.

Ella lo pellizcó con cariño y le decía algo al oído.

—Eres un pillín; un chico malo.

—Te quise dar una sorpresa —rápidamente tuvo que atender a la pregunta del agente de escolta.

—¿Al juzgado dice? ¿A casarse? —el corresponsal de *Rodas* estaba confundido.

—Eso digo. Eso decimos —rectificó.

—¡Oiga! ¡No tengo instrucciones al respecto!
¡No le puedo atender en eso!

—¡Nos lleva o tendrá problemas!

—¿Problemas? ¿Acaso me amenaza? ¿No cree que mejor será tener la fiesta en paz?

Tras un tira y afloja, llegaron a un acuerdo: irían de excursión a Petrópolis y a la vuelta se

detendrían en Santa Clara. En ese apartado pueblo marineró celebrarían matrimonio civil, mientras esperaran para almorzar.

Allí presidió la ceremonia un supuesto juez de paz, con pinta de bandolero; se embolsó mil dólares de Korkala por hacer el favor de acercarse al hostel para efectuar allí el trámite.

—¡Qué contenta me siento, querido!

—Mañana nos tendremos que separar, Nena — no le dio tiempo a que respondiera—. Sólo será por unos pocos días. Hasta que termine con un pequeño encargo que tengo entre manos.

—¿Algo peligroso?

—Nada que no pueda concluir a satisfacción de todos.

—¿Todos? ¿Quiénes son ellos...? ¿Me dejas que te haga una pregunta estúpida?

Del Valle esperaba algo semejante en cualquier momento; se encogió de hombros y no le contestó. Ella aceptó ese silencio como una respuesta afirmativa. Empezó a discernir todo el entramado.

La besó suavemente en la cara.

–Gracias, cariño. Entenderás en qué estoy metido. Te contaré –y se confesó por fin.

Francisco había decidido que tarde o temprano Gloria debería conocer en qué andaba, así que, durante el viaje de regreso, le contó qué era el *Plan Rodas*. Le ofreció las claves ocultadas los días anteriores, para que su compañera comprendiera cómo había logrado salvar la vida, por qué a ella también la sacaron sana del holocausto. Antes había cerrado el vidrio que incomunicaba los asientos traseros del automóvil del espacio del conductor.

Quedó encantada en medio del tenebroso recuerdo.

–¡Me parece colosal! ¿No podría integrarme en *Rodas*? ¡Intentaría de alguna manera ocupar el puesto de Antonio!

–¡Ni se te ocurra repetir eso donde pueda escucharlo esta gentuza!

Francis estaba un poco revolucionado. Respiró hondo.

–No, Nena. Tú eres mi querida esposa y no dejaré que sufras más.

Guardaron silencio hasta regresar al hotel.

El viernes a mediodía, Korkala llevó a la pareja al aeropuerto. La mujer tomaría el avión de Madrid, donde la recibirían Domingo, Spencer y Lessing, hasta la llegada del esposo. Se despidieron, ella tremendamente nerviosa.

–Querido, sólo una cosa, ¿me prometes que volveremos a vernos?

–No te preocupes, muchachita. Esto de ahora es pura rutina. Sólo lograr la colaboración de un camarada chileno, a quien le ha dado por la bebida. Poca cosa, nada peligroso. ¡Tenlo por seguro!

–Te creo.

–Conocerás a Bermúdez, un gran muchacho. Te ocuparás de mantenerte guapa, de descansar y esperarme en España, para empezar de nuevo nuestra infatigable luna de miel sinfín.

–Pero, ¿no me dices de qué va el encargo?

–¿Lo comprenderás? Se trata de ayudar a un viejo chileno que vive en Río, a dar el pasaporte a uno de los chicos de ETA residente en Biarritz... ¡Ya, ya, es una putada! Para nosotros, tan solo es un obstáculo en el largo camino hacia la restauración de la democracia

en Chile. ¿Qué cosas más raras depara la vida, verdad?

–¿Un terrorista de ETA? –le besó en la mejilla y desapareció por el control de pasaportes.

–Ellos se dicen patriotas– fueron las últimas palabras que escuchó cuando su hombre superaba el control de pasaportes, antes de que le hiciera un gesto, como si sacara su corazón y se lo enviara por los aires a Gloria, junto a un beso volado.

Esperaron a que el avión de Air Europa despegara. Francisco volvió a quedar solo, esta vez con la certeza de haber encontrado a la mujer de su amor cumplido.

–Ya sabe las instrucciones: el éxito de esta misión supone encontrarse de nuevo en Madrid con su señora.

Del Valle no quiso hacer caso de la especie de amenaza que le exponía el nuevo yanqui, a quien despreciaba desde lo más profundo de su ser, como sucedía con los otros dos escoltas de *Rodas* localizados en las butreras de Madrid.

–¡Déjese de impertinencias, Korkala!

Mel tampoco respondió a la bravata del chileno.

–Bien, ¿dónde está nuestro hombre?

–Le llevará a él. Lo hallaremos en *La Taberna del Toro*, un tugurio del paseo Copacabana, donde expenden vino, de España, Argentina, California y... de su Chile querido.

–¡De Chile!

–¡Buen vino el del Valparaíso!

Al marido de Gloria empezó a caerle bien aquel yanqui que estimaba el vino de La Costa Patria. Pronto se preguntó si lo hubiera probado por vez primera cuando la presencia americana en el puerto chileno, cuando tumbaron al presidente constitucional.

Una amargura le asaltó la garganta.

–¿Ha estado usted alguna vez en Chile? –no aguantó las ganas de salir de dudas.

–Sí, una vez. Hace ya muchos años. No recuerdo cuántos.

Francis quedó al borde del vómito; creyó inoportuno seguir con sus indagaciones, no fuera a ser que se cumplieran sus temores y se le agriara la penúltima misión para *Rodas*.

El automóvil cruzó Playa Gloria, bajó *Botafogo* y se perdió por los túneles que comunican con la parte baja de la ciudad, hacia *Copacabana* y *Lagoa*.

–Nuestro hombre, también chileno, es de mediana edad –el agente de la Compañía inició su informe preliminar–, de unos 55 ó 60 años. Está virtualmente liquidado por el alcohol. En lo suyo es el mejor. Se llama Tomás Méndez.

–Spencer me aseguró que usted me daría mis instrucciones finales, ¿lo va a hacer?

–Ya mismo.

–Dígame, ¿por qué una acción contra un etarra?, ¿acaso sus colegas españoles no disponen del GAL?

–No estoy facultado para hablar del asunto, pero usted me resulta simpático. Verá, el GAL lo ha intentado cinco veces, pero este Txutxo Urbietaarriola, alias *Cabezafría*, se ha rodeado de un impresionante sistema de seguridad, sólo visto en los grandes jefes del terrorismo internacional. Este aparato huele a los del GAL a cien metros a la redonda. Por eso se intenta ahora otra vía, un método más científico. Los

policías españoles infiltrados en Francia y enviados por el gobierno que se dice socialista han sido unos chapuzas

El chileno pensó: “La misma inteligencia de los asesinatos del gas y del pan”.

–¿Qué camino?

–Ejecutarlo, pero hacer ver que es un accidente, algo casual. Es un medio muy difícil, pero sumamente efectivo si sale.

–Ya –Francisco no necesitó más explicaciones.

–Junto a su asiento tiene la carpeta del terrorista. La puede consultar, debe ir estudiándola. Sólo en el coche. Grábese bien los pormenores. Será destruida, al bajar del carro, dentro de un rato.

–De acuerdo –Francisco se enfrascó en su lectura, unas pocas hojas con una serie de datos policiales del sujeto destinado a la muerte por los cerebros washingtonianos del *Plan Rodas*.

A las diez, tras una paciente espera para que el chileno se empapara el contenido del documento oficial, cuando la noche había descendido sobre la humedad de Copacabana,

los dos hombres entraron en *La Taberna del Toro*.

Era un típico restaurante mitad español, mitad italiano; allí se mezclaban las barricas de Jerez con las botellas de paja de *Chianti* colgadas por sus anillas de lo alto de la barra.

Junto a una vieja fotografía del coliseo romano, se exhibía una enorme cabeza de astado, enmarcada en banderillas y carteles de grandes ferias de las plazas de Caracas, México y Monumental de las Ventas, de Madrid.

—Nos sentaremos cada uno por nuestro lado. Cuando llegue su paisano, le haré una señal.

Quedaron en eso y se instalaron en mesas separadas. Pidieron de cenar. A las once de la noche, un cojo de pelo sucio entró y se ancló en la barra. Era un hombre derrotado por la vida que llevaba servida.

Francis entendió la indicación del americano. Pagó su cuenta y se dirigió hacia el mostrador. Se sentó junto a Tomás.

—¡Hola, amigo! —lo saludó en castellano.

–¡Hombre, un chileno! –replicó, alegre–. Esto hay que mojarlo. ¡A ver, muchacho –llamó al camarero–, sírvenos un *Chilibre*.

–¿Un *Chilibre*?

–Llamo así al *Chilelibre*, versión austral del *Cuba libre*.

–¡Será un placer brindar por Chile libre de fascistas!

–¡Por eso lo llamo así!

El empleado fue rápido con su encargo. Sirvió sendos tragos de ron, con una rodaja de lima y hielo. Junto a los vasos dejó una botella grande de cola.

Bebieron.

–Vengo de parte de los demócratas en el destierro. Necesitamos tu ayuda, Tomás Méndez, camarada de la Unidad Popular.

El chileno cojo se atragantó y casi expulsa por la boca todo lo que había bebido en su exilio carioca.

–¿Me conoces? –preguntó atrabucado, como sólo hacen los alcohólicos.

—¿Te parece que salgamos a dar una vuelta? Formo parte de un grupo de chilenos de la resistencia que prepara algo contra el generalito. ¿Damos un paseo?

Emocionado, el borrachito brindó e hizo votos por el retorno de la democracia a Chile.

—¡No es lo mismo el vino de Valparaíso que éste que venden aquí como caldo austral! — protestó, mientras apuraba el vaso de néctar.

La noche estaba tibia. Un suave vientecillo movía las hojas desflecadas de los cocoteros de la avenida costera, con la misma ligereza de la brisa marinera y salada que adoraba los cuerpos de las bañistas de aquella playa de plata y oro, todavía de juegos cimbreantes en la arena a pesar de la noche, con Luna llena, que ya dominaba la escena.

Cruzaron la vía y se acercaron a la playa; grupos de jóvenes charlaban en corro sobre la arena y veían aquel partido de vóley playa de féminas de campeonato, iluminada la orilla por potentes focos, una Luna tierna, un mar irisado de platino.

Anduvieron un rato en silencio; lo rompió el viejo alcohólico.

–¿Seguro que no eres de Pinochet?

–Estuve en la escolta del compañero Allende.

El bebedor se emocionó, abandonó todas sus reticencias. Se entregó en manos de Francis.

–¿Vienes de parte de *Rodas*?

–Así es. ¿Qué sabes de *Rodas*? –quiso saber.

–Antes, en la Patria, no tomaba tanto, pero estos cerdos yanquis me salvaron la vida para...

–Conozco la historia. Es similar a la mía.

–¿Crees que cumplirán su palabra?, que de verdad van a instaurar algún día la democracia en Santiago.

–No me atrevo a asegurar nada sobre estos indi-viduos.

–¡Los aborrezco! Estos cabrones me han inducido a la bebida. Antes, no bebía –repitió—. Bueno, algo sí que chupaba, pero no como ahora –las manos le temblaron cuando se las llevó a la cara para frotarse las mejillas cuajadas de pequeñas venas coloradas como niño campesino de montaña, como montañero aterido del frío mañanero de un vivac.

–Tranquilo, amigo. ¿Estás dispuesto a cumplir con el compromiso que hiciste a *Rodas*?

–Si de verdad sirve a nuestras ideas, estoy de acuerdo, aunque sospecho que, por mi adicción al alcohol, me han borrado de sus listas.

–Estás en sus proyectos, pero temen que por trasegar tanto seas incapaz de colaborar en un plan...

–¿¡Tú estarás cerca!?! –le interrumpió.

–Seré tu pareja en esta operación.

–Entonces, cuenta conmigo –una luz de esperanza iluminó su rostro abotargado—. ¿Me crees si te digo que bebo tanto por si algún día estos fascistas yanquis me pedían algo inoportuno, que incluso fuera contra los intereses nacionales, los verdaderos valores patrios? ¿Me crees?

–No lo dudo, hermano.

–¿Qué he de hacer?

–No saben si serás capaz de estar sobrio algún tiempo.

–¿Eso? Me alegra pensar que estiman que estoy más alcoholizado de lo que en realidad

estoy. ¡Qué bueno! –el viejo se echó a llorar, pero acabó sonriendo–. ¡El poder popular, de vuelta a Chile!

–Me alegra verte contento: estaré a tu lado en todo instante, como el buen perro que conduce a un pobre ciego.

Tomás Méndez bajó la cabeza y siguió andando junto a Francis, envueltos ambos en un halo de pesadumbre tenebrosa, como asistentes a un entierro doloroso.

Al final del *Paseo de Copacabana*, dieron la vuelta y comenzaron a caminar de regreso, hacia el Sur.

Del Valle quiso saber cuál era la especialidad de su paisano.

–¿A qué te dedicas en Río?

–Vendo chucherías por la playa de *Copa*, sombreros, bronceadores, cremas, globos. Y cometas.

–¿Cometas? ¿Papalotes?

La playa de Biarritz empezaba a llenarse de veraneantes. Los chiquillos daban la lata a sus padres, bien para que les compraran una de

aquellas curiosas cometas que vendía el viejo o tan sólo para que los llevaran hasta donde aquel anciano extranjero soltaba al viento sus artilugios. Los manejaba con una destreza tan especial, sumamente circense; cerca, una banderola azul en pico clavada en la arena espumada indicaba la intensidad del viento.

El verano en la playa del pequeño pueblo francés se presentaba divertido para la chiquillería. Ver volar aquellos instrumentos de larga cola de tela y vivos colores, admirarlos cruzarse con tanta maestría en los aires como si se tratara de una demostración de aeromodelismo, era una pura delicia. Se trataba de algo jamás contemplado por los escolares del suroeste de Francia y de quienes allí iban a veranear.

Además, aquel veterano llevaba encima un auténtico arsenal de boberías para los niños. El auténtico bazar playero ambulante sólo se detenía cuando el ajado vendedor se plantaba para echar a volar sus ‘cometas tropicales’, como él las llamaba en un francés que nadie entendía. Paraba su estandarte del que colgaban las mil chucherías. Los ojos infantiles se perdían en tanta quisicosa

pendiente, mientras hacían tiempo a que el vendedor caminante preparara los hilos y los cañizos enguantados en tela de colores, papel de seda.

Las cometas, unas triangulares, otras con la forma de un pentágono o de otras figuras geométricas, saltaban a los aires ligeros de la frontera francesa siempre en trío, de tres en tres, puro circo. El vejete lo dominaba con la misma destreza del piloto de un jet de combate, como el vuelo de un abejaruco cuando va de pesca al río cercano.

Los paseantes curiosos se paraban a la vera de la gran bolera del paseo, abandonado el refugio sombrío de la columnata; otros, como Francisco del Valle, observaban desde el mirador del lado sur, el de la barandilla decadente de cemento disfrazado de troncos rodeados de yerbas asilvestradas, sobre la peña altiva, como el lagarto que tranquilo toma el sol y energiza su pequeño cuerpo saltarín.

Los chiquillos captaron pronto las costumbres del forastero. Deambulaba infatigablemente por la arena de un lado a otro, desde el casino a la bolera. A eso de la una o una y cuarto se detenía, para dar comienzo a su espectáculo.

Era la hora de los aperitivos en las terrazas vecinas, donde se tomaban el vermut los que no bajaban a la playa a remojarse en el Atlántico cantábrico, en aquel mar vasco. Era el momento en que los muchachos lo rodeaban boquiabiertos, pasma-dos.

Una vez en los aires, los tres aparatos de caña, papel y goma se movían intrépidos dirigidos por los sabios manejos de aquel ser estropeado llegado de otro mundo, de la tierra de la magia. Con gran destreza, como el pianista que sabe qué tecla impulsar, el desconocido hacía girar y moverse a sus cometas de viento como la natura creadora debe hacer con el movimiento de los astros y demás cuerpos celestes.

La función duraba casi media hora: era la gran novedad de aquel verano sedoso que empezaba a disfrutarse en Biarritz.

El “hombre de la cometa”, como lo llamaban sus pequeños admiradores, a veces hacía un golpe de malabarismo y ahuyentaba a los chicos. Era un juego de espanto que atemorizaba a los espec-tadores de corta edad: el anciano daba un violento movimiento de muñeca y uno o dos de los juguetes que

volaban en trío se venía a tierra, desfallecidos, sin aire entre sus cuernas, como una avioneta de exhibición que pierde el control y se va a tierra. Cuando parecía que se iban a chocar, con otro juego de muñecas las elevaba de nuevo, en medio de los vítores de la chiquillería, entre la carrera de quienes huían al pensar que la cometa les caería encima. Al final, pasaba la gorra y sacaba unos pocos francos, una suma tan reducida que le impedía ausentarse, una cantidad que lo obligaba a seguir en el lugar, como parte de la tragedia de los trotamundos.

Un sábado, a la 1:10 de la tarde, el desconocido volvió a hacer ante la grey infantil el mismo truco de jornadas anteriores.

Los chiquillos que nunca habían visto el número echaron a correr, entre las risas de los asiduos de la playa; éstos conocían muy bien el final feliz de la maniobra: cuando los ligeros armazones de caña y papel de seda estaban a pocos metros del suelo, el hombre volvía a hacer un extraño y violento movimiento de muñeca y las figurillas con cola de trapo y tela remontaban los aires, en busca de la solitaria compañera que hacía de contrapeso para que

las que caían regresaran a su lugar a seguir el espectáculo.

Aquel sábado, sólo una de las tres cayó en picado.

Aquella mañana, los bordes verdes de las cercanías rocosas del faro blanco parecieron a Francisco más oscuros y la propia linterna de luz más roja. En su cerebro se debatía una lucha de colores y sentimientos. La cúpula azul damasco de la gran iglesia le pareció igualmente roja. Todo se confundía en su cerebro y eso era peligroso.

Un golpe de Sol, un rayo escapado de la nube gris que dominaba la atmósfera, hirió en los ojos al artista; éste pareció perder el control sobre el entramado que caía. Los chiquillos corrieron a buscar refugio bajo las sombrillas cerradas por la presencia de nubes. Los adultos, por el contrario, rieron por el temor de los pequeños. Seguros que era una nueva treta del extraño, convencidos que al final dominaría la caída libre de la cometa.

Del Valle ya había bajado de su observatorio, hacia la furgoneta estacionada en la cuesta cercana. Encendió el motor, listo para tomar la

dirección de la próxima frontera franco-española.

El viejo tuvo que rebobinar hilo; quedó patente que se trataba de un mero accidente por el latigazo de luz recibido en sus retinas, pero pronto logró dominar la situación. De ese modo, la cometa que se iba a estrellar contra una de las terrazas del paseo, reaccionó ante el magistral golpe de mano y antebrazo del estudioso de las corrientes de aire.

No pudo evitar, no obstante, que la cola de la cometa –un viejo calcetín de seda– diera, aunque sin fuerza, en el cuello de un joven que tomaba unas copas con otros amigos. El golpe casi le sacó la boina, que se volvió a colocar entre las bromas de sus alegres compañeros.

El anciano, violento, colorado de vergüenza, bajó raudo las tres cometas a la arena; nervioso, se acercó a la terraza a pedir disculpas al muchacho de la txapela. Con todas las miradas prendadas de su movimiento, con la chiquillería descontenta por el fallo de su líder costero, el hombre de la cometa subió con cierta dificultad los pocos peldaños que separaban la terraza de la arena.

Antes de que hablara, el tufo a alcohol que desprendía el artista de la playa le hizo más simpático a los ojos del grupo de etarras que tomaba el aire, sus txiquitos y descansaba de su infatigable guerra de liberación nacional.

—No ha sido nada, vejete —le dijo con una sonrisa amable y cordial el liberado de la banda armada, a la vez que escanciaba un poco de tinto en un vaso y se lo ofrecía al desconocido—. No se preocupe. Un accidente como éste le pasa a cualquiera.

Todos los etarras echaron a reír.

¡Ande, tómese un txato con nosotros!

El chileno optó por interpretar el papel de persona avergonzada por lo que acaba de ocasionar. Sin decir palabra, avergonzado, dio la vuelta; cojeando, salió en estampida de la cafetería, después de comprobar que la masa viscosa del calcetín de seda de la cola de su cometa había golpeado, abrazado amorosamente, el cuello de Txutxo Urbietaarriola.

El hombre sentenciado sin saberlo seguía riendo la mar de feliz, sin sentir nada. De momento.

Ya en la arena, el anciano recogió sus cosas y tomó el portante, hacia el extremo sur de la playa, donde los niños mariscaban con la marea baja. Pasó por delante del antiguo búnker nazi derrumbado y musgoso y subió por la vieja escalinata de perfiles gastados. Junto a la acera, aguardaba Francis en una furgoneta con el motor en marcha; lanzó todos los cachivaches por la puerta trasera y salieron disparados con destino a la frontera y así regresar a España.

No hablaron durante unos minutos. Cuando se acercaban al paso sobre el río Bidasoa, el viejo hizo un ademán a su compañero y Francis le acercó la bota de vino prometida para después de aquella semana de sobriedad.

—¡Estamos a salvo! —estimó Francisco.

Unos días más tarde, el chileno del pan despidió en Barajas al chileno de las cometas. Uno y otro llevaban bajo el brazo un periódico que daba la fatal noticia.

“Ingresado en el Hospital del Cáncer de París el nacionalista vasco Txutxo Urbietarriola, víctima de un tumor maligno en la zona posterior del cuello.

“Lo doctores que atienden al número uno de ETA han asegurado a *France Press* que se trata de un tipo raro de cáncer, conocido como “la leucemia de los caucheros”, por haberse diagnosticado por vez primera en los trabajadores del caucho de las selvas de Brasil.

“En el momento de su ingreso en el centro sanitario, Txutxo tenía muy extendido el carcinoma por todo el cuello. Las fuentes informantes han asegurado que se podría tratar de algún tipo de contagio, cuyo origen el paciente no ha podido explicar.

“Se especula con que haya contraído la enfermedad durante su estancia en Panamá o Nicaragua, de donde acaba de regresar a Europa después de un período de extrañamiento de Francia, aunque en ninguno de esos dos países se han determinado casos de “leucemia del caucho”.

“Los médicos señalan que el tumor tiene forma alargada; pese a ser muy superficial en su fase primeriza, crece con moderada velocidad, lo que hace presagiar lo peor.

“La agencia *France Press* ha podido saber de portavoces del Instituto de Enfermedades

Tropicales de La Habana que éste es uno de los cánceres con mayor índice de mortalidad.

Un nuevo “caso Apatxe” había surgido, sin trascendencia alguna. Como en Argelia, Togo... y tantos otros lugares donde las agencias clandestinas originaban muertes sin causas políticas aparentes, siempre meros accidentes mortales, eso siempre.

Era la “contribución” de *Rodas* al fortalecimiento de la democracia en España, según palabras de McDowell, cuando selló su pacto con el jefe de policía español, Jorge Villamandos.

Los americanos de *Rodas* habían cumplido.

A partir de la segunda “ejecución” en España, tenían las manos libres, la vía expedita hacia Sevilla.

TERCERA PARTE

1991

Gloria y Francisco siguieron viviendo en Madrid. Aprovechaban todo el tiempo, varios años de vida normal y tranquila, sin ver a los americanos, para recuperar los momentos perdidos durante la larga separación. La pareja residía próxima a su paisano Domingo Ber-múdez, como tantos hispanoamericanos que han escogido la ciudad de Madrid como tierra de adopción. Seguían muy de cerca la situación política, social y económica de su país, completamente olvidados del *Plan Rodas*, después de aquel tiempo sin tener la más ligera noticia del yanqui rubio y de anchas espaldas.

Un día tenía que suceder.

El contacto americano los volvió a citar en el *Hotel Alfa Husa Lisboa*. No lo dudaron un instante. No supieron si esa reacción fue por

curiosidad o por temor, por desear de verdad acabar con la larga historia o por conocer si era cierto que los agentes de Washington pretendían instaurar la democracia en Chile.

En el hotel español de la capital portuguesa se encontraron con una vieja cara conocida.

—¿Estás seguro? ¿Crees que es él? —quiso saber Bermúdez.

—¡Estoy convencido, chico! ¡Es el profesor Sigüenza! Lo conozco de vista. De la casa del presidente. Lo recuerdo perfectamente.

Se acercaron al catedrático de farmacia. Mostraba en su rostro los indudables síntomas del paso del tiempo, algo avejentado.

—¡¡Profesor Sigüenza!!

—¿Hipólito Sigüenza?

El aludido, hombre alto, ya sesentón, cara grande y nariz formidable, aún con pelo abundante en su hermosa cabeza, se quedó de piedra al verse nombrado en lengua castellana, con acento de su tierra.

—¡Chicos! —exclamó— ¡Dejad que os abrace! ¡Oh, Dios santo!, ¿cómo es posible? —

encontró caras amigas en los dos desconocidos.

En efecto, era el catedrático de química vegetal de la Facultad de Farmacia de la pública Universidad de Chile , amigo personal de Salvador Allende.

Francisco lo solía ver a veces en alguno de los almuerzos privados del presidente de la Unidad Popular. Del Valle se presentó, le dijo de qué lo recordaba.

Se saludaron, se contaron sus vidas, sus padecimientos, sus encargos para *Rodas*, el triste desenlace de la vida de Padrón, hasta descubrir que estaban citados en el mismo lugar, por la misma persona.

Una sombra de duda envolvió a Francis: el secreto de las actividades que Sigüenza habría realizado desde 1973.

No comentó nada a su compañera, presente con ellos en Lisboa.

Estaban de nuevo en amistosa conversación, tras el bache anímico producido por la historia de Antonio, cuando a los cuatro se les revolvió el estómago: vieron aparecer

sonrientes a Spencer y a su sombra de siempre, Henry Lessing.

–Señores, nuestro avión para la isla de Sao Miguel parte dentro de una hora. Si están dispuestos, vamos saliendo para el aeropuerto.

–¿Isla de Sao Miguel? –preguntó Domingo.

–¿Dónde queda eso? –le siguió Francisco.

–Es la mayor del archipiélago de Açores. Tierra portuguesa –aclaró el estadounidense.

Allá fueron.

El vuelo duró algo más de dos horas. Al tomar tierra, en el automóvil que los aguardaba en el pequeño aeropuerto fueron hacia el *Hotel Sao Pedro*, una noble y rancia mansión de valiosos muebles, todos ellos verdaderas antigüedades, un auténtico encanto frente al mar. Más que posada de lujo para viajeros perdidos en dinero, parecía el decorado de alguna película inglesa o norteamericana para contar una historia de otro siglo, con una familia de colonos millonarios como eje del argumento, una familia que se hubiera dedicado a la explotación de las tierras, de los minerales, de

los productos naturales de un territorio extraño. Ocuparon la última planta y descansaron hasta la mañana siguiente.

Tomaron la primera comida del día en una extensa mesa instalada en la terraza cubierta del piso superior. Un par de gorilas, observó Francis, vigilaba para que nadie los molestara.

—Señores —habló McDowell, el máximo responsable de aquella trama, al presentarse de improviso en medio del desayuno—, sean ustedes invitados a la última reunión de gabinete del *Plan Rodas*. Los hemos convocado para comunicarles que la fase final del Plan para la Restauración de la Democracia en Chile...

Del Valle sintió que su corazón le ardía. Gloria estaba en una nube.

—...se va a poner en marcha. Gregory les explicará los detalles. ¡Spencer!

—¡Sí, señor! —carraspeó, tras apurar su taza de café—. En primera instancia, debe quedar perfectamente claro que el *Proyecto Sevilla*, como vamos a denominar la última fase de *Rodas*, va a tener dos directores de campo.

Francisco del Valle será el responsable operativo y el profesor Sigüenza el jefe de laboratorio.

Rebuscó algo más de infusión en el fondo de su taza y prosiguió, en medio del sepulcral silencio instaurado en aquella amplia mesa de desayuno.

—Eso de ‘laboratorio’ les podrá llamar la atención. Deben saber que se trata de una estrategia con una fundada base científica; nadie lo podrá explicar mejor que el propio profesor Sigüenza. ¿Don Hipólito?

—Muchas gracias —el catedrático se puso de pie, como hacía en clase, ante su alumnado—. Durante estos años de exilio, me he dedicado fundamentalmente a estudiar una forma científica, radical, posible, segura y no peligrosa para quienes la operen, de atentar limpiamente contra el dictador Augusto Pinochet, el generalito colocado por la CIA en septiembre de 1973...

—¡Profesor! —le interceptó Henry Lessing—, ¿por qué no va al grano, señor? Sus oyentes le agradecerían que les informara. Tenemos poco tiempo.

–Bien. Como decía...

Gloria puso en práctica sus probadas dotes de tenacidad y lo consiguió sin demasiado esfuerzo: “Los yanquis son más débiles de lo que parecen”, acordó.

De ese modo, se vio en el avión de Iberia que cubría la línea con Sevilla, en marcha magnífica hacia la total liquidación del compromiso de su esposo, pensaba cuando viajó hacia el Sur.

Las noticias que llegaban de Chile eran alarmantes, en opinión del señor presidente. Se centraban en tres cuestiones, todas en torno al ya largo estado de sitio.

Figuraba con relevancia en primer lugar la apertura de un nuevo campo de concentración en el pequeño pueblo de pescadores de Pisagua, a 1.900 kilómetros de la capital: allí se recluía a los “delincuentes”, forma de calificar a los enemigos del régimen de Pinochet, una vez saturada la isla de Dawson, en el sur de frío polar.

La segunda noticia notable se refería a las penas de muerte para izquierdistas solicitadas por la justicia militar. El hecho se comparaba

con la actuación de la justicia francesa militarizada durante la ocupación de París por los nazis y el apoyo de los franceses colaboracionistas.

Luego se contaban las detenciones en masa, los auténticos allanamientos de barrios periféricos enteros, el traslado en camiones, una vez más, según la más fina tradición golpista surameri-cana, de centenares de detenidos al gran Estadio Nacional, para su posterior identificación y clasi-ficación. De ahí a su desaparición, un paso. La aparición de la película *Missig* en 1982 y su éxito mundial era otra de las preocupaciones de la Casa Blanca.

Tras comentar el estado de cosas, el señor presidente hizo notar algo que colmó los deseos del jefe R45.

–Todo confirma que mi fallo está bien tomado. Sólo deseo que “lo de Sevilla” acabe bien y pronto.

–Descuide, señor –aseguró McDowell, en la última visita a la Casa Blanca prevista en el *Plan Rodas*.

Las instrucciones para la llegada al aeropuerto de Sevilla eran tan claras como cómicas. Así se lo aseguró Francis a su compañero de desventuras, el ‘especialista del gas’.

–Tengo complejo de agente secreto destacado en país enemigo.

Rieron y se dispusieron para salir del avión.

Gloria estaba encantada; que los americanos la dejaran acompañar a su marido, lo anotaba como un gran éxito personal. ¡Qué sabría ella!

Al llegar a la terminal, caminaron directamente hacia el mostrador de una agencia local de alquiler de autos sin conductor, situada a la derecha del edificio, como si fueran a sacar el que tuvieran reservado, algo que no iban a hacer.

Los dos americanos guía hicieron otro tanto, pero en una casa internacional de “rent a car”, junto a la anterior, ambas en la zona interior del vestíbulo.

La esposa de Francisco llevaba en su mano un número del diario *Abc* de Madrid y en su interior el billete del vuelo de los tres y las

pegatinas de los equipajes. En el puesto de arrendamiento, la mujer chocó con un joven moreno que portaba otro *Abc*, éste de la edición andaluza.

—Al tropezar, usted, Gloria, dejará caer su periódico; un hombre se agachará a recogerlo, pero le dará el suyo, o sea, se intercambiarán los ejemplares —decían las órdenes.

Así lo hicieron. Dentro del número del rotativo conservador encontraron las llaves del coche que deberían usar para trasladarse a la base de *Rodas*, en el casco urbano de Sevilla. Los tres amigos salieron riendo de la terminal.

—¡Han visto demasiadas películas de espías y agentes secretos!

El muchacho de pelo moreno y *Abc* en la mano se ocupó de sacar los equipajes de los chilenos y asegurarse de que nadie seguía a los recién llegados. Era su primera misión en el *Proyecto Sevilla*.

Francisco, al volante, se limitó a ir tras los americanos a prudente distancia. Salió de la terminal y entró en la carretera nacional, directo hacia Sevilla, por la Avenida Kansas

City, hasta llegar a un barrio de calles pequeñas, en fondos de saco, con chalecillos de tres plantas a ambos lados de la vía.

Heliópolis, leyeron en una de las esquinas.

Estacionaron los coches muy pegados en un jardín; un hombre de mediana edad mantenía abierta la puerta de la villa.

—Ésta es nuestra sede —informó Henry antes de pasar—. Van a conocer a algunos chilenos del *Plan Rodas*, dispuestos a todo por Chile.

—Ya —Francis, incrédulo.

—¿Y si ya disponen aquí de chilenos, para qué nos necesitan? —pensó y lo manifestó a baja voz.

—¡Buena pregunta —aceptó Spencer—. Ellos son la cobertura del Proyecto Sevilla. Ustedes serán los hombres de campo.

Entraron a la quinta.

—Sus paisanos serán los relaciones públicas del asunto, los que trabajarán al aire libre, a la luz del día, sin máscara.

—Llevan viviendo en Sevilla desde 1973.

—¿Desde entonces?

–Algunos, casi son andaluces.

–Verán que el *Plan Rodas* no es un asunto montado sin pensar, efectuado a la buena de algún dios. Está discutido en todos sus detalles. Hasta los más ínfimos.

–Ya veo –afirmó Gloria, con típica ironía femenina.

–¿Y si tienen a otros chilenos aquí, para que nos hacen venir? –insistió Del Valle.

–Ellos son la cobertura; ustedes, caras nuevas que nadie va a reconocer.

–O sea, el peligro, para nosotros –apuntó la esposa de Francisco.

–No con exactitud. El riesgo del *Proyecto Sevilla* sólo es para el general míster Augusto Pinochet. Se lo puedo asegurar.

–Lo veremos –dijo Ortiz, antes de sentir cómo su marido le daba con el codo para que callara.

“Como en las asambleas del partido, siempre chincha a quien tiene la palabra. Mi Gloria no ha cambiado”, comentó alegre para sus adentros.

El suyo era el chalet último de la calle Uruguay, muy cerca del estadio de fútbol del Betis Balompié.

Conocieron sus habitaciones y una estupenda noticia de boca de Spencer.

—Van a vivir en esta casa hasta la próxima primavera; ésa es la fecha para acabar con todo esto. Aún desconocemos el día del *Protocolo de Sevilla*. No será hasta dentro de cinco o seis meses, de aquí a abril o mayo.

—¿*El Protocolo de Sevilla*?

La primera reunión con el resto de los chilenos establecidos por *Rodas* en Andalucía se celebró dos días más tarde. A ella hicieron venir a Hipólito Sigüenza, hospedado en el pabellón de profesores invitados de la Universidad Hispalense. Al entrar en el chalet, Gloria, Francis y Domingo fueron recibidos por un grupo de compatriotas. Les dieron la bienvenida con los brazos abiertos, encantados de encontrarse con los paisanos de los que tanto les había hablado Spencer.

—¡Señores! ¿Nos vamos calmando? —Henry lla-mó al orden.

Se sentaron; Gloria se posó en el brazo del sillón que ocupaba su esposo.

–El profesor está a punto de llegar. Se aloja en una residencia universitaria. Se encuentra en Sevilla formalmente invitado por un proyecto de investigaciones farmacológicas.

–¿Entonces, su presencia es conocida? – Francis hizo la pregunta que lo transformaba aún más en líder del cuadro chileno.

Spencer, hábil, no quiso dar aquella baza a Francisco.

–Les presento a Agustín, su ayuda de cámara. Es el encargado de que no falte nada en esta casa, alimentos, comida. Cualquier cosa que nece-siten.

–Encantado –sonrió el aludido, un gay enrolado en las filas de *Rodas*, como los otros conocidos en Madrid.

A Francis le escamó que en todo momento los subalternos tuvieran algo de pluma, pero desistió seguir meditando sobre el particular. Sonó el timbre. Agustín hizo entrar a Sigüenza. El hombretón volvió a abrazar a sus amigos de Lisboa. Con gran prudencia,

sin protagonismos, se sentó donde le indicó el amo de llaves de la casa.

–¡Bien, amigos! ¿Preparados para conocer el *Proyecto Sevilla*?

Nadie respondió. Era evidente que todos ardían en deseos de que se les desvelara el misterio.

–Profesor, tiene la palabra –ordenó Spencer.

Hipólito se aclaró la garganta.

–Mi especialidad científica es la lucha contra la alergia de las personas hacia los pólenes de las plantas, cierto tipo de polvo y ácaros micros-cópicos.

Paseó su mirada por el auditorio.

–Durante los últimos años, por el contrario, he profundizado en el conocimiento de pólenes de mayor virulencia e incluso con mezcla de pólenes, para que ocasionen mayor mal en las personas. ¡Sólo he experimentado con anima-lillos de laboratorio! –matizó de inmediato.

Se detuvo tras esa confesión.

–¿Algo más, Spencer? –quiso saber si necesitaba proseguir o si su parlamento había terminado.

–Es suficiente, profesor. Muchas gracias.

–Nicolás, ¿se quiere presentar? ¡Díganos qué hace!

–Buenas noches. Me llamo Nicolás García. Nací en...

–¡Por favor! –atajó Gregory–. No nos interesan ahora los detalles personales. Solo información objetiva, operativa, detalles técnicos.

–¡Vale, vale! Llevo en Sevilla desde 1973. Me he introducido en el ramo de la distribución de medicamentos, con un par de socios españoles, a cuyo nombre se encuentra la empresa. Tienen simpatías por Chile, por Allende. Me conduzco con ellos como si fueran mis hermanos. Siempre he actuado de acuerdo con *Rodas*, a quien le estoy agradecido por haberme salvado la vida. Hasta el presente. ¡Todo mi servicio a la causa de la restauración de la democracia en nuestro país se ha limitado a repartir medicamentos por las farmacias de Sevilla! –

se lamentó, sar-cástico—. Son productos de las mejores multi-nacionales americanas: merced a nuestros amigos –miró a Henry y al agente de anchas espaldas– poco a poco me fui haciendo con esas representaciones para toda Andalucía. Pero, ¡no lo acabo de entender! Siempre que mostraba estos recelos al señor Spencer, me decía que llegaría la hora en que mi puesto sería clave...

–Basta, Nicolás. Muchas gracias –le cortó Gregory.

Su intervención había concluido.

–Damián Hurtado. Su turno.

Damián se puso de pie, ceremonioso; Henry le indicó que podía permanecer sentado. Era un hombre de unos 45 años, pelo fuerte, de tripa rellena, producto de su afición al buen yantar. Con el tiempo, Francisco descubriría que era un buen cocinero, sensacional, una de las pocas alegrías que iba a encontrar en los meses de encierro en la casa de la calle Uruguay.

–Soy médico, destinado en el servicio de urgencias del hospital de la seguridad social *Virgen del Rocío*. Mi rama, como la del

profesor Sigüenza, es la alergología. Fuera del seguro, dispongo de una clínica especializada, de lo mejorcito del sur de la España peninsular en todo lo relativo a pólenes y alergias en general.

—¡O. K., Damián, muy bien! —lo felicitó Spencer—. ¿Lorenzo Gómez? —invitó a otro chileno a que se presentara.

Este parecía el más joven. Se asemejaba al típico adulto con cara de niño. Menudo de cuerpo, iba peinado con una raya immaculada. Se vestía con un terno elegantísimo, bien conjuntado con su camisa y corbata. Un pañuelo de seda le sobresalía del pequeño bolsillo superior de su chaqueta. Los zapatos brillaban como bujías.

—Uztedes verán.

Con gracia, Francisco descubrió que Gómez hablaba con un profundo acento andaluz.

—Como ve, hablo como lo'andaluzes, por encargo de Roda, que haze una pila de año, cuando me zació de la ezcabechina de Zantiago, me trajo a Zevilla y me ordenó integrarme de lleno en ezte maravillozo pueblo, que tan bié no'acogió. Que nadie

crea, pué, que e'una poze. Trabajo en er ayuntamiento, como jefe de mantenimiento; zi no zupiera hablá andalú, ezo zería imposible. Dezconozco cómo voy a colaborá a llevá la democrazia a Chile dezdel ayuntamiento de Zevilla, ¡uztée dirá!

Francis notó que también se le había pegado el gracejo de los andaluces.

—¡Ya zaben qué hago en Zevilla! ¿Vale, jefe?
—preguntó a Spencer.

—Muy bien, Gómez —respondió Henry Lessing.

—Estamos todos presentados. Ya nos conocemos. Ahora, con las piezas del rompecabezas, vamos a montar el juego.

Fue un momento de tensión. Los años transcurridos en el exilio, en algunos casos sin que los interesados supieran en qué trabajaban en realidad, pasó como una cinta audiovisual por la mente de aquellos hombres sacados de la muerte y la masacre.

El instante de reflexión fue roto por Agustinito, el camarero.

Entró vestido de cocinero, con un gorro colosal de colores chillones.

–¿Interrumpo? –iba con un carrito lleno de tazas de café y de té, dos jarras con infusiones y varios platos de galletas y pasteles de vino.

–Pensé que podía apetecer un buen cafetito o un telito, ¿hace?

Sirvió a la mujer de la reunión; los hombres tomaron según sus apetencias.

Diez minutos después, el ambiente se había distendido.

“Esto parece un montaje”, se dijo Francisco.

–Tomen pastas, no me las dejen. Son exquisitas. ¡Las he elaborado yo mismo!

Los invitados probaron los dulces.

–Si les parece, podemos continuar –Lessing preparaba la escena para Gregory.

–¿Profesor? –Spencer volvió a ceder la palabra al investigador.

–Antes de continuar, creo que hemos llegado al punto en que conviene dejar algo bien claro, bien sentado. Es una cuestión de principios.

Volvió a aclararse la garganta, a tragar saliva.

—Soy un científico y todo mi trabajo profesional siempre ha estado dirigido al bienestar del ser humano, a lograr una existencia más feliz y satisfactoria para la humanidad. Pero —meditó un segundo antes de proseguir—, a veces suceden hechos, se presentan circunstancias en la vida, que nos hacen trabajar al revés. No sé si me expreso bien. Sospecho que mi palabra fluye hoy con cierta dosis de torpeza...

—Se explica, profesor —terció Del Valle.

—¡Oh! Gracias, mi amigo. Como decía, hay circunstancias en la propia existencia de la humanidad en las que uno se pregunta si puede invertir los valores. Es el caso de Chile y Pinochet —se volvió a detener—. Aquí estamos reunidos para poner en práctica un proyecto de auténtico terrorismo, ¡no me mire así, amigo Spencer!, contra un dictador, verdadero enemigo de casi todo un pueblo.

Los hombres mostraron su inquietud ante la gravedad del pronunciamiento del científico. Varios de ellos trataron de espantar sus temores con ligeros toques de tos.

–Como digo –habían acabado las toses de protesta–, el asunto se fundamenta en una realidad científica que estoy obligado a facilitar: mis profundos conocimientos van a servir para matar a una persona. ¡Rectifico!: a un hombre clave y a todos los desgraciados que en el momento sublime estén en su compañía. ¿Veinte, treinta? Tal vez alguno más. Me cuestiono si es lícito ofrecer mis conocimientos para tanta muerte. Nunca he aceptado ese cinismo de los ‘daños colaterales’. Es mi carga de conciencia en este caso que nos ocupa.

–No ha de darnos explicaciones ni disculpas, profesor. La eliminación del tirano y sus consecuencias siempre será un mal menor, que nadie duda –subrayó uno de los chilenos. Francisco, en silencio, muy prudente.

–¡Estamos hablando de liberar a un pueblo, a todo un pueblo, insisto, de la opresión de un déspota! –sentenció ahora Domingo, con un cruce de miradas con su camarada y líder indiscutible

Los reunidos estaban de acuerdo. Se habían acabado las toses.

–¡No se nos ponga mitinero, Domingo! Deje que el profesor exponga sus razones –atajó Spencer.

–Tratamos –el investigador hizo una pausa adrede para ganarse la atención de los oyentes– de provocar en todo el grupo de Pinochet un ataque de mezcla de pólenes muy irritante para las vías respiratorias y la vista.

–¿Cómo vamos a acceder a Pinochet, si nosotros estamos en Sevilla y él en Chile?

El universitario miró a Spencer. El rubio de anchas espaldas se dirigió a Francisco. Con voz serena dijo algo que lo dejó pasmado.

–¡Pinochet vendrá a Sevilla! –aseguró.

A los altos funcionarios de la Casa Blanca no les llamó la atención la iniciativa del presidente Steve Gages. La orden se puso en marcha. A la hora siguiente pudo firmar las cartas dirigidas a los presidentes hispanoamericanos y de Canadá. Se les proponía viajar a Sevilla y firmar un documento comunitario hispano-americano, ante la próxima solemne conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

Un murmullo apagado acogió la declaración del viaje de Pinochet a la capital andaluza.

—¿Pinochet a Sevilla?

—Vendrá y aquí estaremos nosotros para darle la bienvenida. ¡Chilenos previsores valen un país libre! —aventuró Lessing.

—¡A ver, a ver! —Francisco elevó la voz, erigido en portavoz del grupo de liberados—. ¿Cómo es eso de que Pinochet vendrá a Sevilla? ¡No entiendo nada! ¿Y ustedes?

Todas las voces aseguraron estar en blanco.

—¡Calma, calma! Tranquilos. Vamos a informarles del asunto, de nuestro “*Proyecto Sevilla*”, del...

Empezaron a tranquilizarse.

— ... “*Protocolo de Sevilla*”.

Escucharon con atención.

—Estamos en noviembre de 1991. Pues bien, en la próxima primavera, Pinochet ha de venir a Sevilla. Es lo más probable. Verán.

El silencio se hizo absoluto.

–En 1992 se conmemorará el V Centenario del Descubrimiento de América por Cristóbal Colón, ¿no es eso?

Contestaron todos con un prolongado sí.

–Estados Unidos acaba de proponer la firma de un documento singular, que podría denominarse *Protocolo de Sevilla*. Es un compromiso unitario para la celebración de la efeméride de forma conjunta por España y Portugal, con todos los países de América...

–¿Y? –Francis estaba impaciente.

–Esa firma se efectuaría en Sevilla, por invitación del país convocante, Estados Unidos, y del país anfitrión, España. O sea, poco a poco, durante varios meses, los primeros dignatarios de los países colombinos se darán cita en Andalucía, para venir a signar el documento. Sería ése el primer acto ecuménico de conmemoración del V Centenario.

“Muy curioso”, pensó Del Valle.

–El plan está previsto para que en enero de 1992, después de las fiestas de año nuevo y Reyes, haya cuatro países democráticos de América que contesten afirmativamente.

Serán México, Colombia, Argentina y Perú. Ya están hablados. Con sus respuestas, se trazaría una agenda de firmas por bloques de repúblicas americanas, para empezar las visitas a Sevilla a partir de febrero.

—¿Y Pinochet?

—No creemos que se niegue, si es invitado por los presidentes de España y de Estados Unidos. Es mucho el apuro. Sí se espera que se resista, que se haga de rogar. Por eso está previsto que aparezca en la última remesa, allá para la primavera... ¡Tiempo de pólenes!
—sonrió Spencer.

Hubo una pausa; cada cual pensó en lo que acababa de escuchar.

—¿Y cómo sigue el plan?

—Una vez Pinochet esté en Sevilla, se trata de provocar una auténtica nube de pólenes muy reactivos dentro del edificio que sirva de residencia al general chileno y a su séquito—. Francis intentó tomar la palabra; fue atajado por Henry.

—Tranquilo. Al final tendremos un coloquio; no hay prisas —continuó Spencer—. La crisis

por aspirar polen sólo tiene un remedio. ¿Lo quiere explicar, doctor Hurtado?

Damián Hurtado empezó a ver clara su participación.

–Bueno. Creo que se refiere al único tratamiento conocido, una vez presentada la contaminación. Cuando un paciente se ve afectado por la fiebre de heno...

–¿La fiebre de heno, doctor?

–Sí, claro. No es en realidad ningún cuadro febril. Cuando se aspira polvo de heno, hay gente que estornuda, se le enrojecen los ojos y la garganta le pica, como si se transformara en papel de lija. Se investigó en un principio y se llegó a la conclusión de que se debía al polvo del ambiente. Se ha seguido llamando así, incluso cuando se refiera a pólenes de gramíneas, sobre todo en el período primaveral de la floración.

La alusión a la primavera resonó como el eco en las mentes de todos: antes del verano, ¿podría caer Pinochet? ¿Volvería la primavera a las alamedas de Santiago?

–En definitiva, por fiebre de heno se conoce una alergia típica de la época de la

fecundación vegetal, variable según los territorios, los vientos y una serie de factores diferentes. En el caso de Sevilla, suele aparecer desde mediados de abril a finales de mayo.

–¡Perdón! –interrumpió Spencer–. Eso supone algo muy interesante para nosotros, si no me equivoco: Pinochet no debe venir antes del 15 de abril ni después del 1 de junio. ¿Es así?

–Correcto.

–Tenemos, entonces –calculó–, unas seis semanas para actuar.

–Eso es –certificó Lessing.

–Siga, doctor –Spencer, imperativo.

–Las personas afectadas estornudan casi sin cesar; los ojos se le enrojecen y sueltan muchas lágrimas, mientras el dolor en la garganta se hace insostenible.

–¡El tratamiento, doctor, la prescripción!

–Sólo existe uno. Y es muy eficaz. Por eso, nadie se ha preocupado de buscarle alternativas.

–¡Diga cuál es!

–En todas las farmacias se expenden, incluso sin receta: unas gotas para los ojos, unos polvos para inhalar y unas pastillas. La reacción positiva tarda en aparecer poco menos de cinco minutos. Una vez el paciente se trata con estos tres antihistamínicos, se queda como si jamás hubie-ra padecido la acción terrible de los granos de polen. Y hasta el día siguiente no precisará de un nuevo tratamiento.

–Muy curioso –comentó Francisco.

–Creo que es todo por mi parte –concluyó el médico.

–Muy bien, muchas gracias, doctor –dijo Henry.

–¿Apetece otra tacita? –el cocinero aprovechó la ocasión para intervenir y colaborar en la relajación del ambiente. Con la agilidad de las gacelas moruchas, Tinín saltó de puesto en puesto y escanció infusión con gracejo femenino.

Se aprovechó el momento para disfrutar de un pequeño descanso.

–Vamos a ver. –La atención volvió a centrarse en Gregory.

–¿Profesor? –dijo.

–Sin tenerles que recordar la cuestión de principios de antes, les informaré: el proyecto se basa en proporcionar a Pinochet, al aire que lo rodee dentro de algún palacete sevillano, un auténtico bombardeo de mis pólenes seleccionados, justo en las horas cercanas a su partida de España.

–Todos los datos de llegadas y salidas, residencias en Sevilla, etcétera, los vamos a tener de muy primera mano –comunicó Lessing, en un inciso.

–Aquí entra en funcionamiento la segunda parte del *Proyecto Sevilla* –volvió a hablar Spencer, con serenidad–. ¿¿Usted, qué haría, señor Del Valle, si se intoxica en primavera con invisibles pólenes de gramíneas?!

–¿Yo?

–¡Sí, usted! ¿Qué haría, después de escuchar el informe del doctor Hurtado?

–Pues... –recordó– ir a una farmacia y decir que me despachen esos productos indicados para la ocasión.

–¿Seguro?

–Sí, haría eso.

–¿Y usted, Bermúdez?

–Lo mismo.

–¿Alguien pone en duda de que esa sería la reacción lógica de cualquier persona?

Nadie contestó.

–¡En efecto! Ése es el único camino – concluyó Lessing.

–Veamos la segunda parte del asunto. Atención. ¡Pongan mucha atención! –sorbió lo que le quedaba de café–. Los médicos de Pinochet no lo pondrán en duda. También en Chile se padece la fiebre del heno, todo el mundo conoce su tratamiento: es una medicación universal.

–Además –recordó Lessing– el laboratorio que fabrica estas medicinas, ¿de dónde es, García?

El distribuidor de productos farmacéuticos no dudó un instante.

–Patente norteamericana, fabricado en California.

–Entonces –habló Francisco– Pinochet y los suyos compran las medicinas, se curan y ¿para qué ha servido toda esta historia? ¿Quién me lo quiere explicar?

–¡Muy bien, señor Del Valle! ¡¡Usted lo ha dicho!! Pinochet se siente mal, sus médicos comprueban el origen de la enfermedad, le aplican el medicamento y el general y su escolta parten en avión rumbo a Chile. Recuerden que el bombardeo sucederá en la víspera de la partida.

–¿Y...?

–Entonces –aseguró Spencer– sucederá lo que ninguno de ellos sabe. Nosotros –paseó su mirada por los rostros de los chilenos silentes– nos habremos ocupado de reemplazar en todas las farmacias de Sevilla –miró a Nicolás– el medicamento correcto por otras unidades que en estos momentos están siendo alteradas en su composición en nuestros laboratorios de Langley...

Los chilenos contuvieron la respiración.

–En otras palabras –tomó la iniciativa Hipólito–, el malestar se transformará, primero en una mejoría radical, pero, a las

pocas horas, se tornará en un padecimiento intolerable, con arcadas, de manera que el paciente no se podrá mantener parado. Perderá la visión en pocos minutos, desde el preciso momento en que se liberen las sustancias opacas que proporcionan los pólenes naranja.

–¿‘Sustancias opacas’, ‘pólenes naranja’? ¡¿De qué habla, profesor?!

El catedrático mostró síntomas de malestar por la duda.

–Si lo desea, le doy un cursillo, con prácticas de laboratorio incluido, acerca de sustancias opacas y clasificaciones de los pólenes...

–Disculpe, profesor –Francis bajó la cabeza, ruborizado.

–No será necesario. ¿Quiere proseguir? – Lessing intervino, apaciguador.

–Lo importante –intervino Spencer– es comprobar que nuestra misión es posible: tenemos en nuestras manos la posibilidad de acabar con el objetivo.

–¿Alguna duda? –quiso saber Henry.

Nicolás levantó la mano.

–Diga, García.

–Estimo que... el medicamento contaminado va a afectar a Pinochet y a su séquito... ¿Significa que vamos a acabar también con todas las personas que acompañen al dictador?

–Así puede ser. A eso se llama ‘daños colaterales’. Se presentan con cierta frecuencia y es un riesgo que se ha de correr.

–En el avión puede ir un soldado mecánico, que nada tenga que ver con el gobierno. O un camarero. Gente inocente, en suma.

–Está claro, García. Los pasajeros del avión presidencial chileno, todos, sufrirán las consecuencias, precisamente cuando el aparato esté más o menos en medio del Atlántico.

–¡Es horrible!

–¡¡Lo es!! Pero pesan menos esas posibles muertes de inocentes que la situación en el interior de Chile, donde otros inocentes son perseguidos y asesinados... –aseguró el farma-cólogo.

Apesadumbrados por la dimensión del asunto, los chilenos permanecieron cabizbajos. Quedaron aterrorizados y temerosos ante la tremenda responsabilidad que iban a ejercer.

La tensión volvió a ser rota por la morucha: volvió a aparecer con varias copas de cava y dos botellas.

—¡Hay que brindar, amigos, por Chile en democracia!

Hicieron el brindis antes de cenar. Comieron sin demasiadas palabras. Cada cual rumiaba la información recibida. Los dos norteamericanos estudiaban el semblante de los invitados. Querían interpretar cualquier reacción latente; todo rictus en una cara era engullido, almacenado por los dos ejecutivos de *Rodas*, para luego ser objeto de discusión y encontrar claves, posibles salidas de los interesados en un momento crítico de los muchos que se avecinaban.

Concluyó la cena. La reunión prosiguió.

—Está claro el plan —aseguró Francisco—. Creo que sólo falta matizar detalles.

–¿Por ejemplo? –interpeló Spencer, que no deseaba dudas residuales.

–¿Por ejemplo? Hasta el momento no veo hueco para mi compañero Domingo ni para mí.

–¡Eso! –apuntilló Bermúdez—. ¿Cómo se va a regar el polen contaminado en la residencia de Pinochet?

–Esas son dos preguntas diferentes. De acuerdo. Ahí quería llegar –bebió un poco de cava de las botellas descorchadas—. Dentro de pocos días, cuando sea público y esté aprobado por el gobierno español, se creará una comisión de expertos; ésta se trasladará a Sevilla y abrirá aquí una oficina permanente. Una de sus primeras misiones será elegir palacetes para albergar a los presidentes de gobierno americanos, mientras estén en la ciudad para firmar *El Protocolo de Sevilla*.

Miró al chileno de la acción de Barcelona.

–Todo eso, naturalmente, si la comisión recibe la ayuda del ayuntamiento de Sevilla. Lo lógico es que la corporación le dé todo tipo de facilidades. Por ejemplo, entre otros detalles, a nadie le podrá extrañar que,

incluso, les ceda temporalmente a algunos de sus funcionarios. Verbigracia –miró a Lorenzo Gómez, el chile-no-andaluz– a su jefe del servicio de mante-nimiento.

Un ¡oh! de sorpresa llenó la sala.

–Hay que pensar que alguno de los palacetes necesitarán reparación. Nadie mejor para ese trabajo que el departamento municipal correspondiente. Además, habrá subvenciones especiales de Madrid.

Volvió a tomar un trago de vino espumoso.

–Llegado a este punto, con una especie de espía dentro de la comisión, se convocará un concurso con carácter de urgencia, para hacer las reparaciones.

Miró hacia Nicolás. García se removió en su silla. Pareció empezar a ver claro.

–¡Comprendo! –se le escapó.

–¿Qué quiere decir, señor García? ¿Se quiere expresar, para que nuestros amigos sepan también de qué va el asunto?

–Bueno... –dudó.

–Tal vez a nuestros invitados les interese saber cuál es su nueva actividad en Andalucía

desde hace pocos meses, al margen de la distribución de medicamentos.

Los chilenos de Sevilla no entendían.

–¡Sí, sí! Ahora me lo explico todo –Nicolás García hablaba consigo mismo–. Muy sencillo. Hace nueve meses, por indicación de Henry Lessing, fundé una empresa de construcción, dedicada a la restauración y decoración de edificios, especializada en palacetes y casonas antiguas. Para eso... *Rodas* me facilitó a un arquitecto norteamericano...

–Bien, es suficiente.

Francis y Domingo intercambiaron una mirada; sospechaban quién era el técnico aludido.

–Ése, pues, es el panorama. Su compañía, “nuestra” empresa, se presentará a ese concurso. Por mucha mala suerte que tenga, es de suponer que se llevará la contrata del palacete *Actriz Elena Salvador*. En él tendrá su sede la embajada chilena: allí cavará su tumba el séquito de Pinochet y Pinochet mismo.

Un silencio aterrador tomó tierra en aquel salón donde se estaba informando de tantas sentencias de muerte.

—Entonces es cuando Del Valle y Bermúdez, dos nuevos capataces de la empresa restauradora, entran en juego. Ambos serán los encargados de actuar para el profesor Sigüenza, de colocar los tubos que conducirán el polen tal y como les indicará en su momento.

Se sintió un respiro general, como si no se tratara de un relato previo, sino de la pura acción de campo.

—Si no hay más preguntas —Lessing miró a su reloj— sería interesante concluir la reunión, para no levantar las sospechas del vecindario. Los que están repartidos por Sevilla, podrán dormir esta noche aquí y mañana temprano salen con intervalos entre unos y otros.

—No obstante, si lo prefieren, pueden quedarse un rato de charla en el salón, pero con las luces apagadas y sin fumar. No se volverán a ver todos reunidos hasta después del final del *Proyecto Sevilla*. Ésta de hoy será, entonces, la única reunión a la que

asistirán todos los efectivos chilenos de *Rodas* en Sevilla.

Francis se quedó con eso de “efectivos chilenos de *Rodas* en Sevilla”, de donde dedujo que podría haber unos “efectivos norteamericanos de *Rodas* en Sevilla”. Ese pensamiento lo manten-dría en alerta hasta el final de la operación. Los hombres permanecieron en penumbra. Charlaron de Chile y de su inminente regreso.

Los americanos se ausentaron hacia sus habitaciones. Francisco permaneció con sus sospechas de todo tipo.

Los días pasaron tranquilos y con una lentitud endiablada. Las cosas se iban presentando como estaban anunciadas.

Con puntualidad matemática, surgió la primera noticia: el presidente Steve Gagnes propuso al presidente español, un firme aliado de Estados Unidos, Felipe Hernández, la firma del *Protocolo de Sevilla*, idea que rápidamente fue aplaudida por media docena de países americanos del Sur, entre ellos Argentina y México. Aparte de los aplausos

del complaciente presidente español, sevillano él y con vocación de millonario.

Todo empezó a sucederse según el plan de *Rodas*. La empresa “Construcciones y Reparaciones del Guadalquivir”, presidida por Nicolás García, se hizo con el trabajo de uno de los palacetes que sería ocupado por los altos dignatarios extranjeros, el edificio *Actriz Elena Salvador*.

Por ese procedimiento, Francisco y Domingo pudieron entrar en el edificio embutidos en sendos monos de capataces, cuando la casa estaba lista y preparada para entregarla al ayuntamiento y a la comisión especial para *El Protocolo de Sevilla*.

Los dos especialistas chilenos conectaron con total tranquilidad un extremo del largo tubo abandonado de gas ciudad al sistema de ventilación de la casa. Se trataba de un complejo de tuberías en desuso empatado por su otro término a las cañerías de la residencia vecina: allí, Sigüenza había montado su laboratorio clandestino de mezcla de pólenes reactivos en grado sumo.

Sin apenas notarlo, llegaron al mes de abril. Tras la Semana Santa, empezó el desfile de

presi-dentes americanos. Abrió la marcha el propio Steve Gagnes y, de su mano, agradecido, entregado, arrodillado, Felipe Hernández.

Al acto de las primeras dos firmas se le dio todo el esplendor que demandaba la ocasión. Tras el solemne refrendo, uno y otro cursaron sendos telegramas a los demás presidentes de la amplia comunidad colombina de naciones, algunos de los cuales ya estaban con los preparativos de su viaje a Sevilla.

A esas alturas, Gagnes disponía prácticamente de todas las respuestas, a excepción del silencio de los presidentes de Nicaragua, Chile y Cuba.

Los diplomáticos de la comisión se ocuparon de no hacer comentarios sobre las causas de los tres significativos silencios, de esa otra coincidencia entre Ortega, Pinochet y Castro.

A lo largo de abril, hasta antes de la célebre Feria de Sevilla, siguieron arribando embajadas americanas. La agenda se cumplía de forma perfecta. Todos deseaban coincidir con la feria sevillana.

Poco a poco llegaron las respuestas que faltaban: Nicaragua y Cuba asistirían a la firma *de El Protocolo de Sevilla*. Fidel Castro se mostró encantado de poder, por fin, hacer una visita a España, aunque en esta ocasión sólo se trataría de Andalucía, y no Galicia ni Madrid, como eran sus verdaderos deseos.

A los dos nuevos países se les colocó en la penúltima semana de mayo. La última estaba destinada a Venezuela y Bolivia, junto con Chile: la Junta Militar en Santiago empezó a verse sola. Decidió que no podía estar ausente de una firma donde iban a estar todos, desde Canadá a Argentina, de Portugal a Brasil.

El presidente Gages, no obstante, se vio obligado antes a hablar telefónicamente con su colega y buen aliado Augusto Pinochet. Intentó explicarle la desgraciada posición en que se presentaban ante el mundo si era el único que no viajara a España a firmar.

—Descuide, presidente Gages: Chile no estará nunca ausente en un acto internacional que glorifique la evangelización de nuestro conti-nente. Puede usted estar seguro de que viajaremos a la Madre Patria y firmaremos *El Proto-colo de Sevilla*.

El presidente estadounidense respiró tranquilo.

Esa misma noche, la Junta Militar emitió un comunicado en el que informaba de la decisión del jefe del gobierno de trasladarse a España, para firmar el protocolo.

Corría el 7 de mayo de 1990. La Comisión gubernamental fijó la fecha del miércoles día 30 para la firma de los chilenos, la misma jornada elegida para Bolivia y Venezuela. Se había logrado que los presidentes viajaran de tres en tres y estuvieran una semana en el sur de España. Todo estaba saliendo a la perfección.

Avanzó el calendario. Sin apenas darse cuenta, tenían al general encima. La prensa volvió a recordar la noticia: “El próximo lunes estarán en Sevilla los presidentes de Bolivia, Venezuela y Chile”.

Sin saberlo los asilados del cono sur, desde la tarde anterior se puso en marcha el plan. A las diez, cada uno fue convocado.

Nicolás disponía de los medicamentos adulterados, listos para que se distribuyeran por las farmacias sevillanas, mientras debían retirar

los anteriores, con una excusa que facilitara el trueque sin levantar reticencias. Llamó al Colegio de Farmacia y explicó al decano la solución inventada.

—Me advierten de laboratorio que hay una partida con alguna avería. He de cambiarla por otra.

—Bien. No se preocupe. ¿Qué quiere que haga?

—Necesito una circular del Colegio dirigida a las oficinas de farmacia de la provincia. Nosotros mismos nos obligamos a trasladarla a los interesados. Nos bastará con un original; nos ocuparíamos de hacer las fotocopias. Ha de garantizarse la discreción.

El farmacéutico parecía dudar, que pensaba.

—Por cierto —agregó el chileno— tengo autorización de Laboratorio para subvencionar el próximo año un mayor número de cursos y seminarios y viajes a congresos o a reuniones de antiguos alumnos de Farmacia de la Universidad de Granada, donde habían estudiado los farmacéuticos andaluces.

El titular del Colegio se limitó a redactar una corta circular, en la que dio cuenta de lo que

le comunicaba aquel distribuidor de medicamentos.

El chileno tuvo el oficio a los pocos minutos.

El cambio de los medicamentos, con tiempo, se efectuó sin mayores complicaciones. El mismo sábado del canje, ocho pacientes se presentaron a horas distintas en los servicios de urgencias del hospital clínico y de la ciudad sanitaria *Virgen del Rocío*. Otros tantos siguieron el domingo. Y el lunes, igual. Todos, en medio de terribles dolores, alegaban el mismo síndrome: la angustia iba desde la pérdida parcial de la visión hasta la casi imposibilidad material de permanecer incorporados, tal era, aseguraban, el profundo padecimiento de estómago. Igualmente, se dolían de un muy intenso picor de ojos, nariz y garganta.

—Ezto e una plaga —aseguraba el ayudante de urgencias.

El doctor Hurtado parecía tener el remedio eficaz. Y con él en el clínico, otros médicos simpatizantes de su causa en la ciudad sanitaria: ponían a los asegurados unas gotas de un medicamento sin contaminar en los

ojos y al instante les remitía el dolor en esa zona; les hacían inspirar unos polvillos blancos químicamente sanos y en un soplo les desaparecía la aflicción en la nariz. Por último, les daban a tomar unas cápsulas verdes y ya se podían parar, dar unos pasos, al tiempo que la garganta se normalizaba.

—¡Gracias, doctor, muchas gracias! Parece un milagro. ¿Era grave? —querían saber todos los incautos que probaban la trampa de *Rodas*, una vez se recuperaban.

Los médicos conchabados sonreían.

—¿Ha sido la alergia?

—¿Cree que estoy peor de mi fiebre de heno?

Los enfermos temían un agravamiento de su condenado mal.

—Nada de particular. A veces aparecen algunos pólenes extraños y agravan de forma pasajera la acción natural del polvillo del ambiente. Además, el polvillo que llega del desierto del Sahara estos días agrava los síntomas.

Los ciudadanos daban las gracias. El médico quedaba como un sabio.

–Mejor será que siga el tratamiento con estas medicinas –les facilitaban medicamentos buenos y les retiraban los productos contaminados, que solían llevar consigo, para manifestar lo que se habían aplicado.

La gente salía encantada por la magia de aquellos médicos del servicio público de urgencias.

–También, ¿sabe usted?, puede tratarse de un problema de tipo psicológico –los galenos ponían su pica–, en personas que se autome-dican. ¿Usted sacó de la farmacia estos medicamentos con receta o en plan compadre?

Casi todos agachaban la cabeza, zorros.

–Bien –aseguró el americano–. Creo que ha hecho un buen trabajo, profesor.

Spencer y Sigüenza estudiaban el informe del doctor Hurtado, encerrados los tres en el pequeño despacho del médico jefe del servicio de urgencias.

–¿Hasta cuándo estará de guardia, doctor? –interpeló Gregory, cuando quiso confirmar lo que conocía con todo detalle.

—Hasta el lunes, a las 12 de la noche. A esa hora, iré a la casa del barrio de Heliópolis.

Asombrado, el catedrático preguntó, cuando su misión era guardar silencio.

—¿Tantas horas de guardia ha de soportar un médico en España?

Lorenzo rió.

—¡No! Ni mucho menos. He preparado las cosas, permuté varios turnos de fin de semana con algunos colegas.

—¡Ah! —aseveró el representante de *Rodas*—. A esa hora ya se habrá ausentado de Sevilla el presidente chileno.

Se despidieron.

—¡Hasta el lunes por la noche!

—Entonces, habrá terminado nuestra misión en España.

—¡Suerte!

El Yanqui le estrechó la mano y se marchó con el investigador. El médico chileno sintió la mano del estadounidense fría y sudorosa. No le dio importancia al detalle.

Durante el domingo, Henry y Gregory supervisaron el dispositivo: todo estaba en orden; los hombres, cada uno en sus puestos, permanecían en estado de alerta.

–El palacete está cargadito de pólenes activos. Sospecho que, a mediodía del lunes, algunos de los acompañantes domésticos, los que pasen más tiempo en el interior, mostrarán los primeros síntomas.

–Está confirmado: el avión presidencial chileno llegará a la base militar de Jerez de la Frontera a media tarde del domingo; tendrán la cena de cortesía y firmarán a mediodía del lunes, para regresar por la noche del mismo día. ¡El lunes es el día clave! –empezó a suceder todo tal y como estaba programado para aquel último lunes de mayo.

Ese día, tras la firma del protocolo y la siesta, un policía militar de escolta, uno de los pilotos chilenos y un asistente de cámara empezaron a sentir una extraña picazón en la garganta.

El médico titular de la expedición chilena, un hombre de gran profesionalidad y exquisita educación, descubrió pronto la causa natural del mal. Sacó de su propio botiquín la

medicación adecuada, traída con él desde Santiago, como fármacos de posible necesidad durante el viaje. Ese detalle no lo habían previsto los cerebros de *Rodas*, esa ‘autonomía’ médica del grupo pinochetista.

En pocos minutos, los tres funcionarios volvieron a sus habitaciones y continuaron la tranquila siesta, como si nada hubiera sucedido, olvidados del malestar sufrido. En el programa oficial ya no quedaba nada. Hubo un imprevisto, surgido en el almuerzo que siguió a la firma. El presidente venezolano brindó a los postres por el porvenir de las naciones colombinas y en especial por las cuatro allí presentes, Bolivia, Chile, España y Venezuela. Pinochet habló en aquel momento a su edecán.

—Me gustaría responder al gesto de Pérez; por ejemplo, ofrecer a él y a los bolivianos una cena de despedida, de tipo íntimo, antes de nuestra partida.

—Cuenta con ella, señor presidente —y el ayudante se ausentó de la comida, para ir a encargarse del banquete para esa misma noche, en la casa ya invadida de pólenes reactivos.

Rodas iba a tener una complicación imprevista.

Con la siesta, la comitiva de Pinochet trató de descansar para la cena próxima y el largo viaje, retrasado un par de horas por la invitación a los compañeros de firma.

Durante la tarde, los efectos del bombardeo de pólenes se siguieron sintiendo con la intensidad esperada. El doctor del séquito presidencial no tuvo reposo. Lo achacó al aumento de las temperaturas, al incremento de la floración. En la calle, la primavera sureña bullía con toda intensidad, con las frondosas jacarandas preñadas de azul y la simpatía popular en cada esquina de la Sevilla inmortal. Al médico se le terminaron los medicamentos contra la fiebre de heno llevados desde Santiago. Se vio en la necesidad de enviar de incógnito a alguien a una farmacia a comprar medicinas: un polvillo para inhalar, unas gotas para los ojos, unas cápsulas para ingerir.

—Esto de los pólenes y la alergia es una maldita tradición europea. No he de ocultar que también se padece en nuestra tierra,

aunque con menor virulencia que en el sur de Europa –cantaba un *Chile uber alles*.

Hacía el mismo comentario a cada paciente que se acercaba por sus fueros.

Añadía algo más.

–Además, Andalucía es un territorio muy agrario; aquí prima el campo sobre la urbe y los pólenes se hacen tempestad llegada la primavera, donde estamos ahorita, aunque no los veamos. Es un enemigo invisible, pero muy activo –hacía un chiste.

El escozor no cesó en aquellos impacientes hombres doloridos.

–¡Doctor! ¿Y aparte de su palabra, tiene alguna solución para esta mierda que me tumba? –un militar de alta graduación se mostró expeditivo, como si se enfrentara a un izquierdista exterminable, de los que ya no le quedaban en Chile.

–Sabrá, coronel –recriminaba a uno de los ayudantes de campo del generalísimo–, que desde Santiago me traje mis provisiones sobre el particular, pero las agoté con los primeros que vinieron por acá. ¡Si me lo llega a advertir, hubiera guardado unos pocos

medicamentos para usted! –le espetó, enfadado.

–¡No se me ponga así, hombre!

–Descuide. Ya he enviado a adquirir más medicinas. Son de un laboratorio multinacional norteamericano. No creo que haya problemas en su suministro.

–¿Lo sabe nuestro jefe de seguridad?

–Lo informé.

–¿Y?

–¡Bobería! Dijo que si se trataba de tres productos diferentes, que los compráramos en tres farmacias distintas.

–Muy inteligente, por su parte.

–Lo acompañó el oficial de enlace de la marina española que nos han asignado. En principio, sugirió que nos lo sirviera la farmacia militar española, pero, como era cosa de urgencia y mediodía, lo más práctico fue enviar a comprarlos a establecimientos civiles.

–¿Tardará mucho? –el coronel auxiliar se retorció en un sillón.

–Ya deben de estar aquí.

–¿Me pondré bien?

–Seguro, aunque lo mejor en estos casos es alejarse del foco de infección. Estamos hablando de una verdadera contaminación de los aires con estos malditos pólenes. Atacan a personas propensas y, creo que es nuestro caso, a seres no acostumbrados a respirar semejante ambiente contaminado de manera natural. Ya ve que a veces la naturaleza es un peligro –subrayó el urbanita de Santiago.

–Al marcharnos, pues, dejaremos atrás el problema, ¿no es así?

–¡Por supuesto! Estoy deseando dejar Sevilla y sus pólenes –charlaban de esa guisa a la espera de los antihistamínicos, cuando el asustado edecán los interrumpió.

–¡Doctor, doctor! El generalísimo tiene vómitos, le duele los ojos, le rasca la garganta, le pica la nariz.

–¡Oh, no! ¡¡También a él!!

Salía, cuando llegó el jefe de seguridad, con tres paquetes de diferentes farmacias.

–¡Menos mal que llega usted!

El oficial puso cara de quien se ve acusado de algo que no ha hecho.

–¡¡Corra!! Traiga aquí las medicinas. He de llevarlas al jefe.

El médico salió a toda prisa, hacia los aposentos presidenciales. Al rato retornó, apaciguado.

–A ver, mi coronel, ha llegado su turno. El generalísimo ya se encuentra bien y sigue su siesta.

El hombre se retorció en un sillón; el facultativo inició su corto tratamiento.

Al minuto siguiente, el militar chileno estaba como nuevo. No se creía la acción de los medicamentos.

–¡Un milagro, doctor!

–No es magia, amigo, es el fruto de la moderna farmacología humana norteamericana.

El facultativo continuó aplicando el remedio de las multinacionales norteamericanas a la mayoría de los chilenos de la escolta de Pinochet, hasta tres horas antes de la cena.

La invisible nube de pólenes había hecho mella en quienes estaban marcados por el destino, por *Rodas* y por las medicinas científicamente envenenadas, para lograr a las pocas horas una reactivación sin precedentes en aquellos cuerpos sentenciados a la catástrofe atlántica.

—¿Todo controlado, profesor? —preguntó Spencer a Sigüenza, instalados en la casona vecina al palacete de Pinochet, donde Hipólito tenía la maquinaria para emitir la mezcla de pólenes.

Uno y otro habían seguido las incidencias, a través del par de visores escondido por los exiliados durante las obras de restauración del palacete.

—Seguro, todo parece haber trascurrido según las especificaciones de rigor —sentenció el cate-drático y miró a su reloj; marcaba las 6 de la tarde—. La ingesta de la medicación contaminada les proporcionará un bienestar para ocho o diez horas: a partir de las tres de la mañana, los fármacos adulterados explotarán materialmente en su interior. Será el comienzo del caos sin remedio, sin atajo.

La cena en el palacete chileno comenzó a las 7 de la tarde, hora poco habitual de tomar la última comida del día en España. Fue adelantada por el inminente viaje de la embajada venezolana. Ésta partiría a las 11 de la noche, sesenta minutos antes que la expedición de Chile.

Todo resultó normal durante el distendido banquete. Hubo variedad de platos de tipo andaluz, pero nadie comió en demasía. Sobresalió el salmorejo cubierto con unas gotas del mejor aceite de primera prensada y pequeños tropezones de jamón ibérico de la mejor calidad.

El peso del cercano viaje transoceánico se hacía notar. Llegó la hora del brindis, en medio del natural nerviosismo de los caraqueños: disponían de menos de una hora para embarcar. Los pilotos del avión presidencial venezolano, un general del aire y dos coroneles, se habían ausentado poco antes, para tener todo preparado en el aeropuerto cuando llegaran los viajeros.

Con el grueso de la expedición bolivariana, en el mismo autobús, aprovechó para ir al aeropuerto el equipo de tripulantes del avión

del general Pinochet. Iban a realizar los mismos preparativos que sus colegas de Venezuela.

Todo transcurrió con normalidad.

En el palacete deshabitado junto a la casa de los chilenos, los conjurados pensaban: ¿qué será de los venezolanos? Van a partir una hora antes y se habrán tragado igualmente millones de gránulos de polen reactivos que les destrozará su interior cuando estén en medio del Atlántico.

Ninguno dijo una palabra; al fin y al cabo, los primeros y únicos responsables de las posibles consecuencias no calculadas eran los americanos de *Rodas*, nunca los americanos de Chile.

Se decían para su interior, no obstante, que terminar con la vida del presidente de Venezuela y de todo su séquito podría adquirir unas dimensiones incalculables, originar una investigación a fondo y quedar al completo descubierta la conjura, sobre todo si a la desaparición de un avión presidencial seguía otro. Empezaron a ver en globo el final de *Rodas*. Pero guardaron silencio.

La suerte del grupo de Bolivia no preocupaba tanto: pernoctaría en Sevilla y cualquier contingencia sería atendida sin mayores complicaciones, como sucedía con los vecinos que se presentaban ante los servicios de urgencias.

A las 11.15 de la noche –sólo chilenos, bolivianos y unos pocos invitados españoles en la cena– el presidente de Chile empezó a hacer gestos para que se levantara la mesa.

11:25 p.m.

Los pinochetistas abordaron los coches oficiales, después de haberse despedido de sus amigos. El personal doméstico había salido antes, en un autocar cedido por la comisión del *Protocolo de Sevilla*.

–¿Le ha vuelto a picar el ojo, señor presidente? –preguntó solícito el médico de la expedición.

–Ligeramente; apenas nada.

–No obstante, vucencia, mi general, es aconsejable ponerse unas gotitas más.

–¡No me las irá usted a poner aquí, en el coche!

—¡No, excelencia, claro, a sus órdenes! Si le parece bien a usía, cuando se haya instalado en el avión, mi general, vuecencia.

Cuatro gotas cayeron poco más tarde en las cuencas de los ojos del generalísimo suramericano, justo en el iris.

11.45 p.m.

Sin novedad llegaron al aeródromo sevillano, de donde partían los aviones presidenciales que habían aterrizado en Jerez.

En el aeropuerto, una auténtica legión de nostálgicos vitoreó al jefe del estado chileno. Habían llegado de toda España, para no perderse el grandioso momento de la salida de su héroe desde la Madre Patria. Éste, antes de esfumarse en el avión, alzó los brazos y saludó al estilo romano, gesto que fue repetido en tierra por aquellas mujeres y hombres pletóricos de felicidad. Eso de contemplar a Pinochet en persona no se veía todos los días. Las banderas chilena y española de antes de la Constitución flamearon al viento sureño con garbo, pletóricas de patriotismo nacional, con pancartas de flechas y yugos como telón de

fondo. En algunas de ellas, un toro arrancado saludaba en un todo por la patria.

Don Augusto desapareció de la escena, gratamente impresionado.

—¡Buenos españoles, sí señor! —comentó a su primer ayudante—. ¡Patriotas sin contaminar por la democracia que han traído los rojos de nuevo a la querida España, pobrecilla!

—¡Grandes patriotas, mi general! Siempre permanecerán, vuestra excelencia, a pesar de las adversidades!

11:54 p.m.

Los hombres escondidos en el palacete contiguo al de la delegación chilena abandonaron el lugar. Se encaminaron hacia la última guarida prevista por *Rodas*. Allí aguardarían la noticia final.

00:03 a.m.

El avión oficial del Palacio de La Moneda levantó vuelo. Se perdió en la oscuridad de la noche, su morro hacia el hemisferio sur.

Desde la torre de control, un agregado americano del norte –un hombre de CIA/Rodas– contempló la salida. Lo comunicó al teléfono indicado por Spencer.

–Salgo para casa, cariño –era la frase convenida.

Colgó el aparato. Después, permaneció unos segundos atento a la conversación de los controladores

–Llama a los colegas de Gando. Anúnciales la hora de partida. Diles que levantó a las 12:03. Recomiéndales que esta noche no se duerman. Al menos mientras este fascista de la mierda no salga de nuestro espacio aéreo, sobre las 3 de la madrugada.

–¿Les comento que den parte a Recife?

–Sí, los brasileños nos lo agradecerán. Hoy, por ti; mañana, por mí.

1:36 a.m.

El aparato chileno rebasó la vertical de las Islas Canarias. A partir de ese momento, el vuelo tomaría la línea recta hacia Río de Janeiro, para desde allí alcanzar la aerovía de Santiago.

–¡Buen viaje, corto! –se despidió el jefe del control aéreo del archipiélago atlántico.

–¡Gracias por todo! –contestó una voz desde el aire.

–Avisa a la base aérea. Dentro de hora y media, los chicos de salvamento y rescate pueden abandonar el estado de alerta.

Un funcionario miró el reloj de la batería de aparatos y pulsó un botón. Una de las manecillas estableció una nueva hora.

–A las 2:06.

–Eso.

–Muy bien, señor –el teniente del control aéreo de la base militar de Gran Canaria fue a transmitir las órdenes a los muchachos del Servicio Aéreo de Rescate.

2:45 a.m.

Los ocho chilenos de Sevilla, todos, el médico de guardia se había incorporado después de las 12, acabaron de cenar en un tablao flamenco de la carretera Sevilla - Huelva, acompañados por los dos yanquis del *Plan Rodas*.

Francisco no estaba encantado, como la mayoría de sus compañeros.

—¿Por qué esa cara, Del Valle?

—¿Acaso no se lo imagina?

Spencer no contestó.

—¿Era necesario sacrificar asimismo a la delegación de Venezuela? ¿Por qué no se suspendió el plan, al ver que Carlos Andrés Pérez y su séquito también podrían quedar afectados por el polen? ¡¡¿Por qué?!!

—Es muy lamentable —acordó Gregory—, pero así vienen rodadas las cosas. No estaba en nuestras manos detener la marcha de Rodas.

—Rodas rueda sola —quiso hacer una gracia Lessing.

—¡Malditos! ¡¡Capaces de asesinar a quien sea, con tal de conseguir sus propósitos!! —el resto de los chilenos empezó a conocer el verdadero motivo de la discusión y su alegría menguó, hasta apagarse. No obstante, el agente norte-americano acalló la disputa con una afirmación, que nunca llegarían a saber si era cierta o falsa.

–Antes de salir el avión venezolano, en el instante de cerrar sus puertas, uno de nuestros hombres entregó un paquete al médico de la delegación con medicinas en buen estado. No hay de qué preocuparse por la suerte de los venezolanos. ¿Cómo creen ustedes que no íbamos a hacer algo por nuestros aliados de Caracas? –los oyentes guardaron silencio, sin entender bien si les mentían una vez más.

–Sigamos escuchando la radio –alertó Gregory, cuando oyó la señal horaria de las dos de la mañana del servicio informativo de Radio Nacional de España en onda corta para América, emitido desde la isla de Tenerife, en Canarias.

Callaron, como en las horas precedentes.

Acabó la musiquilla; el mismo locutor de las veces anteriores tomó la palabra.

La cara de los oyentes se iluminó.

–Acaba de llegar a Tenerife, Islas Canarias, el avión presidencial venezolano, en escala técnica hasta mañana a mediodía. En este lapsus, el alto mandatario caraqueño asistirá en Farrobo, en los altos del Valle de La Orotava, en su calidad de ciudadano, a la

inauguración del centro cultural que lleva el nombre del líder de la democracia venezolana, Rómulo Betancourt, en el pequeño barrio orotavense donde nació su padre.

Los allendistas estallaron en gozo; los americanos respiraron profundamente.

Las miradas convergieron en Sigüenza y Hurtado.

—Si en tierra llegan a tener síntomas, los atenderán en cualquier servicio de urgencia. Estarán bien en pocos minutos. Cualquier médico sabrá interpretar el síndrome de una intoxicación por polen —aseguró Sigüenza— aunque con las dosis entregadas antes de su partida tendrán de sobra para evitar problema alguno. Es muy probable que los venezolanos lo achaquen a los alimentos de la cena —subrayó el doctor Hurtado, dichoso de no ser cómplice de muertes inocentes.

Francisco y Gregory se miraron y estallaron en una risa contagiosa.

Se dieron la mano, amigos de nuevo.

3:20 a.m.

Surgió la crisis en el reactor presidencial. Los pasajeros empezaron a desabrocharse las corbatas. Comenzaron a sentir algo pesado en el estómago.

Casi de golpe, se iniciaron los chillidos, los gritos de dolor, sobre todo al iniciarse un tremendo ardor en los ojos.

El general-presidente quedó aterrado, clavado en su ancho asiento-cama. De golpe, le pareció sentir que un ratón se removía en su vientre, a toda mandíbula. Pero tenía que dar ejemplo; no dejó traslucir ninguna mueca de lo que empezaba a sufrir. Un militar de su talla no se puede quejar ante los subordinados. Aguantó el dolor sin medida.

Un mal olor empezó a inundar el ambiente.

Los pacientes no pudieron controlar el esfínter anal y se chorrearon como niños chicos. El médico, de un lado para otro sin dar avío, estaba enloquecido. Las medicinas de todo tipo salieron de su maletín de provisiones, como si con alguna de ellas los desgraciados aquellos fueran a recuperar la normalidad perdida. Fue patético ver correr por los pasillos a desesperados militares.

3:24 a.m.

Ninguno de los facultativos de a bordo recordaba contaminación tan exagerada. Los doctores empezaron también a sufrir los horrores de la alarmante intoxicación. Sintieron las convulsiones estomacales; la garganta les ardía; los ojos, irritados, como si se bañaran en un brasero líquido que penetrara todos sus poros.

—¡¡Estoy ciego!! —gritó una voz anónima, con un timbre conocido pero irreconocible, desde el habitáculo de los pilotos.

3:25 a.m.

Tras el horroroso grito del ciego nuevo, surgió un sepulcral silencio. En medio de la batalla, tuvieron un hábito de conocimiento para interpretar qué significaba aquel nuevo giro de lo que sucedía a bordo.

El dueño del patético vozarrón salió hacia la cabina de pasajeros con las manos en la cara, igual que quien acaba de recibir en pleno rostro el contenido de un vaso con ácido: era el piloto.

El terror subió unos grados más.

En un instante de claridad mental, el médico jefe se acordó de algo: el equipo de pilotos sufrió en Sevilla la intoxicación de polen con mayor virulencia que el resto de la expedición.

Tal fenómeno tenía una explicación: no habían acudido a recepciones ni a actos protocolarios, se habían dedicado a descansar, a pasar más tiempo que nadie en el palacete refugio Actriz Elena Salvador.

3:26 a.m.

El médico jefe corrió hacia la parte delantera del avión. Al menos lo intentó, pero no pudo y cayó; quedó postrado en el piso. Permaneció doblado sobre la columna vertebral, frenado por una estaca invisible: parecía un empalado en aquel pasillo de dolor. Por fin se pudo alzar; sólo unos pocos centímetros. Volvió a caer en un mar de gemidos y lamentos. Con un esfuerzo sobrenatural, logró levantar la cabeza y miró de frente: allí tenía al comandante del reactor, a las puertas de la cabina, donde se reproducían los sonidos guturales de terror, retorcido, con los ojos en blanco, fuera de órbita, ciego.

–¡A-gu-a! –rogó–. ¡Me ar-de mu-cho la gar-gan-ta! –lloró. Ahora era el copiloto, quien sufría las consecuencias del atentado diseñado en Estados Unidos.

El médico intentó moverse. La angustia le comía las entrañas: era un inválido con la mente en forma, pero el cuerpo atumbarrado sobre aquella moqueta recién estrenada.

Como un vendaval, recordó sus primeros momentos de médico rural y las historias lamentables de ratas que comían las manos, los culitos y las barriguitas de los pequeños de aquel núcleo campesino adonde fue enviado tan pronto empezó a trabajar para la república.

“Algo parecido me corroe el estómago”, quiso gritar, pero no le respondió la voz, su potente registro de tenor del “Coro de la Facultad de Medicina Militar General San Martín”.

Volvió a mirar hacia el coronel piloto, tras hacer un esfuerzo gigantesco. Éste le habló.

–Mis ... a-mi-gos ... es-tán ... pe-or ...

–¿Quién lleva el avión? –el médico se dio cuenta de que podía hablar sin babear las palabras.

–El pi-lo-to auto-má-ti-co.

–¿Cuánto tiempo podemos seguir así?

El militar descansó la cabeza, no respondió. Tenía los ojos cuajados de lágrimas, secreción que se contagió al médico, cuando empezó a entender la verdadera dimensión de la próxima tragedia.

3:40 a.m.

La alarma cundió en la torre de control de tráfico internacional del aeropuerto de Recife. Permanecían en estado de atención máxima desde que recibieron el aviso de los controladores españoles.

–Señor –llamó el técnico de servicio a su jefe de turno, por medio del interfono. Señor –repitió–, el avión presidencial chileno lleva tres minutos de retraso, sin entrar en el campo del radar de aproximación.

–¿Y en el de largo alcance?

–Negativo, mi comandante –la habilidad de aquel teniente quedó demostrada.

—¡Contacten por radio! —el nerviosismo se apoderó del comandante del sistema de control aéreo.

—Lo hemos intentado, señor. Hace dos minutos.

—¿Casablanca y Gando confirmaron su paso?

—¡Positivo, señor!

—¡Maldita sea!

3:45 a.m.

En el tablao flamenco, chilenos y americanos siguieron con gran atención los sonidos que emitía un receptor de onda corta, con el que intentaban sintonizar *Radio Sao Paulo*, la emisora nacional brasileña, a la espera de noticias.

3:49 a.m.

El oficial del control aéreo volvió a hablar con su jefe.

—Señor, ha pasado el tiempo establecido como “demora física”. Debemos entrar en

“período de crisis” y ordenar de inmediato el “estado de alerta con búsqueda aérea”.

–De acuerdo, teniente. Entremos en “período de crisis”.

El superior se volvió, tras soltar el dedo del botón del interfono. Llamó a su soldado asistente.

–¡Póngame con el señor ministro Joao de Sousa!

–¿A esta hora, señor, o cuando amanezca?

–¡¡Ahora mismo, sin perder un minuto, zoquete!! –el comandante estalló en ira.

Al instante tenía al secretario de Aviación al aparato.

–Señor ministro, debemos hablar inmediatamente con el señor presidente. Nos tememos lo peor: el avión del generalísimo Augusto Pinochet, ¡lo hemos perdido del radar!

–¡Dios mío! ¡No puede ser!

3:51 a.m.

–¿De Sousa? ¿Qué es eso de prioridad nacional?

–Señor, perdone la hora, tan intempestiva. Se trata del avión de Pinochet.

–¿Ha sucedido algo? –Figueredo habló con un toque de temor.

–Señor presidente, lo hemos perdido del radar.

–¿Cómo ha sido eso? –preguntó alarmado el presidente brasileño Figueredo a su ministro De Sousa.

–Ni siquiera ha llegado a entrar en nuestro sistema de detección, señor primer ministro.

–Eso me tranquiliza.

–Como si se hubiera volatilizado en el espacio, señor.

–¿Alguna posible responsabilidad nuestra, alguna negligencia? –quiso enterarse Figueredo.

–Ninguna, señor primer ministro.

–¿Qué teoría hay?

–Tenemos varias. Por ejemplo, que viajen con algún sistema americano de “vuelo invisible”

a los radares. O que alguna tormenta los haya apartado de la ruta establecida o... –calló el ministro.

–¿O qué, De Sousa?!

–O... –el ministro mostró indecisión– ... que hayan caído al mar, señor.

–¡Eso no puede ser! ¡Sería un escándalo internacional!

–Eso me temo, señor primer ministro.

–¿En nuestras aguas?

–No. Sería en aguas internacionales.

–Bueno. Eso me tranquiliza un poco.

3:55 a.m.

Harto del cante jondo de aquel tablao, el profesor Sigüenza comenzó a despedirse. Con él iban a marchar los chilenos con base en Sevilla desde hacía tantos años atrás.

Al momento de ir a salir, un camarero avisó a Spencer. El americano fue al teléfono.

Al regresar a toda carrera, hizo entrar al farmacólogo y demás compañeros. Se reunieron en torno a Gregory en el apartado rincón del tablao cerrado para ellos.

Con voz fatigosa, Spencer les informó.

—¡Me han llamado a mi oficina! Se ha recibido un mensaje de un compañero destinado en la torre de control de Recife, con las mejores noticias del momento.

Tomó resuello.

—¡¡Nuestro avión no ha entrado en el espacio aéreo brasileño!!

Un coro de ¡hurra! y abrazos festejó la información de Spencer. Siguió corriendo el vino; la fiesta subió muchos quilates.

Al rato, el satisfecho Hipólito Sigüenza y su séquito de chilenos-andaluces abandonaron el guateque, dispuestos a descansar, concentrados en el chalet de *Heliópolis*.

El profesor Sigüenza se aseguró a sí mismo que esa noche se escaparía y encontraría algún burdel. ¡Tantos años de preocupación bien valían una salida de las normas, un desahogo fisiológico poco habitual, un recordatorio de sus años mozos, entonces, que con la desaparición de Pinochet volvía a ser joven, a rejuvenecer, ante la nueva vida que pronto iba a surgir con toda justicia en Chile.

Incansables y gozosos, en el tablao permanecieron los tres exiliados en Madrid: Gloria, Domingo y Francisco del Valle.

4:20

Los camareros empezaron a apagar las débiles luces de la sala del tablao flamenco.

Uno de ellos se acercó a los cinco clientes.

–Señores, tenemos que cerrar.

–¡Muy bien, amigos, camaradas! ¡¡Nos vemos en Chile!! –festejó Domingo e invitó al aburrido mesonero.

El hombre cobró a Gregory en dólares generosos; los acompañó haciendo genuflexiones hasta los tres coches que permanecían en el aparcamiento del tablao: dos, de los yanquis; otro, de los chilenos.

La noche estaba fresca; el sereno había perlado de finas lágrimas de rocío marismeño las capotas de los automóviles.

Spencer y Lessing se acomodaron ante sus volantes; Del Valle no podía arrancar. Los agentes de *Rodas* salieron a ayudarlo.

–Debe ser la batería. Se habrá ido a tierra con la humedad, ¡estamos tan cerca de las marismas de Doñana! –comentó Lessing.

–Tomen las llaves del mío. Me iré con Henry –invitó Spencer.

El coche seguía apagado, sin muestras de que pudiera caminar.

Francis tomó las llaves que le tendió Gregory; los tres amigos se dirigieron al coche de *El Yanqui*.

–Muy amable –dijo Francisco con un deje de ironía inconfundible.

El americano no le pudo escuchar; con paso cansino y aspecto despreocupado, se había refugiado en el auto de su compañero.

Le contestó Henry, sentado por el lado de los tres chilenos.

–¡Que descansen, mis buenos amigos!
¡¡Dentro de unos días volarán a Santiago!! –sonrió y subió la ventanilla, arrancó y

desapareció en la apagada carretera, con destino a Sevilla.

–¡¡Gracias, amigos!! –dijo Bermúdez y se ganó un pescozón de Gloria.

En el coche del americano, caminaron hacia la cercana ciudad. Sin hablar, cansados, con suavidad y prudencia avanzaron hacia el merecido reposo.

Al rato avistaron las luces de la capital que prendían de rosa amoroso la cúpula andaluza, donde se recortaban minaretes y otras torres árabes de piedra admirada.

Se llenaron las retinas de aquella hermosura; empezaron a bajar a marcha lenta hacia el paso del Guadalquivir.

–Mira, Francisco, si ahora tenemos un accidente al final de la aventura –sonrió Domingo.

–¡Cruza los dedos! ¡¡No seas malaje!! –le replicó Gloria e intentó hacerlo con acento andaluz.

–Pasamos otro mes en Sevilla –dijo Francis– y Glor se nos transforma en una gitanilla del Rocío –rieron a coro.

A quinientos metros del puente metálico sobre el río, al final de la gran curva de suave pendiente de entrada a Sevilla por el oeste, los detuvo un gigantesco disco en rojo.

Dos motobombas del cuerpo de bomberos salían disparadas hacia el centro de la ciudad.

—Pobre gente, siempre de guardia.

¡Anda, sigue! Vamos a dormir.

No se enterarían jamás del incendio que se había acabado de iniciar en un chalet de la calle Uruguay, a espaldas del viejo campo de fútbol de Heliópolis.

De no ser por los altos muros que sostenían las gradas que rodeaban la cancha, hubieran visto sin duda el resplandor desde aquella colina de las afueras de la ciudad, donde ésta se mostraba como una llanura urbanizada, toda de la misma altura.

—¡Vamos! Han pasado los bomberos.

Se apagó el semáforo del cuartelillo.

—Me voy a emborrachar hasta que me avises de la salida del avión de Santiago —prometió el especialista del gas.

–En su momento, me hice la promesa de regresar en un aparato de *Iberia*, la misma compañía que nos sacó de la patria.

Eso creían.

El síndrome de Rodas preparaba su último nudo.

Cuando el coche enfiló el puente metálico, Francis sintió algo extraño en el volante, primero; en el pedal del freno, después. Hizo un hueco en su mente embriagada para pensar, pero fue tarde: no pudo dominar el auto, el coche del americano, entendió cuando el automóvil a toda velocidad rompía las vallas del puente y caía de morros hacia las aguas frías del Guadalquivir navegable, profundo.

El auto había pasado a ser manejado por control remoto desde el asiento de Henry Lessing, detenido tras una pila de grandes contenedores en el muelle de ribera de la margen derecha del puerto fluvial sevillano, a menos de cincuenta metros del lugar del impacto.

En pocos segundos, el amasijo metálico con tres asustadas personas ebrias y

conmocionadas en su interior se sumergió en la superficie plisada del río; no se detuvo hasta llegar al fondo de fango y barro, ya desesperados y ahogados sus ocupantes, sin posibilidad alguna de ver sus esperanzas de tanto tiempo.

Los dos hombres de *Rodas* se dieron la mano.

—¿No te habrás olvidado del asunto del seguro de las puertas?

—Del seguro y de los cristales bien subidos. El agua entró, pero ellos no podrán salir. Debajo de los asientos hay unos orificios tapados con la moqueta, de 20 centímetros de diámetro. El agua ha entrado a chorro; en el techo hay varios orificios más; iban tapados muy ligeramente y habrán saltado a la más mínima presión del agua, para que no se forme en su interior una bolsa de aire que les permita respirar.

Rieron, como hubiera hecho el mismo diablo o un cura después de haber atendido al más pequeño de sus feligreses.

—La *Solución Rodas* ha terminado O. K.

—¿Podemos avisar a McDowell?

–Mejor será esperar unos minutos. No hay prisa.

–Vamos a cerciorarnos.

Se acercaron a la barandilla rota. En el agua, una nube de burbujas hacía respirar al río. Solo al río

–¿Qué tal si rompemos la farola, para evitar que durante la noche se vea el lugar de la colisión.

–Hecho.

Lanzaron una piedra; el lugar quedó a oscuras.

La primera operación completa de un Proyecto XX45 llevada a cabo en los años 70/80 se cerró con brillantez, en palabras del jefe R45, al conocer el desenlace.

A la mañana siguiente, las emisoras de radio informaron de dos curiosos sucesos habidos durante la noche anterior, aparte de machacar con la noticia del día: el avión presidencial de Pinochet se daba por desaparecido durante su vuelo por el Atlántico.

De los accidentes domésticos, decían:

“La brigada regional de lucha contra estupefacientes ha encontrado en el sótano de un chalet de *Heliópolis* un laboratorio clandestino, donde se refinaba cocaína. Según todo parece indicar, en el lugar de los hechos se desarrolló anoche un ajuste de cuentas, que acabó en matanza, a la que siguió un incendio, con el resultado de varias personas muertas, se cree que cuatro, aún sin identificar. Un portavoz de la policía ha señalado que parece que los cuerpos de los pandilleros corresponderían a “sudacas” de dos bandas rivales”.

La otra noticia hizo igualmente reír a los yanquis:

“La policía ha rescatado los cadáveres de tres componentes de una banda internacional de delincuentes buscados por la Interpol, muertos al precipitarse anoche al río en el coche de una funcionaria del consulado americano, que horas antes había denunciado el robo en la comisaría del barrio de Santa Cruz”.

El *Plan Rodas* se cumplió en todos sus extremos, según brindaron los dos agentes en su hotel.

–Parece que el comisario Villamandos ha cumplido la palabra dada.

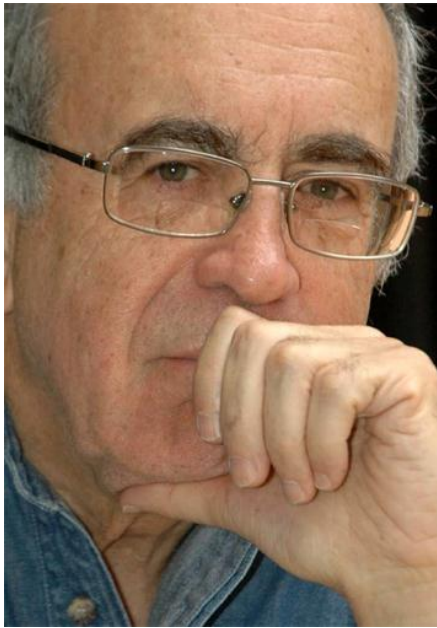
A los chilenos –que no habían presentado el *Síndrome de Rodas*– nadie se había detenido a leerles el pequeño capítulo final de la larga operación encubierta.

Decía: “Ningún colaborador con pasaporte diferente al estadounidense podrá quedar de testigo. Se habrá de dejar limpia la escena”.

Al fin y al cabo, sólo eran unas pocas líneas.

La *Solución Rodas* se hizo efectiva.

Ninguno de los ciudadanos exiliados vislumbró en todos aquellos años cómo se tejía en su entorno el nudo asfixiante y radical, sin retorno, el último capítulo de lo de Chile.



Sobre el autor

José Manuel de Pablos, escritor y periodista, se formó en la prensa de Madrid. Ha sido catedrático de Periodismo en la Universidad de La Laguna (Tenerife, Canarias). Entre sus otras novelas destacan *Comando cubano; Pitanga; ¿Quién mató a Felipe?; Apatxe* y *Carnaval, te quiero*.

“Hago votos porque le llegue el público reconocimiento que merece su indudable talento literario” — *Fernando Lázaro Carreter*.

“A mí, De Pablos me recuerda a Ian Fleming, en cuanto a la estructura, pero con mucha más calidad literaria en cuanto al estilo y más equilibrio en cuanto a la trama. Estoy seguro de que el público se dará cuenta de ello” – *Jesús Pardo*.

“La política-ficción es un género para el que lo considero enormemente dotado y como el mejor autor de nuestro país” – *José Carol*.

“José Manuel de Pablos se gradúa cum laude en novela de acción” – *Antonio Valencia*.